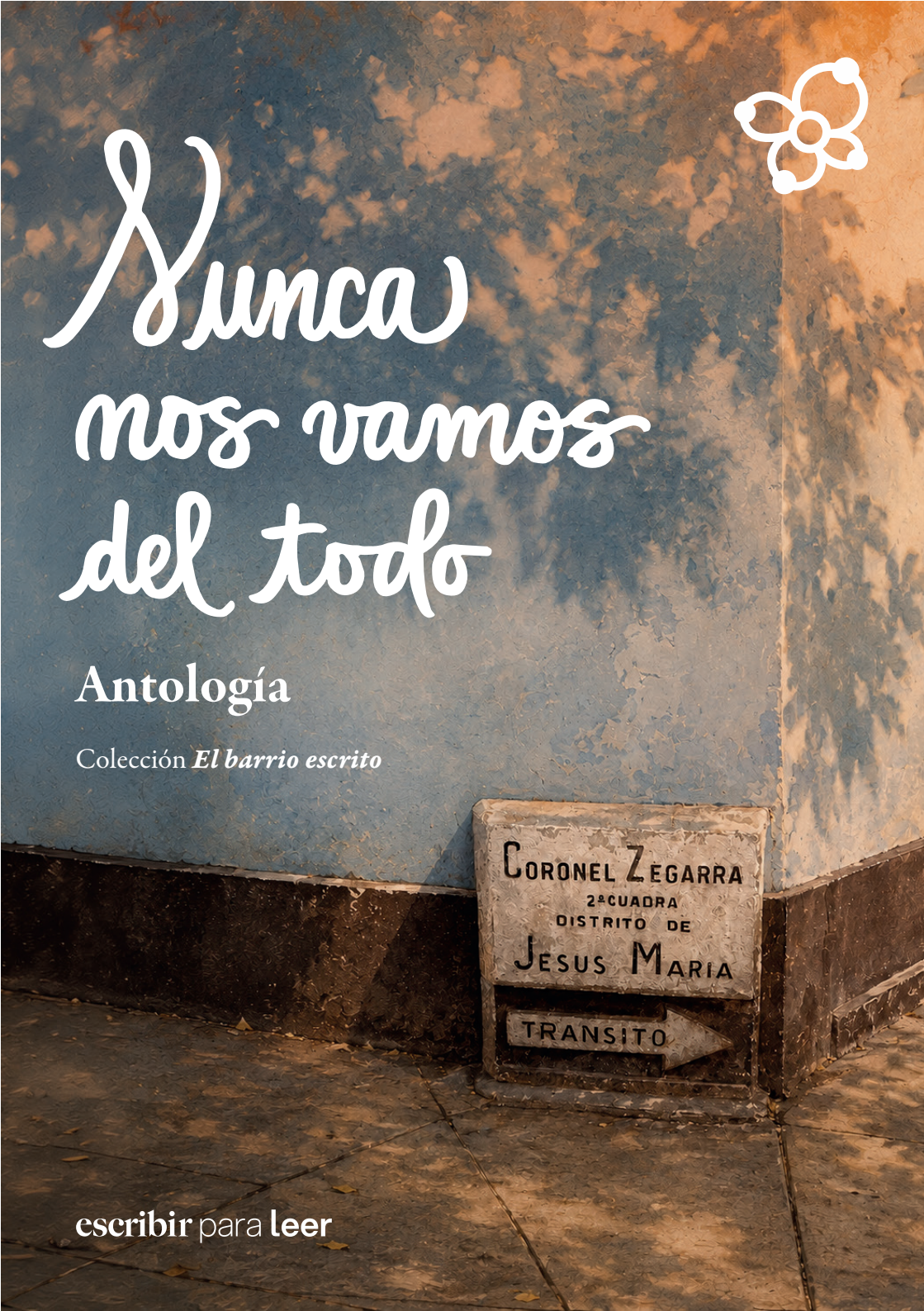
Nunca nos vamos del todo

Antología

Colección ***El barrio escrito***



escribir para leer





Nunca nos vamos del todo
Primera edición digital, 2026

Edición
Rosa Carrasco Zuleta

Corrección y edición de textos
Daniel Soria

Diseño editorial, diagramación y cubierta
Alonso Chumpitazi

Foto de cubierta y lettering
Rosa Carrasco Zuleta

Esta publicación forma parte del proyecto Escribir para leer.

Los relatos e ilustraciones que integran esta antología son resultado de los talleres de escritura creativa e ilustración desarrollados en el marco del proyecto. Cada obra se publica con la autorización expresa de sus respectivos autores e ilustradores.

© 2026, los autores, por sus textos.
© 2026, los ilustradores, por sus ilustraciones.
© 2026, Escribir para leer, por la presente edición.

Número de Depósito legal: 2026-08544

PROYECTO GANADOR DE ESTÍMULOS
ECONÓMICOS PARA LA CULTURA 2025
PERÚ | Ministerio de Cultura

Nunca nos vamos del todo

Antología

Colección ***El barrio escrito***

escribir para leer

Índice

Prólogo: El oficio encontrado
Daniel Soria 11

Los compadres
Jorge Luis Rivera 15

San Felipe Lester's Club Band
Rafael Cabellos 23

La tía Olga
Ana María Tristán 29

Galeras
Marissa Córdova 35

Todo por un llavero
Illariy Pachas 43

Pasajera en trance
Ana Isabel Fiafilio 49

Día de San Juan
Cecilia Ugaz 55

Valiente Valentina
Margott De La Cruz 61

De gatas y lluvias
Edith López 69

Apego
Ana Elizabeth Pereyra 75

Vínculos
Amaru Medina 79

El préstamo
Eduardo Gonzales 87

Sobreviviendo a papá
Alejandra Bendezú 93

Los ojos del no-espantapájaros
Cristina Mauricio 103

Ser en el hacer
Cynthia Lama 109

Enajenación
Mauricio Zolezzi 113

Pasaje a la Ópera
Rodrigo Valdez 121

Siempre decimos adiós
Beatriz Loyola 125

Síndrome de Procusto
Marianne García 131

La chicha de Genito
María Elena Pérez 137

Tiempo suplementario
Ofelia 143

Verso inicial
Alina Zuleta 149

Biografías de los autores
Quiénes dan voz a estas páginas 155

Biografías de los ilustradores
Quiénes eligen la escena 163

Equipo de esta edición
Quiénes acompañaron este camino 169

Agradecimientos
Quiénes nos abrieron las puertas 171

Epílogo
Escribir para leer: más que un plan lector comunitario 173

Nunca nos vamos del todo

Antología de relatos de la colección El barrio escrito

Escribir para Leer – Segunda edición

El oficio encontrado

Asociamos comúnmente la palabra "oficio" a un ejercicio formal, llevado a cabo a partir de un conocimiento transmitido por alguien ducho en su ejecución. No en vano el término comparte origen con el de "artesano". Esa es la materia que compone un taller de escritura, pues todos somos infatigables usuarios de las palabras. Con eso llegaron los participantes de la experiencia que dio origen a este conjunto de relatos; con los rudimentos de un oficio que podían llegar a empezar a dominar con el solo hecho de aplicarse a ello.

Cada vez que alguien relata una historia, por lo general lo hace muy animadamente. Quizá por eso a algunas personas, esas que son narradoras natas, les cuesta ceder el turno de la palabra. Y por supuesto que eso no sucede porque tengan vidas más interesantes que las del resto. Escritor como soy, agradezco al oficio de editor que me libre permanentemente del vicio de buscar hacer oír mi voz sobre las de mi ocasional interlocutor para prestarle mis oídos. Entonces, invariablemente, quien tengo al frente despliega su hermoso universo con solo decirle luego de acabar mi primera parrafada: "Y tú, ¿qué dices?".

Por eso esta vez que tengo el privilegio de dirigir y editar esta segunda edición de Escribir para Leer me da una satisfacción tan intensa: debido al placer de la repetición de la experiencia y a causa de convertir una expectativa en certeza. Porque fueron semanas en las que sus participantes convirtieron su natural pulsión narrativa que los distingue como humanos en un ejercicio apasionado en el que cada quien iba definiendo la historia que había decidido contar. Y así, entre sesión y sesión, asistidos los participantes por los libros más afines a su propósito, fueron surcando un camino de ida y vuelta entre el desarrollo de una narración y lo que la literatura le aportaba, y emergió honesta e intensa literatura de ese fondo hecho de experiencia, sensibilidad y emociones que en los momentos de lucidez llamamos "yo" y lo bautizamos cotidianamente con el nombre de nuestro documento de identidad.

Que todo esto haya terminado en una antología no es un logro menor por varias importantes razones, entre ellas, convertir la potencia en acto; es decir, sacar de nosotros por lo menos algunas hermosas cosas que todos trajimos al mundo apenas abandonamos el vientre materno en medio de un rotundo grito. No seremos al final todo lo que pudimos ser, pero por supuesto que vale la pena vivir para intentarlo; por ejemplo, dar a luz la escritora o escritor que todos pueden ser; un deseo que no es pretensión ni impostura, sino muy legítima aspiración desde que comprendemos esto: si aquello que nos identifica

como especie es ser esos locuaces seres que se pasan toda su vida relatándose cuentos a sí mismos y a los demás, pues rendirse al artificio literario para convertir ese impulso en un relato que dé orden y concierto al mundo tendría que ser no solo una vocación, sino también un derecho.

Nunca nos vamos del todo es el título de este libro porque nadie lo hace; porque siempre volvemos no solo a los lugares que nos hicieron quienes somos, sino también a nuestra patria primera, esa que llamamos nuestra lengua. Quien se reconozca en el habla de su clan familiar, en el léxico de su hogar o en la jerga de su barrio habrá dado con una pista fundamental para saber no solo quién es, sino además quién será en lo que le quede de vida después alcanzar la lucidez de esa seguridad. Por eso tiene tanto poder estar en posesión y dominio de la lengua materna; esa que da su primer sentido al mundo y moldea todo lo demás que hagamos con la realidad que decidimos convertir en lenguaje.

La memoria está sostenida fundamentalmente por palabras si la intención es compartirla. Sabemos que lo que recordamos también está hecho de imágenes, sonidos, sensaciones; pero si hemos de ofrecerla a los otros, el mejor medio para conseguirlo es ser diestros en el oficio narrativo y literario, como muy bien lo han empezado a practicar los narradores aquí reunidos.

Daniel Soria



Ilustración de Ana Belén Chozo

Los compadres

Jorge Luis Rivera

El barrio de Zárate olía a tierra mojada y frituras cuando el auto de Óscar Huamán dobló por el jirón Los Claveles. Eran poco más de las once de la mañana, el sol ya pegaba con la insistencia propia de Lima en febrero; ese calor húmedo que se adhiere a la ropa y no suelta. Óscar venía de civil: polo a rayas, jean oscuro, sandalias. Había prometido a su esposa Rosa que ese día era solo para ellos, para los compadres, para los chicos.

—Ya llegaron, ya llegaron —gritó desde adentro una voz de niño.

Edilberto Quispe salió a la puerta antes de que Óscar apagara el motor. Era un hombre robusto, de manos anchas y risa fácil, cara morena y abierta que inspiraba inmediata confianza. Traía puesto un delantal con el escudo del Sport Boys y una botella de Cristal en la mano.

—¡Compadre, carajo! —exclamó abriendo los brazos.

Se abrazaron con la fuerza y la estrechez de los amigos íntimos que no se han visto por meses, pero que no necesitan explicar nada: el vínculo está ahí, intacto, como la ropa guardada en el cajón que uno saca y siempre le queda igual.

En la avenida Abancay, los camiones del sindicato descargaban personas como sacos de arena: una tras otra, cientos, acaso miles. Banderas rojas y amarillas. Megáfonos con las bocas abiertas al cielo. La voz del secretario general reverberaba entre los edificios: condiciones dignas, estabilidad laboral, no más contratos temporales, no más tercerizaciones que disfrazan la esclavitud con palabras bonitas.

Los policías antimotines formaban su cordón a tres cuadras. Cascos negros, escudos transparentes, botas que golpeaban el asfalto con una cadencia casi ceremonial. El teniente Villanueva caminaba a lo largo de la línea de sus hombres como quien revisa una tapia antes de la tormenta.

—Hoy no cedemos un metro —soltó en voz baja, y sus hombres asintieron sin mirarlo.

La casa de Edilberto tenía tres habitaciones, un patio techado con calamina y una cocina donde dos mujeres gobernaban el mundo sin pedir permiso. Marisol, la esposa de Edilberto, removía el aderezo de un ají de gallina con

la autoridad de quien ha aprendido la receta de su madre y de su abuela, y no admite sugerencias. Rosa pelaba papas sentada en el banquito de madera, contándole algo sobre el jardín de infancia del colegio de su hijo mayor.
Los niños —cuatro entre los dos hogares— habían tomado posesión del patio. El fútbol, la pelota de plástico, una piscina inflable que amenazaba con romperse. Los gritos, el agua, las disputas resueltas con velocidad de relámpago y olvidadas igual de rápido.
—Compadre, ¿Cristal o Pilsen? —preguntó Edilberto desde la refrigeradora.
—Lo que haya, hermanito —dijo Óscar, y se sentó en la silla de plástico que siempre ocupaba en las visitas, esa que daba hacia el patio y desde donde uno podía ver jugar a los chicos sin levantarse.
Encendieron el televisor. Había partido: Boys recibía al Cristal en el Callao. Edilberto sacó canchita con ají y chicharrón frío del refrigerador. Las cervezas llegaron heladas, las gotas resbalando por el vidrio verde.
—¿Cuánto que Paulino no viene por acá? —preguntó Edilberto.
—Desde el bautizo de tu chico. Tres años.
—Tres años. Cómo pasa la vaina.

La marcha había empezado a moverse. El bloque sindical avanzaba por Abancay hacia el cruce con Colmena, cantando consignas que mezclan rabia y esperanza a la misma voz. Delante iban los gremios de construcción civil, detrás los textileros, después los mineros llegados desde Junín y Pasco en buses de madrugada con los ojos colorados de sueño y de convicción.
Los policías observaban desde atrás de sus escudos. El humo de una quema de basura en el cruce de Emancipación comenzó a flotar sobre la multitud como un presagio mal disimulado.

Llegó el ají de gallina, con él también los recuerdos, que son así; llegan cuando uno está bien alimentado, un poco bebido y la tarde empieza a ponerse dorada.
—¿Te acuerdas del cumpleaños de la Mónica Quispe, en el cuarto piso de Los Heraldos? —preguntó Óscar con esa sonrisa que anuncia que lo que viene es a costa del otro.
Edilberto cerró los ojos.
—No. No me acuerdo. No sé de qué hablas.
—¡Te mandé a comprar cerveza, y te caíste por la escalera sin baranda!
—La escalera estaba oscura —se excusó Edilberto con dignidad.
—¡Te rompiste el brazo, compadre! ¡Y yo te dije que aguantaras porque la

fiesta recién empezaba!
—Me dijiste exactamente eso: "Aguanta, Beto, aguanta, que la Mónica se va a molestar si paramos la reunión". Canalla.
—¡Y tú me hiciste caso! ¡Estuviste dos horas bailando con el brazo roto!
—Porque tú me convenciste de que quizás era solo un golpe. Yo te creí porque eres mi compadre, y se supone que uno confía en su compadre.
—¡Gritaste en medio del vals! La Mónica pensó que te había pisado.
Edilberto soltó la carcajada; esa carcajada grande y sin reservas que tiene cuando ya no puede sostener más la seriedad fingida.
—Un grito desgarrador, hermano. Hasta los perros del barrio ladraron. Y tú con tu cara de yo no fui.
—¡Yo tampoco sabía que estaba roto!
—Tres meses con el yeso, compadre. Tres meses. Y tú tan campante.
Estaban contentos; sus risas se mezclaban con los gritos de los niños en el patio, el ruido del partido en la tele, el sonido de las cucharas de Marisol y Rosa limpiando las ollas. Una tarde perfecta de la clase que uno no sabe que está viviendo hasta que ya pasó.
—Oye, compadre —dijo Edilberto más serio, mirando la cerveza—. Estoy metido en la directiva del sindicato, ¿sabes? No sé si te lo había dicho.
Óscar asintió despacio, con cautela.
—Algo me dijiste. ¿Qué sindicato?
—Construcción civil. Ya pues, hermano. La gente necesita que alguien hable. Los contratistas nos tienen como herramientas: se usan y se botan. No hay ley que los toque. Alguien tiene que pararse.
Óscar miró el partido un momento, luego lo miró a él.
—Cuídate, Beto. Esas cosas se pueden poner feas.
—La vida ya está fea, compadre. Lo que quiero es que sea justa.
Chocaron las botellas. No dijeron nada más.

A las dos de la tarde, el calor y la rabia habían fermentado juntos, una mezcla altamente volátil. Los primeros proyectiles —piedras del tamaño de un puño, botellas vacías— volaron desde los flancos de la marcha hacia la línea policial. Los escudos sonaron como tambores. Las bombas lacrimógenas respondieron trazando arcos perfectos y sucios en el aire, reventando en nubes blancas y grises que hacían llorar aunque uno no quisiera.
—¡Aguanten, aguanten! —gritaba el secretario general por el megáfono, pero la marcha ya no era una sola: eran miles de voluntades distintas empujadas por

el miedo y la ira. Cuando eso pasa, ningún megáfono alcanza.
El teniente ordenó el avance. La línea de escudos empujó hacia adelante como una pared que camina. Los manifestantes que estaban adelante retrocedieron sobre los que estaban detrás. El caos tiene una gramática propia, todos la aprenden al mismo tiempo.
Alguien se cayó. Alguien empujó. Alguien golpeó. Alguien corrió. En ese desorden que es la peor versión de la humanidad, algunos se perdieron de sus grupos, quedaron solos entre los dos bandos, vulnerables como hojas al viento.

Perdió Boys dos a uno con un gol en los descuentos que dejó a Edilberto con la boca abierta y la cerveza a medio camino.
—Estos me van a matar algún día —se quejó y soltó la botella en la mesa.
Óscar reía.
—Por eso yo soy del Boys de corazón, pero de bolsillo nunca apuesto.
Apagaron el televisor, Edilberto puso el equipo de sonido. Cumbia primero: Los Mirlos, Juaneco y su Combo. Marisol y Rosa salieron de la cocina tras sus delantales y bailaron un momento en la sala, torpe y alegremente; los niños las miraron con esa mezcla de vergüenza y orgullo que sienten los hijos cuando sus madres bailan. Luego Edilberto buscó algo más en el celular y encontró lo que buscaba: Los Pasteles Verdes, baladas de los setenta, las canciones de sus padres que ellos aprendieron sin querer.
—Esta la cantaba mi viejo —dijo Edilberto con un dejo en su voz que no era exactamente tristeza, pero se le parecía mucho.
—El mío también —confesó Óscar.
Los cuatro se quedaron callados un momento, escuchando. Los niños seguían jugando afuera. La tarde se había vuelto naranja y suave, uno de esos crepúsculos limeños que uno no espera, y por eso sorprenden con tanta belleza.

Cuando la marcha se dispersó —los gritos, el humo, la confusión desordenada de quienes corrían sin saber bien para dónde—, algunos policías recibieron la orden de perseguir y capturar a los que habían liderado los disturbios.
El suboficial Huamán y dos agentes más acorralaron a un hombre en el pasaje lateral de un edificio de Emancipación. El hombre, todavía con el pañuelo sobre la cara, forcejeó con una energía desesperada; la de quien sabe qué puede pasarle si lo atrapan solo.
Lo tiraron contra la pared. Huamán miró al sargento Rivas, que había llegado corriendo; miró al hombre, agitado, los ojos cerrados detrás del pañuelo, sin

ver nada todavía.
—Mátalo —ordenó Rivas, amparado en la calma fría de quien lleva años exigiéndolo.
Huamán levantó el arma. Y entonces —no sabe por qué, quizás el instinto, tal vez la curiosidad, algo que no tiene nombre—, antes de disparar, alargó la mano y le arrancó el pañuelo al hombre.

Cayó la noche y con ella la hora de irse, que siempre llega antes de que uno quiera. Los niños estaban dormidos en el cuarto de los locales: los cuatro juntos, revueltos como cachorros, ajenos al tiempo. Rosa y Marisol se abrazaron largo en la puerta; esa ternura de las mujeres que saben que son ellas quienes sostienen la amistad de sus maridos aunque ellos se crean los protagonistas. Óscar y Edilberto se quedaron en el umbral, las manos en los bolsillos, entregados a la tranquila calle del barrio.
—No podemos dejar pasar tanto tiempo, compadre —pidió Óscar.
—No, ya no. Lo juro por mis hijos.
—¿El mes que viene?
—El mes que viene sin falta. Y que vengan los niños solos un fin de semana, así Rosa y tú se dan su escapada.
Óscar sonrió y le estrechó la mano; el distante apretón se convirtió en abrazo. Así pasaba siempre con ellos; la viril cercanía que duró lo que duran los abrazos entre hombres que no saben cuándo volverán a verse, pero sí, con esa certeza, que uno estará para el otro cuando importe.
—Cuídate, Beto.
—Cuídate tú, hermano.
Óscar subió al carro. Encendió el motor. Por el espejo retrovisor vio a Edilberto en la puerta, con el delantal del Boys puesto todavía, levantando la mano. Lo vio hacerse pequeño mientras avanzaba y desaparecía en la curva.

El hombre abrió los ojos. Huamán tenía el pañuelo en la mano —azul con flores blancas, esos que las mujeres usan para el cuello— y miraba al hombre atrapado contra la pared con expresión atónita.
Era Edilberto. No había duda. Esas manos anchas. Esa cara morena y abierta. Los ojos que todavía lo reconocían, aunque tardaron un segundo: primero el miedo, luego la confusión, después algo que quizás era alivio o un terror de otro tipo.
—¿Qué pasa, Huamán? —preguntó impaciente Rivas desde atrás.

No contestó. Tenía el pañuelo apretado entre los dedos. Pensó en el ají de gallina, en las baladas de los setenta, en los niños dormidos revueltos como cachorros; en su compadre levantando la mano en el umbral de la puerta, haciéndose pequeño en el espejo retrovisor, desapareciendo en la curva hacía menos de veinticuatro horas.

—¿Qué pasa? —insistió mortificado Rivas.

El pañuelo azul con flores blancas colgaba de la mano de Huamán como una pregunta que nadie iba a responder esa noche. Un poco más allá, Lima seguía ardiendo.



Ilustración de Analucía Olavarría

San Felipe Lester's Club Band

Rafael Cabellos

La primera vez que lo vi, se encaramó sobre un viejo Dodge verde abandonado y, alzando los brazos a la altura de los hombros como los sacerdotes, exclamó en voz alta: "Vi las mejores mentes de mi generación destruidas por la locura, hambrientas histéricas desnudas, arrastrándose por las calles de los negros al amanecer en busca de un pinchazo desesperado". Al cabo, bajó lentamente y dijo: "Concha su madre, hace un par de horas murió a medias mi gran Perico, y acaba de terminar por llevárselo la sobredosis que se metió por la nariz". Se le notaba una depresión exaltada. A pesar de que varios no lo conocíamos, no resistimos la pulsión de acercarnos cuando estuvo en el suelo para escuchar lo que le faltaba decir sobre su amigo.

Yo había de recordar por siempre cómo se nos reveló aquella noche, con una sensibilidad que parecía ir y venir de la tristeza a la euforia; su vestir con jeans, saco y camisa; las erres arrastradas en su voz de pregonero; una edad cronológica que debía ser completamente injusta con su espíritu de adolescente y una especie de misión —más tarde sabría que era poeta— en esos ojos profundos que continuaban la personalidad de viejo jazzista de su rostro.

Llegado hacía no mucho a San Felipe, todos sabíamos que se hablaba de él solo como del Lester, y que ya algunos habían empezado a decir que existía, sin que se tratara de una banda de música, la San Felipe Lester's Club Band. Llegó solo, sin medio cobre encima, con amigos fantasmales que parecían irse muriendo a la distancia, sin familia, estudios u oficio conocido, apenas con libros, discos y películas por montones, a vivir en el cuarto mayor de un departamento que había sido de su madre, cediendo el resto a cambio de un módico alquiler y pensión. Aquí encontró un barrio protegido de día y de noche, una arquitectura hecha para la vida en común, pero donde miles de personas vivían ignorándose. Nadie lo había pensado, pero a estos cuarenta edificios le hacían bendita falta un loco en su sano desquicio como él. Así es como entorno y persona se encontraron.

Todo empezó por su costumbre de conversar con quien se detuviera después de su saludo. Así, un mes le bastó para saber que la vecina de Las Orquídeas, departamento 204, no tenía ayuda para las compras menudas (el pan, algún medicamento, pues las compras gruesas se las entregaba su casa la bodega), y se ofreció a llevarle el pan a diario, hasta que persuadió al panadero

Panchito de que dejar el pan a las puertas de casa le otorgaba una ventaja sobre la competencia. Supo también que las propietarias del 1404 y del 1504 de Los Olmos estaban mortalmente enfrentadas porque la anciana del piso inferior había recogido ya veintisiete gatos de la calle, lo que provocaba una pestilencia endemoniada en el piso de arriba. Como la diferencia pasó a mayores, una carta notarial de la junta de propietarios del edificio conminó a la dadivosa a deshacerse de todos los felinos y desinfectar su departamento. Mi hermana menor, que conformaba la junta, me contó que en su inspección encontraron gatos muertos regados, aparte de la treintena que estaban en puro hueso y pellejo, como la misma anciana, por la indigencia e incuria en que vivían en eso que no era ya una casa sino un muladar. El Lester reunió a un grupo de chicas muy jóvenes que no solo adoptaron a los felinos, sino que se hicieron íntimas de la viejecita, hasta que murió de un infarto en su casa, donde solo entonces se descubrió que había albergado a escondidas seis nuevos gatos más.

Se enteró también, por una confesión que le hizo la misma Claudia, que estaba embarazada, y no sabía cómo manejar tremenda situación. El Lester la acompañó de arriba abajo durante dos semanas, y le fue preguntando con auténtico cariño si quería tener al bebé, a lo que dijo que sí; si se quería casar con el padre, a lo que dijo que no; si había una persona que podía ayudarla a contarle su situación a sus padres, y Claudia sonrió mientras estiraba un índice de sus manos entrelazadas y decía: "Sí, tú". Ocho meses después, vimos al Lester en traje y corbata en la iglesia del barrio como padrino del pequeño Pedro Gabriel, mientras las señoras del coro entonaban con fuerza (para tratar de ganarle a los chillidos del pequeño) canciones de misa para niños.

Pero los afanes del Lester no se limitaban a los vecinos de los edificios. Meses atrás la había emprendido con fruteros, tenderas, vendedoras de ropa, negociantes de DVD, peluqueros, lustrabotas, periodiqueros, cajeras del supermercado, vendedores ambulantes, sastres y hasta vigilantes nocturnos, con los que se embromaba sin cordura a diario. Así fue como lo vimos al frente del puesto de periódicos de don José bailando huaynitos del Cusco, llevarle comida de la selva a quienes eran de la costa y sierra y viceversa, como emisario de los propios emprendedores que se habían instalado en San Felipe hacía mucho sin tener apenas tiempo de compartir sus vidas con sus vecinos del centro comercial. De esta manera se convirtió en celestino de los amores de nuestros proveedores de casi todo, y fue por eso que lo vimos nuevamente en traje y corbata, otra vez en la iglesia del barrio, como padrino de más de una boda entre las personas que nos servían y de las que pensábamos que con

pagarles se debía terminar la relación.

Con cada grupo de amigos o amigo en particular, ya todos entonces miembros de su Club Band (que además lo había nombrado presidente vitalicio honorario de la residencial San Felipe), el Lester se permitía diferentes rituales. Como en ese tiempo yo tenía un Volkswagen escarabajo, le gustaba "dar una vuelta a la residencial" solo para abandonar el auto en los semáforos en rojo y hacer happenings dando vueltas alrededor del bus más cercano mientras exclamaba temerariamente en alta voz (eran los tiempos más feroces de la dictadura): "Fujimori y Montesinos, qué par de asesinos!". Pero si tuvimos suerte con sus arengas políticas, la que nos perdió una tarde fue la ocurrencia de una temeraria galantería: "Deje a su novio, señorita, y véngase a vivir la vida con este poeta!", pues el caballero no estaba para bromas, bajó de su auto y persiguió al Lester, que apenas si pudo meterse en el mío al grito de "nos atacan, nos atacan!", y el tipo empezó a moler a patadas mi pobre carrito, de cuya demolición (y la nuestra propia) nos salvó la luz verde.

Hasta que sucedió: el Lester se enamoró perdidamente y Pati también de él, con el pequeño inconveniente social de que él tenía más del doble de su edad. Y las verdaderas enemigas de la relación fueron nada menos que las mismas señoras que habían cantado vigorosamente en el bautizo y las tres bodas en las que el Lester había sido padrino. Fueron entonces a contárselo a la madre de ella —pues no vivía con ellas el padre—, se organizaron para hacer correr el rumor de que "él le pagaba a la mocosa" y no le dieron tregua en las calles cada vez que se los cruzaban, soltando palabras como "abusador", "lobo disfrazado de oveja" y hasta "corruptor de menores", a pesar de que ella tenía veintitrés años.

Todo andaba en contra de los enamorados hasta que una tarde fueron al restaurante vegetariano, donde la dueña aplacó los murmullos con un fuerte: "Bienvenidos, aquí tienen una mesa cuando lo deseen", y se acercó para tratarlos con ternura. Otro tanto empezó a suceder en la bodega de José y Zoila, en el minimarket de Nadia, en los puestos de ventas de películas y en los demás negocios. Al final, los miembros de la San Felipe Lester's Club Band empezaron a ganar las batallas en sus casas con sus padres. Fue así como la parejita pudo caminar en paz, tomada de la mano, por las calles de San Felipe.

Las cosas parecieron ir viento en popa durante un par de años, hasta que Pati se desenamoró y, al cabo de unos meses, se hizo de otra pareja. El Lester no lo pudo resistir, y dijo que una vida sin Pati en el barrio de Pati, donde todo le recordaba a ella, era imposible de ser vivida, de modo que decidió mudarse a

un distrito tan lejano como le fue posible.

Cuando se marchó, mucho se fue con él del barrio. Los miembros de la San Felipe Lester's Club Band no volvimos a encontrar excusas para decirnos que nos queríamos, los abrazos no aparecían en los saludos y ya nadie se volvió a quitar el saco para ponerlo en el piso ante una chica bonita solo para hacerle los honores por pasar delante de nosotros. Tampoco ninguno volvió a gritar arengas políticas ni se volvió a escuchar hablar de jazz o de cine europeo de los sesenta. Por su parte, los comerciantes del barrio se vieron desprovistos del nexo que les llevaba las historias de la comunidad, y se volvieron hacia sí mismos otra vez, como años atrás, antes de la llegada del Lester, sonriendo solo de ocasión a alguna cliente. Porque no es cierto que sean innecesarias las vidas que nos dan los motivos para ser felices de buena gana ni que sobren las excusas para amarnos a diario con todas las de la ley.

"Cuando los maestros
se distraían,
sacaba yo
algún bocadillo
aún caliente...



Ilustración de Lucero Hernández

... soplaba y soplaba,
lo envolvía en un papel
de mi cuaderno y lo escondía
en mi maletín escolar..."

La tía Olga

Ana María Tristán

Nos gustaba visitar la casa de tía Olga, siempre temprano, camino al colegio. Yo tenía como seis años. Ella ya estaba amasando sus ricos panes. La vieja casona que fue parte de un convento de monjas de clausura se abría de par en par. Los cuatro escalones de piedra nos conducían a la puerta principal, oscura, pequeña, de doble hoja, de la que, sin abrirse aún, emanaba ya el aroma intenso del pan caliente y las delicias dulces y saladas que se horneaban esa mañana.

Jóvenes corpulentos y sudorosos echaban sobre la mesada de noble madera los sacos de harina; uno a uno, docenas de huevos caían junto con la leche fresca recién traída. Amasaban y amasaban, idas y vueltas, boleaban, golpeaban la abultada masa, logrando en ella un brillo tan profundo como la misma Luna, señal de que todo estaba listo.

En Cusco, una ciudad de fríos intensos y lluvias torrentosas, la casa de tía Olga estaba ubicada en la célebre calle Loreto. Cada amanecer, varias teteras de agua hervían cual fragor de un Nautilus para dar calor a la fría jornada y embeber de vapor caliente a los pancitos para que, ya armados, engordaran.

El horno eléctrico lucía al fondo del taller, imponente, gris, como un monumento, saludando a quien entrara, rematado por un recuadro amarillento de vidrio, una ventana. Un foco dorado, cubierto con un cucurucho de papel periódico, permitía ver la evolución de lo que se preparaba dentro de esa mágica cámara.

Las canastas de carrizo amarillo, tan grandes como yo, recibían como una catarata viva la lluvia de niditos, suaves piononos colocados con cuidado, quequitos de naranja en moldecitos envejecidos por el tiempo.

Mi tamaño no me permitía vislumbrar todas las delicias que ofrecía esa mañana. Mis ojos apuntaban a ver la rapidez con la que se armaban los pasteles, cómo los maestros cortaban las manzanas en pluma con la precisión de una máquina, cómo fabricaban con destreza infinita barquillos ligeros empleando unas tramas hechas en la ciudad. Cuando ellos se distraían sacaba yo algún bocadillo, aún caliente, soplaba y soplaba, lo envolvía en un papel de mi cuaderno y lo escondía en mi maletín escolar de cuero Vargas Díaz para mi disfrute.

Treinta años de trabajo, de lunes a lunes, sin descanso, de llegar tarde a la Navidad, de no ver a los niños de la casa participar en los desfiles escolares, de

no llegar a tiempo a los cumpleaños de los hijos e hijas que estaban creciendo; años de ajustar la producción cada día, invariablemente agotada, pues para cada tarde fría y oscura solo queda café pasado con su fórmula secreta y leche caliente; todo lo demás, terminado. "¿Cómo es esto posible?", se preguntaba mi infantil imaginación.

Tía Olga era una señora gruesa, mayor que mi mamá en algunos años, de luminosa tez blanca, definido su caminar por un leve cojear de la pierna derecha resultado de una afección venosa, cuya escasa cabellera negra estaba sostenida por duros ganchos negros detrás de las orejas para evitar que sus hebras cayeran sobre los pasteles. De caminar apurado y ligero, a pesar de su peso, su jornada comenzaba a diez minutos antes de la cinco de la mañana y terminaba, con suerte, pasada la medianoche.

Los fines de semana eran los días de más trabajo, por el izamiento de la bandera en la plaza. Los ponches de leche, los sándwiches calientes y los incomparables helados de fruta iban y volaban para el disfrute de las familias, los profesores de la nocturna, los trabajadores del Banco Popular y los cinéfilos de la función de noche del Colón; en fin, más público que atender.

Los jóvenes aprendices de panadero amasaban con energía y cansancio, ataviados con bividís y graciosos gorros pasteleros blancos. "Ya no se encuentra personal —se lamentaba tía Olguita—. El maestro panadero ahora ya es mozo en la tienda, y no quiere hacer el trabajo duro —se quejaba preocupada.

Con mirada cansada, agobiada del trajín del ir y venir sin descanso, después de cerrar el local, pasadas las diez de la noche, contaba el dinero: los billetes grandes, las rumas amarillas de monedas por allá y las facturas pagadas que introducía en su cartera. Ya en casa preparaba las tandas de materiales para el día siguiente; sin embargo, debía revisar sus registros en la libretita roja. Sumaba y restaba. Debía cuadrar las ventas al son de los meses y años.

—Aquí lo que se ganó, aquí el dinero para reponer lo que falta ¡y aquí lo que queda para depositar! —se decía bajando la cabeza—. ¡Mañana será mejor —se prometía.

La tienda, un espacio pequeño de propiedad de la Beneficencia Pública del Cusco, cada cierto tiempo se ponía en subasta a fin de subir el monto del alquiler. En la puerta, sobre fondo blanco se leía con letras rojas y blancas, colores de la Coca-Cola, "Tomoyuki". Unas líneas escritas con tiza sobre latón negro informaban a diario de lo que se ofrecería. Ocho mesas bordeadas de bandas de aluminio aseguradas con tornillos, revestidas de una fórmica blanquecina raída, sobre sillas bajas y cuadradas de patas de aluminio,

espaldares cuadrados y grises y acolchados asientos daban la bienvenida. La máquina de helados relucía; la vitrina de madera de dos niveles exhibía las muestras de las especialidades. Tía Olga y tío Kike, provistos de guardapolvos plomizos con botones adelante, atendían a paso ligero a cada uno de los comensales.

Estando por ingresar a la secundaria, tomada por otras emociones y prioridades, ya no visitaba temprano a tía Olga; las tareas y la pereza hacían que los tiempos para llegar al colegio fueran justos. No podía detenerme a gozar de los privilegios de mi niñez de masas, rellenos, panetones, conos y demás. Sin embargo, las tardes de la secundaria algo calurosas daban pie para deleitarse con los helados calientes de tía Olga. Pasaba entonces por la puerta de la tienda y me anunciaba:

—Tía Olguita, buenas tardes —levanté la voz, pero sin ser escuchada—. Tía Olguita, buenas tardes —volví a decir.

—Hola, Anita. Entra, sírvete unos heladitos para el camino.

—Tía, somos dos —insistía, acompañada de Yulita, mi amiga de la adolescencia.

—Aquí van los heladitos —respondía ella generosamente.

Habían transcurrido como quince años o quizá más; la tienda se había detenido en el tiempo. Los tíos, ya con cabellera blanca y caminar más lento y encorvado, seguían en las rutinas de la atención y la carta del lugar era muy conocida. Mis primos, ya fuera de la ciudad, no ayudaban. Otros negocios locales se fueron abriendo, más iluminados, más vistosos, con otro andar y pensar, pero "la tienda" continuaba congelada en el tiempo y la rutina.

Tía Olga dio luz y vida a su casa, al taller, a la tienda, al crecimiento de las vidas de sus hijos. Fue un espejo de laboriosidad, éxito y dedicación; de innovación en sus artes culinarias de fórmulas alquímicas y precisiones matemáticas, cuando las levaduras, los azúcares y los sabores se mezclan con éxito y tradición. Ella no solo fue la proveedora de una casa próspera y cómoda; todos aprendimos su empuje del hacer, probar y mejorar, y fuimos marcados por el estilo y sentido de su vida.

Una noche de insomnio, una remembranza ocupó mis tranquilos pensamientos. Un 22 de mayo, día de su cumpleaños, ya por cumplir los ochenta años, llegué horas antes de la celebración a su casa, una edificación adyacente al taller de producción de muros bajos de piedra y ventanales que daban a una calle inca. Ella preparaba unos bocadillos especiales para la fiesta. En el salón principal

se empotraba lo que ella llamaba "la alacena": un mueble de madera embutido en la gruesa pared de quincha. Mientras oía sus preparativos, observé sus llamativas portezuelas. Un antiguo cerrojo de metal atravesaba hasta la mitad cada hoja, el cual podía ser asegurado con un candado. Nunca lo había examinado con tanto detalle y atención antes. Observé que las dos puertecitas estaban entreabiertas. A lo lejos, ella me contaba que vendrían los tíos del grupo familiar, y que el tío Kike prepararía una trucha cruda en trocitos en salsa de no sé qué. Mientras me daba más detalles de nuestro íntimo festín, observé que dentro del armario había un gran forado, un hueco hecho en el adobe, de una profundidad solo conseguida usando herramientas. Incluso la balda estaba rota.

Tía Olga entró de súbito y descubrió mi asombro. Quise disimular, pero me halló subida en un banquito de madera revisando los interiores. Ella me dijo de inmediato:

—Te cuento, Anita. Cada noche se encendía aquí por muchos años una luz, como una llamarada. Tu primo Carlos trajo un equipo minero. Después de años y años de contemplar esta rareza, el detector de metales señaló con un chillido extraordinario e incesante que ahí había algo. — ¿Sí? ¿Y qué podía ser, tiita?

—Esta calle es parte del Tahuantinsuyo. Tú sabes, Cusco fue la capital de los incas. Parece que alguien escondió algo aquí, lo cubrió con barro y le dio un buen acabado. Hace dos semanas, tus primos rompieron con pico esta pared. ¿Y qué crees? Luego de casi dos horas, encontramos un pequeño cofre.

—¿Un cofre? —pregunté asombrada.

—Sí, de madera y pintado en azul, con unas letras que no se entendían; estaban escritas con pluma creo. La tapa tenía una incrustación de piel de vacuno, y también una bella aldabita de plata que cerraba con mucha seguridad la caja. La tuvimos que romper.

—Tía, ¿y qué había dentro? ¡Qué miedo! ¿Y la abrieron?

Era conocido que, en tiempos idos, vecinos de la ciudad habían encontrado "tapados", es decir, reliquias, joyas o monedas enterradas en sus domicilios en zonas refundadas que databan de la época incaica para proteger esos tesoros de los asaltos de los conquistadores españoles. Se relataba que después de esos hallazgos las familias cambiaban radicalmente de estilo de vida y se iban de la ciudad. Era algo así como sacarse el premio mayor de la lotería Tinka. Recordé las narraciones que alguna vez me había susurrado al oído mi abuela materna.

—Encontramos joyitas y algunas cositas más cubiertas con unos hilos y lanas de colores, y unas hebritas como de plata. Carlos se ha llevado el "tapadito" a Lima para que lo analicen —me dijo.

Tía Olga volvió ágilmente a la cocina a continuar con sus preparativos para la noche, los piononitos dulces y salados que enrollaba con afán. Yo quedé asombrada, ¿serían monedas y tumis en oro lo que encontraron, quizá un gran tesoro? Empezaron a llegar los invitados para la celebración, y no pude seguir con las preguntas, ni entonces ni después. Quedé por siempre con la duda sobre la naturaleza y monto de este gran hallazgo y de lo que significó para ellos.

Mis primos Carlos y Mario no volvieron a la ciudad. Hicieron grandes negocios de importación para la época, cuando había muchas restricciones. Tía Olga partió. Mis primas Izuki y Mika disfrutan hasta hoy de una tercera edad tranquila y apacible. La casa con sus dieciséis herederos o más tuvo que ser vendida para honrar las deudas y la tienda con sus equipos cerró. Para mí y los de mi edad, su recuerdo permanece hasta hoy en la ciudad. Extraño aún esas manos y presencia que contribuyeron a mi formación, transcurrida en una ciudad tranquila, rodeada de tías de cariño, que fueron las precursoras de grandes momentos labrados con sabor y cariño.

Todavía me pregunto ¿por qué los helados se llamaban calientes? ¿Qué encontraron en ese cofre? ¿Nada más que joyas y oro?

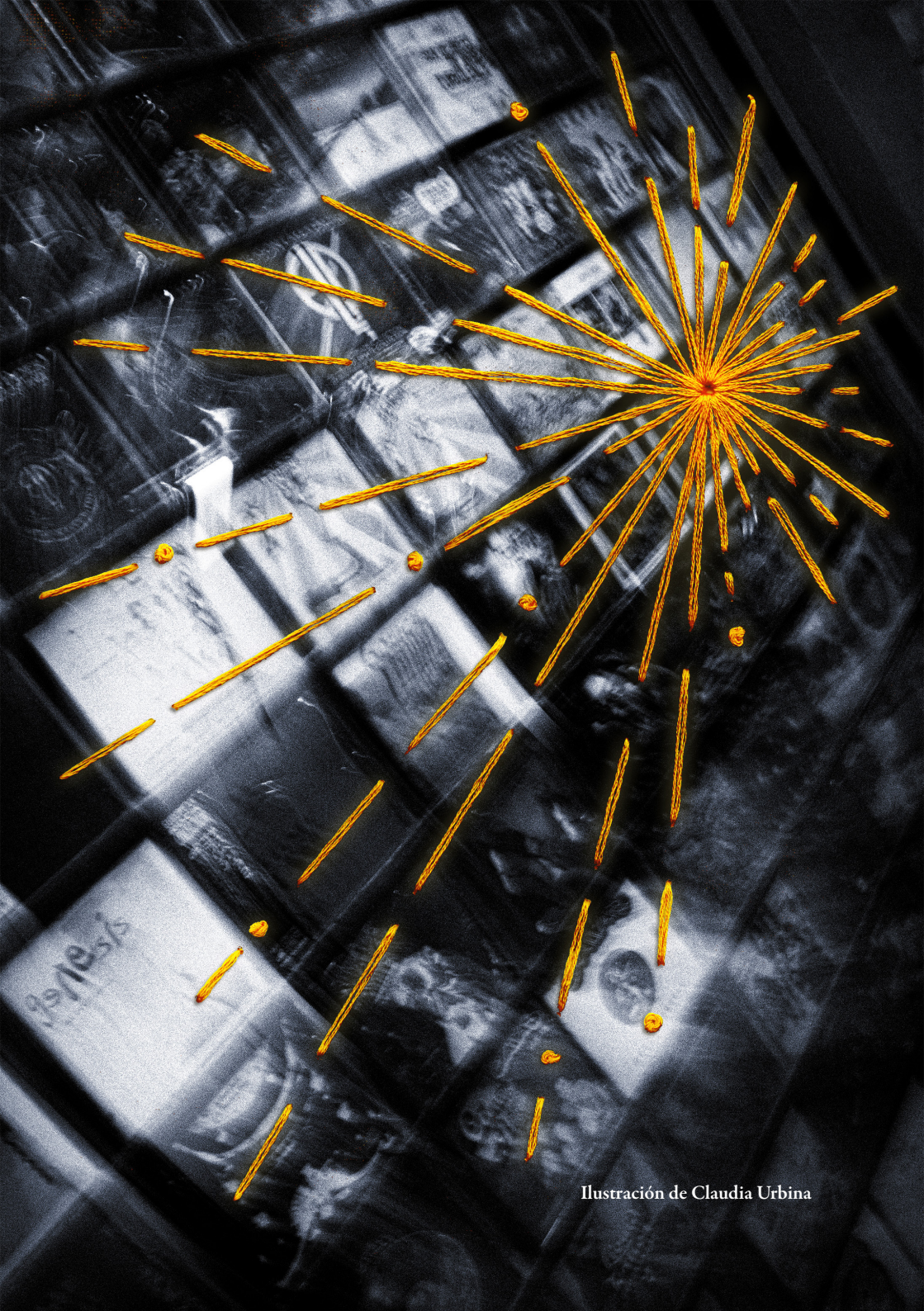


Ilustración de Claudia Urbina

Galeras

Marissa Córdova

Era el verano de 1994, tenía 16 años y ninguna idea de qué quería hacer. Le gustaban muchas cosas: ballet, música, arte en todas sus tentadoras expresiones. ¿Quién vive de ello? Si quería llegar lejos, tendría que estudiar una carrera real, de esas que dan plata. Su madre siempre quiso que ella fuera abogada, "así podrás defender los derechos de la familia".

Clarissa creció en un hogar bastante castrense, algo muy común para la época. Estudió la primaria en un colegio de monjas, pero debido a la crisis económica de los noventa continuó su formación en un centro estatal que más parecía un reformatorio para señoritas que escuela. La adolescencia no cambió mucho: estuvo privada de salidas nocturnas que pasaran la medianoche, y ni hablar de salir con chicos. Su curiosidad y espíritu aventurero, deseoso de descubrir lo que el mundo tenía para ofrecerle, la decidieron a matricularse en clases de informática en un instituto de formación técnica superior en el piso más alto de un pequeño centro comercial en Jesús María, Galerías Brasil, la entonces famosa "Galeras", como lo llamaban en las tiendas de discos donde pasaba casi todas las tardes escuchando lo mejor del grunge, rock y hardcore noventero junto a chicos como ella.

Odiaba los números. Su padre, lejos de ayudarla a aprender matemáticas, la alejó de ellas con su poca paciencia y mal humor. Recuerda con pavor el Baldor de álgebra de su biblioteca como si fuera el propio diablo. La estudiante sobresaliente en todas las materias, excepto los malditos números, temió tanto al fracaso en el examen de admisión que estudió una carrera técnica que no los exigiera.

Su hermana Rosalía administraba un puesto de productos naturales en el primer nivel, una tiendita bien ubicada que daba a la calle Garzón, donde junto a su sobrina pasaban muchas tardes haciendo travesuras. Conoció entonces a su primer y gran amor, Sebastián, un joven delgado, muy alto, cuyo cabello ondulado, largo y de aspecto rebelde distaba de su tierna mirada, enmarcada por sus largas pestañas y pobladas cejas. Siempre llegaba a Galeras con la esperanza de verlo; se imaginaba cómo sería el primer contacto, qué le diría y qué le respondería, pero él visitaba pocas veces la tienda de polos que su padre tenía a solo dos puestos del de su hermana. Fueron semanas de cruces de mirada, sonrisas coquetas y alguna que otra broma entre amigos antes de por

fin tener la primera interacción.

Una tarde, Clarissa conversaba con su amiga de una de las tiendas que vendía cojines de pedos, sprays fétidos, bichos falsos, chicles que manchan, bombas de humo, sangre falsa, dentaduras postizas, entre otros objetos trucados, cuando de repente llegó Sebastián con su uniforme escolar. Ensayó todo lo posible por no mostrarse nerviosa, pero su mirada la desarmaba por completo. Esa tarde él se acercó a ella entre broma y broma, le dio un beso entre la mejilla y el cuello, y le susurró al oído: "Tú vas a ser mi esposa". Esas palabras resonaron en su cabeza por semanas. Cada vez que la repetía un calor infernal la tomaba. ¿Por qué le diría algo así? Él estaba bromeando, pero ¿qué tal si no? ¿Y si él sentía lo mismo que ella por él?

Pasaron los días, Clarissa nunca tuvo el valor de retomar el tema y sacarse la duda de qué fue lo que él quiso decir con lo que le dijo esa tarde. Tal vez lo había soñado. Si se lo preguntaba, quedaría como una tonta; temía que le dijera que solo estaba bromeando. Entonces toda pequeña posibilidad de que pudiera suceder algo entre ellos quedaría extinguida. No, algunas veces es mejor no saber y quedarse con la ilusión, pensó. Se hicieron amigos e intercambiaron números de teléfono, pero no hubo cita. Él pasaba el tiempo preparándose para la universidad; cursaba el último año de secundaria y postularía para estudiar ingeniería electrónica en la universidad de ciencias más exigente del país, la UNI. Sebastián vivía con su padre y sus dos hermanos menores en San Borja; su madre había fallecido hacía unos años. Como muchos jóvenes de su edad, era amante del fútbol y los videojuegos. Un día, Clarissa recibió la llamada de Sebastián mientras estaba haciendo sus tareas escolares. Cuando le avisaron que preguntaban por ella no lo pudo creer. Miles de pensamientos cruzaron su mente en segundos mientras iba a tomar el teléfono. ¿De qué hablarían? En Galeras la interacción era mucho más sencilla porque unos conversaban con otros en esa gran y precoz marginalidad que eran las Galerías Brasil, pero una conversación cara a cara era diferente.

—¡Hola, Clarissa! ¿Cómo estás? —fue lo primero que escuchó del otro lado de la línea.

—Hola, nada, haciendo mis tareas, ¿tú?

—Te llamaba para saber si te gustaría ir al cine conmigo este fin de semana.

No lo pudo creer; demasiado perfecto para ser cierto, pero ella sabía que sus padres no la dejarían salir con un chico a solas. Se limitó a agradecerle la invitación y decirle que no podría porque ese fin de semana tenía el quinceañero de una prima. Esa fue la primera y última invitación que él le

haría. Al siguiente año ingresó a la UNI. No volvió a verlo en Galeras.

Por su lado, Clarissa tenía especial preferencia por la música en inglés. Siempre que podía, juntaba sus propinas para comprar los Funky Hits en el kiosco de la esquina de su colegio, unos cancioneros con las letras de las tonadas top del ranking mundial. Podía pasar horas frente a la radio, cancionero en mano tratando de imitar la pronunciación en inglés. Desde entonces supo que no solo quería imitar el sonido de las palabras, sino entender lo que estaba cantando. Se matriculó en clases de inglés y paralelamente inició sus estudios técnicos de informática. Hubiera preferido postular a la universidad, pero la situación económica en casa no contemplaba un presupuesto para la Universidad Católica. "Postula a San Marcos", sugirió su madre, "es una excelente universidad". "Claro, mamá, y graduarme en veinte años", respondió Clarissa desencantada, pues todavía las huelgas en esa universidad estatal eran muy frecuentes. Al poco tiempo, obtuvo una beca a cambio de trabajo de medio tiempo como asistente del jefe de informática de una institución educativa. Fue el inicio de su independencia económica.

Para el siguiente año, ella ya con diecisiete, conocía a casi todos los que administraban las tiendas de discos, los que sacaban impresiones y ofrecían servicios de tipeos, las tiendas de ropa para los amantes del new wave o el punk y hasta a los que alquilaban consolas de Nintendo. Galerías Brasil fue el escenario de sus primeros amores, fracasos y experiencias adolescentes. Cómo olvidar también las salidas nocturnas con sus compañeros de clase, cuando se juntaban en algún parque a beber vino en caja o tragos de colores fosforescentes. Quiso experimentar la libertad, y su espíritu rebelde y curioso la llevó a tomar decisiones que alteraron su vida de manera drástica.

A los pocos meses de trabajar medio tiempo como asistente, notó que su jefe se permitía ciertas concesiones con ella. En una oportunidad, le ofreció acercarla a su casa en su auto. Resultó que eran vecinos, a solo una cuadra de distancia, pero eso no era todo. Él llevaba varios años de relación con una despampanante chica de melena rizada. Clarissa jamás imaginó que Guillermo podría verla con otros ojos, pero los ofrecimientos de acercarla a casa al finalizar su turno de trabajo se hicieron más y más frecuentes. Se sentía asediada, pero tenía claras dos cosas: no iniciaría nunca una relación con alguien del trabajo y mucho menos si esa persona ya estaba en una. Cierta tarde, Guillermo la invitó a la Feria del Hogar para ir a ver a Los Pericos en el Gran Estelar. Clarissa, aún con dudas, decidió ser directa y tajante:

—Yo no salgo con chicos que tienen enamorada.

—No tengo enamorada —respondió categórico Guillermo.

Clarissa se preguntó si él habría terminado su relación por ella. No supo si sentirse bien o mal, pero algo era seguro: empezó a sentir cosas por Guille. Tiempo después y ya con 18 años empezaron a salir. Guille era mayor que ella por seis años, tenía auto y era amante del surf. Sus gustos musicales eran bastante similares, algo que a Clarissa le encantaba. Parecía que solo podía conectar con chicos que prefirieran los mismos grupos que ella. Era justamente por eso que pasaba tanto tiempo con sus amigos de Galeras: cada intermedio entre clases de computación era la excusa perfecta para bajar al tercer piso y pasar tiempo escuchando su música favorita.

Poco después, Clarissa asistió a sus primeros conciertos en los bares del Centro de Lima, donde florecía la escena underground local. Ya oficialmente con Guille luego de decidir dejar el trabajo de medio tiempo en el instituto de educación técnica, dejó de ser el centro de comentarios malintencionados y chismes de pasillo. Sin embargo, él no estaba muy contento con que ella pasara tanto tiempo en la tienda de discos de Galeras. Fue un punto de conflicto, ya que cualquier sensación de control le activaba una alarma. Le incomodaba que Guille no quisiera ser amigo de los suyos. Él mostraba un sentimiento de superioridad y miraba con desdén a esos "pelucones" como los solía llamar. Ella siempre fue de tener muchos amigos, y cuando empezó a sentir que le querían "cortar las alas" la relación empezó a resquebrajarse.

Su deseo de libertad era muy importante; tal vez por eso Galeras se convirtió en su refugio, un lugar de recuerdos hermosos de su adolescencia que guardaba con mucho celo. Tiempo después, al culminar sus estudios en el instituto, buscó trabajo en varios sitios. Si había algo a lo que Clarissa no le huía era al trabajo, fuera en una panadería en el verano de su último año de escuela secundaria o en la plataforma de atención al cliente en una importante empresa de telefonía. Así se aseguró no solo satisfacción personal, sino también libertad financiera. Sin embargo, tenía una piedra en el zapato, algo que no había superado y que ciertas noches le quitaba el sueño y la tranquilidad: estudiar una carrera universitaria; sin embargo, el bendito examen de admisión y su temor al fracaso estaban deteniendo su crecimiento profesional. Casi todas sus amigas de la promoción estaban ya a mitad de carrera, mientras ella solo había culminado sus estudios técnicos. No es que quisiera compararse, pero sabía que no llegaría lejos si no hacía algo al respecto.

Clarissa continuó con estudios técnicos de diseño gráfico, diseño de moda y perfeccionó su inglés. Aún tenía dudas sobre qué carrera estudiar.

Entre sus alternativas había considerado comunicaciones, marketing, aviación comercial (para convertirse en tripulante de cabina y así poder viajar gratis por el mundo), pero finalmente se decantó por la carrera de traducción e interpretación, porque siempre se le dieron con facilidad los idiomas y porque —soñaba entonces— eso le abriría las puertas para postular a una vacante como intérprete simultánea en la Unión Europea, paso previo para cumplir su anhelo de vivir en Europa. Pero primero tendría que vencer el temor al examen de admisión. Sin más, se preparó sola, sin comprar exámenes resueltos ni trampas. Quería genuinamente ingresar por esfuerzo propio. Con la tecnología, internet y los tutoriales en YouTube no había excusa: ingresaba o ingresaba.

Se levantó muy temprano el día del examen de admisión; casi no durmió. Siempre fue muy ansiosa ante la proximidad de eventos importantes en su vida. Tomó el bus en la avenida Brasil. El paradero estaba justo en frente de Galeras. ¿Una señal? Durante los cuarenta y cinco minutos que duró el trayecto hasta la universidad acudieron muchos pensamientos a su mente. ¿Qué pasaría si no ingresaba? Movió su cabeza negativamente para sacudirse la idea.

Luego de pasar por todos los registros y la interminable cola, ubicó el salón en donde le correspondería pasar las siguientes dos horas de tortura académica. Recibió las instrucciones, y una vez que pudo empezar fue directamente a lo que dominaba: razonamiento verbal.

Terminó el examen y volvió a casa. Las siguientes horas de espera fueron las más difíciles. Le indicaron que podría ver los resultados a partir de las cinco de la tarde. Con ansiedad y temor, ingresó a la página web de la universidad. No podía creerlo. No le bastó ver la página varias veces. Cogió una regla de plástico de su escritorio y la apoyó en la pantalla de su computador para asegurarse de que su nombre estaba en la misma línea que el del resultado. Estaba en lo cierto, sí, lo había logrado, por fin había vencido ese temor que por años le impidió ir en pos de sus sueños. Bajó corriendo a contárselo a su madre, se abrazaron, lloraron de emoción y alegría. Los ojos de su madre estaban rebosantes de orgullo; una mirada que nunca se borraría de su memoria. Fue el momento más feliz de su joven vida. Ese sentimiento no se repitió sino hasta cuando se graduó como bachiller en traducción e interpretación.

Durante la carrera visitó muchas veces las instalaciones de Galeras para imprimir separatas y libros. Cada vez que ingresaba era inevitable recordar los

años de adolescencia, todo lo que vivió, la gente que conoció. Algunas tiendas ya habían cambiado de rubro. Lograba reconocer a algunas personas, pero ya no era lo mismo. La época digital había dejado atrás la venta de vinilos y CD para ser reemplazados por archivos mp3. Sí, los tiempos cambian. A eso se somete todo lo real, pero cómo no sentir que algo se había refundido en el tiempo; o tal vez ella ya no era la misma, esa chiquilla extrovertida y alocada que hablaba con todos y de todo. Las personas con quienes intercambió su tiempo de vida y sus afectos ya no estaban. ¿Cerraría alguna vez Galeras? ¿Todavía seguirían llamando así a las míticas Galerías Brasil?, se preguntó con una tímida sonrisa alejándose de allí.



Ilustración de Lucía García

Todo por un llavero

Illariy Pachas

El barrio siempre fue tranquilo. A las seis empezaba el embotellamiento en la avenida, la tiendita de la esquina se llenaba de gente comprando pan y los niños jugaban en la vereda hasta que sus madres los llamaban desde las puertas, pero en esa semana algo cambió: había demasiado silencio.

Las bicicletas ya no quedaban tiradas frente a las casas, y, cuando daban las ocho, la calle parecía vacía. Las noticias repetían lo mismo cada día: habían encontrado los cuerpos de dos adolescentes en el río. Dos chicas del colegio de mi hermana. Las dos conocidas en la escuela, hijas de familias influyentes. El colegio era privado, bastante caro para la mayoría, aunque mi hermana también estudiaba allí. Por eso el caso explotó tan rápido: dos estudiantes, a meses de graduarse, fueron encontradas muertas sin más. Tres días después de que hallaron los cuerpos, Sumaq volvió del colegio con cara de no haber dormido bien. Era sábado por la mañana cuando lo contó durante el desayuno. Yo estaba cerca de la mesa cuando ella habló.

—Hicieron una ceremonia... una conmemoración —susurró mirando su pan sin tocarlo—. Dijeron que eran muy queridas —tensó su voz—. Están sospechando del novio de Martina. Dicen que discutieron hace poco.

Mamá frunció el ceño.

—Creí que terminaron cuando él ingresó a la universidad.

—Fueron novios durante dos años —respondió Sumaq—. No iban a terminar así como así.

Se quedó callada un momento antes de preguntar:

—No crees que lo culpen... ¿verdad?

Las noticias mostraron la imagen borrosa de una cámara de seguridad: alguien con mochila gris y capucha cerca del puente esa noche. Con Sumaq vimos esa imagen varias veces. La silueta no coincidía con la contextura del novio. Ella empezó a temblar. Me acerqué un poco más, apoyándome contra ella para tranquilizarla. Mis padres nos miraron raro. Normalmente hacía eso cuando quería que me compartiera un pedazo de pan. Esta vez no dijeron nada.

La investigación tomó semanas. Cuando liberaron al novio, prestaron atención a otros estudiantes, a cualquiera que hubiera tenido problemas con ellas. Sumaq decía que era injusto. Yo sabía que no era por la injusticia, pero no

dije nada.

Pasó un tiempo antes de que apareciera otro sospechoso. Esta vez era alguien cercano: un amigo de la familia, excompañero de Sumaq. Nunca me cayó bien. Algo en él no terminaba de encajar. Un rastro constante de enojo, como si siempre estuviera a punto de explotar. Papá solía decir que era "un chico problema". Por eso la policía no tardó en llegar a él. En el colegio, una vez, amenazó a las dos chicas. Nada serio, según algunos. Solo palabras dichas en un mal rato. Ahora todo parecía distinto.

En casa, el ambiente también cambió. Mis padres hablaban en voz baja, creían que no escuchábamos. Mencionaban nombres, horarios, versiones. A veces decían el de Sumaq. Ella fingía no oírlos, yo trataba de no perderme ninguna palabra.

Esa tarde salimos al bosque. El camino era el mismo. Cruzamos el puente en silencio. Cuando llegamos a la mitad, Sumaq se detuvo de golpe. Se quedó mirando. Era el puente. El lugar.

Sentí cómo se tensaba. Dudé un instante, e hice un pequeño movimiento a su lado, lo suficiente para que reaccionara. Parpadeó varias veces y siguió caminando hasta llegar a nuestro sitio. Allí empezó a hablar. Primero en voz baja, luego cada vez más rápido.

—Es que no es justo —dijo apretando las manos—. Sabes que él es inocente.

Me quedé quieto.

—Era mi amigo —continuó—. No hubiera hecho algo así ni sería capaz.

Ladeé la cabeza levemente, más por costumbre que por convicción. No estaba tan seguro. Una vez lo vi persiguiendo a otro compañero en el colegio. No parecía un juego. Había algo en su forma de moverse, en la manera en que gritaba. Era impulsivo. Demasiado.

—Todos están mirando a cualquiera ahora —siguió—. A cualquiera que haya tenido problemas con ellas —se detuvo—. Incluso a mí.

No supe qué hacer. La observé caminar de un lado a otro, hablando cada vez más rápido, como si necesitara convencerse a sí misma. Yo sabía lo que pasó esa noche, lo cerca que habían estado, quién dio el primer paso hacia atrás, pero era incapaz de decirlo.

Mi hermana se detuvo otra vez y me miró.

—Tú sabes que yo no haría algo así, ¿verdad?

Sostuve su mirada. Hay muchas cosas que ella no veía y otras que yo no podía explicar. Así que me quedé ahí, a su lado. Al final lo dejaron libre. Afortunado. Poco a poco, el caso volvió a moverse.

Gracias a algunos tutores del colegio y a algunas chicas, llegaron hasta Eliana; una compañera demasiado atenta a lo que no le correspondía. Ella contó que habían discutido días antes. No fue una gran pelea, solo comentarios, risas incómodas, miradas que se sostenían más de la cuenta.

Sumaq no es una chica problema. Todos dicen que es casi una santa, que aguanta lo insufrible. Son tonterías. Ella sabe fingir. O eso creo. Cada vez que hay un problema, se culpa o dice que no fue con mala intención, como si eso bastara. Pobre, es una oveja en un mundo de lobos.

Esa tarde vino la policía. Hicieron preguntas simples: dónde estuvo, con quién, si tuvo problemas con ellas, qué hacía a las ocho de la noche. Sumaq respondió con calma.

Mientras hablaban, me alejé un poco. Afuera, en la vereda, estaba uno de los policías. Lo conocía. No dijo mucho al principio, algunas frases sueltas, hasta que mencionó el video.

Habían encontrado una grabación. La estaban mejorando. Sentí un nudo en el pecho. Tal vez fueron mis ojos o la forma en que me acerqué. Cuando me vio entendió. Lo noté cuando su expresión cambió: perdió el color en las mejillas y sus manos dejaron de estar quietas. Por un segundo pensé que iba a decir algo, pero no lo hizo. Respiró hondo y siguió respondiendo como si nada. Mantuvo la compostura el tiempo suficiente. Lo necesario para que no sospecharan. Yo me quedé cerca, observando, esperando, sabiendo que cuando vieran ese video todo iba a cambiar. Nos mantuvimos atentos a las noticias.

Cada vez que salíamos, buscaba con la mirada a mi colega. A veces le pedía información. En ocasiones decía algo; otras, repetía que era un caso confidencial. En casa lo notaron. Nuestros padres pensaban que nos habíamos vuelto aficionados a las noticias. Antes apenas veíamos series de policía. Ahora no cambiábamos el canal. No informaban nada del asunto.

Sumaq empezó a dormir menos. A veces se levantaba a mitad de la noche y se quedaba frente a la puerta, quieta, como esperando a que alguien viniera. Otras veces me miraba y hacía una señal rápida. Entonces le alcanzaba su mochila y salíamos. Caminábamos bajo el cielo oscuro, casi sin hacer ruido, hasta llegar al viejo árbol. Allí todo parecía más lejano. Yo me acostaba y ella tarareaba una canción o escribía en silencio. En esos momentos, yo recordaba. El viento. El sonido del agua chocando contra las piedras, como si todo ya hubiera estado anunciando lo que iba a pasar. Ellas dejaron de reír cuando me vieron.

—Awki...

Su voz me sacó del recuerdo. El cielo clareaba. Regresamos sin hacer ruido. Ella se metió bajo las mantas. Yo me quedé observándola, hasta que su respiración se volvió más lenta. Luego me fui.

Las semanas pasaron. Demasiado rápido para mí, lentas para el resto, hasta que esa noche volvió la policía. Entraron a la casa y pidieron que mis padres y mi hermana se sentaran. Yo me quedé a su lado. El oficial sostenía una tablet.

—Hemos mejorado la imagen —dijo y puso el video.

Esta vez era claro. El puente. Las dos chicas y mi hermana, justo detrás de ellas. Todo ocurrió en segundos. Las voces se levantaron al mismo tiempo. Mi hermana empezó a llorar. Mamá repetía el video una y otra vez. Papá gritó a los policías. Ellos intentaban mantener la calma. Yo no. Miraba la pantalla porque sabía que algo faltaba. Algo que la cámara no vio. Nadie quiso escucharla. Repitieron la imagen una y otra vez, siempre el mismo instante, no lo que ocurrió antes.

Recordé cómo esa noche íbamos camino al bosque. Fue un día difícil de colegio. Sumaq había llorado por las burlas diarias de esas chicas. Cuando nos las encontramos, la empezaron a rondar, como lobos con una oveja sola, que esa vez tenía un guardián a su lado. Creyeron que era asustadizo. Se equivocaron, pero no hice nada, ya que Sumaq me detenía. Intentaron arrancarle su llavero de la mochila, un pequeño escudo que decía: "La bella y el guardián". Me adelanté y les gruñí lo suficiente para que la dejaran. No entendieron. Avancé un paso más, ellas retrocedieron dos. No miraban detrás, solo a mí, y entonces desaparecieron.

El grito de mi hermana lo llenó todo. Se inclinó, intentó alcanzarlas. Eso fue lo único que vieron. Mi cuerpo quedó oculto por el de ella.

Cuando vinieron por ella, corrí, intenté detenerlos. No podían llevársela. No así. Ella me llamó, desesperada, pateó, alzó la voz, repitió que no había sido así, que solo quería salvarlas. Papá también intentaba detenerlos, mamá lloraba y rogaba que no se la llevaran, que habría una explicación.

Intenté llegar, pero no pude. La policía la esposó y la llevó al carro. Nuestros padres tomaron las llaves y se fueron. La puerta se cerró, esperé hasta la noche. Llegaron solos.

Después de eso, la casa quedó vacía. Durante un tiempo se iban y volvían luego de horas. Un día simplemente ya no salieron más. Cerraron el cuarto y guardaron sus fotos como si no hubiera existido. Las noches se alargaron. Sin su graciosa presencia, hasta la farándula se volvió aburrida,

incluso las burlas a los personajes de moda perdieron sentido. Una tarde la tele no volvió a encenderse. Yo me quedaba junto a la entrada, esperando. Creía escuchar sus pasos o su voz. Eso terminaba en una ilusión rota.

A veces llevaba el llavero conmigo. Aún tenía su olor. Pasaron los días y las semanas. Un día nos visitó un doctor cuando se dieron cuenta de que dejé de comer y de beber. Me quedaba en la puerta día y noche. Fue muy rápida la revisión. Hablaron delante de mí. No presté atención. Solo quería escuchar su voz.

Cuando me dijeron que nos íbamos a ir a un lugar especial no me resistí. Ya no tenía fuerzas. Antes de salir, miré la puerta. Pensé que tal vez, si esperaba un poco más, ella volvería; que me llamaría, se agacharía a mi lado y me rascaría detrás de las orejas como cada noche.

Esperamos un poco antes de ingresar al médico. Me recosté en una mesa de metal y sentí el frío, no ese que te pone la piel de gallina, sino otro, uno que dice que todo terminó. Cerré los ojos, y la imaginé conmigo antes del escándalo de los medios, de la muerte de las chicas; ella corriendo por el bosque, luchando para que le diera su peluche, lanzando la pelota e insistiendo para que se la devolviera. Recordé las noches, cuando me colaba en su cuarto y dormía a su lado. Nada de eso le importó a la policía. Yo solo era Awki, el perro de Sumaq.



Ilustración de Valeria Carrillo

Pasajera en trance

Ana Isabel Fiafilio

Muchos dicen que cuando regresas de un viaje ya no vuelves a ser el mismo. Puedo decir que, en esos momentos, siento que me reencuentro con versiones de mí que creía lejanas, como si recordara fragmentos de vidas pasadas.

El sonido de los aviones, el movimiento acelerado por los pasillos del aeropuerto, un rostro lleno de felicidad que hacía que las pocas horas de sueño valieran la pena. Cada vuelo representa un nuevo comienzo, una oportunidad más para vivir una historia diferente. Con el pasar de los años comprendí que los viajes no eran solo movimientos entre un país y otro, sino momentos definitivos e inesperados.

Recorrí caminos que nunca imaginé. Algunos destinos no estaban en mis planes. La vida quiso llevarme a distintos rincones de toda América. En cada lugar encontré algo más que paisajes o nuevas ciudades: personas, culturas y conversaciones que se convirtieron en lecciones de vida. A veces me sentía completamente yo misma; otras me cuestionaba quién era realmente, pero en cada experiencia lograba construir un sentido de pertenencia. Esa sensación de ir hacia algo nuevo me generaba miedo, pero también felicidad, al saber que la vida me ofrecía nuevas oportunidades para conocer personas y vivir cada experiencia al máximo.

Para mí, entender el mundo implica atravesar distintas sensaciones y observar el comportamiento de las personas, incluso en encuentros fugaces con desconocidos que quizá no volveré a ver. En ese proceso, mi confianza se iba fortaleciendo.

Mientras caminaba por el aeropuerto, me di cuenta de que nunca viajaba sola. Siempre estaba conmigo mi niña interior; la voz que me recordaba la curiosidad con la que alguna vez soñé hacerme una con el mundo. Al mirar por la ventana del avión, podía ver reflejada a esa pequeña que sonreía mientras cruzábamos el cielo.

Esa vez avanzaba por avenidas llenas de jacarandás, cuyo aroma y color luego se volvieron uno de mis favoritos. Su cercana presencia me transportaba a lugares mágicos, como si me llevaran a otra época, entre edificios de estilo francés y calles interminables. En un abrir y cerrar de ojos, mientras me quitaba los audífonos, quedaba anonadada al escuchar las canciones de Gardel a lo lejos. Eran las clases de tango. Entonces me di cuenta de que ya estaba en La

Recoleta, el célebre cementerio porteño.

Caminar entre personajes que marcaron la historia alimentó mi curiosidad. Allí descansaban figuras famosas de las guerras de independencia, así como protagonistas de historias de amores ocultos que marcaron la memoria colectiva del país. Una de las tumbas que llamó mi atención fue la de Eva Perón. Los mausoleos, con sus imponentes arquitecturas, reflejaban también las diferencias sociales, pero al mismo tiempo resaltaban el valor de una líder social que se convirtió en símbolo de la lucha de los trabajadores. El reloj marcó las seis de la tarde. Era momento de salir. Ese lugar despertó en mí una sensación profunda de conexión con el pasado y mi propia historia.

Seguí caminando por Corrientes, gran avenida llena de inspiración, movimiento y cargada de emociones. Las horas pasaban sin darme cuenta, hasta que sonó mi celular. La dueña de la casa donde me alojaba llamaba preocupada por mi ausencia. Helena, una encantadora señora de larga cabellera rubia. Al llegar, me recibió con una hermosa sonrisa. Comprendí que el calor humano se siente de manera distinta cuando estás lejos de tus raíces.

Entre conversaciones con Helena sobre sus clases de ballet y relatos acerca de su vida cultural, descubrí nuevas formas de entender el mundo y despertar mi curiosidad por seguir aprendiendo. La casa era grande, de estilo francés también, ubicada entre teatros y murales que recordaban la esencia de Mafalda.

Llegué de noche. Helena ya me esperaba con la cena: un gran corte de carne de ojo de bife y un excelente vino Malbec. Fui a la cocina a lavarme las manos. Mientras buscaba el secador, divisé una puerta antigua, pero no le di importancia. Me senté en la mesa e iniciamos una conversación que me llevó a contarle sobre mis primeros días en la Universidad de Buenos Aires, desde que tomaba el bus rumbo a la facultad de Matemáticas y llegaba al aula Turing. Allí, rodeada de científicos, ingenieros y estudiantes de ciencias sociales de toda Latinoamérica, desarrollamos proyectos en un espacio de discusión constante. Al final de las clases, un poco agotados, el coffee break hecho de café, facturas y dulce de leche nos devolvía las fuerzas. Ahí conocí a Verano y Ernesto, quienes se rieron cuando escucharon que el pisco era chileno. Yo volteé con una sonrisa amena y enfaticé que no era nada cierto. Verano amaba la naturaleza. Le pregunté de dónde era. Me dijo: "¿Recuerdas la canción 'en un puerto italiano al pie de las montañas...'?. Si adivinaba de qué ciudad era, ella me regalaría un libro de Ana Frank. Claro que lo hice. En ese momento nos hicimos amigas.

Helena se emocionó al escuchar que tenía amigos. Me quiso presentar a otras personas más. Parecía un ser sociable, pero esa noche la encontré sola, como buena anfitriona. Al terminar la cena, escuché un sonido extraño proveniente de la cocina. La miré, ella agrandó sus ojos y se levantó de la mesa diciendo que al día siguiente me esperaba con el desayuno.

Fui directamente a mi habitación. Al cruzar los pasillos vi dos puertas. Asumí que eran otros invitados. Comencé a explorar mi dormitorio. Era cómodo, tenía calefactor, un closet hermoso y una ventana con azulejos. Mientras la contemplaba me quedé dormida.

Al día siguiente tocaron la puerta. Una joven voz me apuró para ir a la universidad. En pijama y un poco avergonzada, le dije sin abrir que en treinta minutos me alistaba. Asumí que era otro invitado de Helena. Al salir, encontré el desayuno servido. No estaba el muchacho; solo había un mensaje escrito en papel que decía: "Nos vemos en la noche".

Llegué rápidamente al aula Turing. Verano me esperaba con un café. Me explicó las pautas de la clase: debíamos generar un brainstorming sobre smart cities. Concentrada frente a mi pantalla, de pronto escuché un susurro con un acento hermoso: "Che, no tengo grupo". Ernesto dio la vuelta a mi sitio y se sentó a mi lado. Mis ojos voltearon a verlo: su piel delicada y rizos castaños claros eran arrebatadores. Sacó una laptop de su mochila y continuamos. No había mucho tiempo para culminar la tarea.

Acabada la clase, revisamos la agenda del día: debíamos llevar ropa cómoda porque nos invitaron a jugar fútbol. Nos anticiparon cambios leves en el clima, pero la lluvia terminó cancelando el juego. Esa tarde quedamos empapados. Entre el viento y las abundantes gotas que golpeaban nuestros rostros, nos fuimos rápidamente a la facultad. Solo nos quedaba esperar a que escampara. Me tomó la ansiedad porque había olvidado el celular, y no sabía cómo comunicarle a Helena que no me esperara para cenar porque quizá llegaría tarde.

Era casi medianoche cuando salimos de la universidad. Estaba por tomar el bus cuando oí mi nombre. Ernesto me pidió que lo esperara. Abordamos el siguiente bus, que iba por la ruta más larga y primero pasaba por su hospedaje. Conversamos animadamente, y de pronto se levantó del asiento porque debió bajar. Yo seguí mi camino, y me quedé dormida. Cuando desperté, estaba en otro punto de la ciudad. Desesperada, me acerqué al chofer y le pregunté cómo regresar.

—Che, estás perdida —me dijo.

Por suerte pasó un bus de regreso. Iba sola, de madrugada, con solo cien pesos. Bajé en una estación; no recordaba hacia dónde ir. Tomé un taxi, y le dije al chofer que le indicaría el camino. Sudaba frío porque el taxímetro avanzaba peso a peso. Mi ansiedad subió al máximo: no tendría cómo pagarle. En ese tiempo nos habían dado el monto de la beca en billetes y monedas: fajos de dinero que salían del Banco Patagonia. Tras colas interminables para obtenerlos, me sentía millonaria, pero no valían mucho porque la inflación aumentaba a cada hora. Viajé hasta donde me alcanzó el dinero.

Llegué a una esquina, crucé los rieles del tren y pasé por una calle llena de boliches y gente tirada en el piso. No era un lugar confiable para preguntar. De pronto vi la estatua de Mafalda y me dije: "Ella es mi heroína".

Finalmente estuve en la casa de Helena. A esa hora todo se veía distinto. Busqué las llaves, tomada por una sensación de tranquilidad y paz. Subí al tercer piso, fui al comedor y me serví un vaso de agua para calmar la ansiedad. Nuevamente escuché un sonido cerca de la cocina. Prefería enfrentar el miedo afuera que dentro de la casa. Decidí entrar sigilosamente a la habitación. Un señor robusto y de cabellos grises me daba la espalda. Pensé que era el esposo de Helena. Sus llaves no estaban en la sala. Estaba sola en casa. Aun así, el miedo no me detuvo. Le pregunté quién era. No recibí respuesta. Le toqué el hombro. Me dijo su nombre, y vi un libro de Borges delante de él. Eso me dio confianza. Nunca llegó a voltearse. Solo hablaba de lugares ocultos donde la historia se conectaba en un sótano.

De pronto ordenó: "Encuentra al Che Guevara". Salí corriendo y volví a la cocina. Una nota decía que teníamos un nuevo inquilino. Seguramente era el muchacho de la mañana.

Al día siguiente, nuevamente el joven me llamó para ir a la universidad. Esta vez ya estaba lista. Era un apuesto mexicano quien me había preparado el desayuno. No supe si agradecerle por el detalle o si solo lo había hecho por indicación de Helena. Lo más importante fue que disfruté cada factura y café. Su nombre era Benito. Analizamos su línea genealógica, y resultó que era pariente lejano de Benito Juárez. Comprendí su gusto por las leyes: iba becado por un programa de environmental justice.

Luego de la clausura fuimos a la ciudad con Ernesto y Verano. Estuvimos por Puerto Madero tomando un café y observando el movimiento del río. Seguimos caminando por calles anchas hasta que, de noche, entramos a la Casa Kirchner, donde había un concierto. Aunque no estábamos vestidos adecuadamente, decidimos entrar. De pronto, la música me transportó

nuevamente a la casa de Helena. Me pregunté por el extraño que me habló del Che.

Al día siguiente, de madrugada, tomé un bus a Córdoba, donde habíamos quedado en encontrarnos con Verano y Ernesto. Decidimos que haríamos una parada en Alta Gracia, pero yo no sabía que allí estaba la casa del Che. Todo parecía una coincidencia extraña. Recorrimos el lugar, vimos la motocicleta, la radio... todo me recordaba a mi abuelo. En una sala vi una fotografía que llamó mi atención. Era el mismo hombre que me habló del Che. Perturbada, salí sin avisar a mis amigos.

Cuando llegué a casa, pregunté a Benito por la habitación donde había visto al hombre misterioso. "¿Dónde?", me preguntó. Fuimos a la puerta. Él me dijo que allí no se alojaba nadie, que podía comprobarlo si quería.



Ilustración de Cecilia Ugaz

Día de San Juan

Cecilia Ugaz

"Kikirikiii, kikiriii, kikiriii", cantaba el gallo anunciando el nuevo día. Aurora no quería despertar todavía. De repente, entre sueños, recordó que era su día: la profesora elegiría al alumno que cantaría en el Día de San Juan. Era junio. En esa época, luego de meses de lluvias, los campos estaban verdes, llenos de alfalfa, papa y maíz.

Aurora saltó de la cama, se vistió para ir al campo y se fue a asear. Después tomó un poco de cancha y queso, y bebió su avena. Corriendo fue tras Pastora, la becerrita. Gringo, su enorme perro protector, la acompañaba. Tenía media hora para juntar a Pastora con su madre, la vaca Tomasa, y recolectar la leche. Tomasa había pasado toda la noche separada de su ternerita para que sus ubres estuvieran completamente llenas, así Aurora recolectaría la leche con la que su mamá preparaba los quesos y la mantequilla que venderían los domingos en el pueblo.

Ordeñó a Tomasa, dejó a la becerra con su madre en el campo para que pudieran pastar, fue a ponerse el uniforme y cogió su alforja para ir al colegio. En el camino se encontró con Rosa, su prima de largas trenzas, quien le empezó a contar lo que había escuchado en la noche, cuando sus padres creían que estaba dormida.

—Así han dicho, así han contado, que Teófila ha desaparecido. Su mamá ha ido a preguntar por ella, y Adolfo ha respondido que ella se ha marchado y lo ha abandonado con todo y sus hijos. "Imposible, ella no es así", dicen que respondió su mamá.

Aurora se detuvo en seco y empalideció.

—Aurora, ¿qué te pasa?, ¿qué tienes?

—Es que yo la vi.

—¿Cómo la viste?, ¿en dónde?

—Ayer en la noche, cuando fui al silo. Mi papá también la vio, creo, porque se estaba yendo a regar su chacra. Recuerdo la luna llena, así que no estaba tan oscuro, y me fui sin linterna al silo de mi casa. Me asusté mucho porque vi una sombra pasar por la puerta de mi casa. Me puse a rezar pensando que tal vez era un alma que me quería molestar, pero no, era ella. "¡Teófila!", le dije, "buenas noches, ¿qué haces tan temprano despierta?". Y ella no levantaba el rostro. Eso me asustó más. Iba hacia arriba, como quien se va al pueblo. Entonces comenzó

a aullar Gringo. "Caracho, calla a ese perro", gritó mi mamá dentro de la casa.
—Aurora, yo creo que has soñado. ¿Cómo la vas a ver a Teófila sola en medio de la noche, si ella siempre va acompañada de su hijito, Benjamín"
—De verdad, era ella, estoy segura de que era ella.
—Es que...
—¿Tan tarde van al colegio? Seguro que se han acostado tarde y ni siquiera han hecho la tarea —las interrumpió su primo Asunción, que vivía dos casas más arriba.

Las primas se rieron, y Aurora le guiñó el ojo a Rosa y le hizo el gesto de que seguirían conversando. En todo el camino iban riendo y jugando mientras comían un poco de la cancha y el queso que llevaban en sus alforjas. Cruzaron las chacras para cortar camino, subiendo las pircas que separaban los terrenos de los vecinos.

En casa de Aurora, su mamá iba preparando los quesos con el cuajo y vertiendo la preparación en los moldes uno a uno. En ese momento, llegó Hermelinda:
—Eufracia, tienes que ayudarme. Adolfo dice que mi hija lo ha abandonado. Eso no es cierto, ella no es así. Seguro que miente. Mi hija nunca dejaría a su familia.
—Mamita, cálmate, seguro que ella va a regresar. Capaz se ha ido al pueblo a vender sus cosas de la chacra, y ya sabes cómo es Adolfo, que todo exagera.
—Mi hija nunca se hubiera ido sin avisarme. Ella siempre se preocupa por mí.
—¿Entonces qué crees que ha pasado? —preguntó Eufracia atemorizada.

Los alumnos ingresaron corriendo al salón luego de sonar la campana. La profesora los recibió:
—Buenos días, mis niños. Hoy vamos a elegir al representante de canto para la fiesta de nuestro patrón.

Aurora sintió desde niña el impulso de vivir la música y bailar. Era su oportunidad de que todo el pueblo la escuchara. De pronto sonaron las campanas de la iglesia y a los segundos las sirenas de los patrulleros de la policía. Los alumnos corrieron a mirar por la ventana. La profesora ordenó que regresaran a sus carpetas, pero lo hicieron luego de varios minutos. Las campanas nunca tocaban así, excepto para anunciar la muerte de algún poblador o durante las fiestas religiosas. Cuando volvió la calma, la profesora pudo retomar el conteo de los votos. Aurora, emocionada, sentía que estaba próxima a oír su nombre. No olvidaba las palabras de su mamá: "Hija confía en

tu talento, no dudes de tu valor, mamita". El salón de sexto grado de la escuelita primaria, la única del pueblo, era el designado para escoger a quien cantaría las ayras, cantos tradicionales en quechua, ante el santo.

—Listo —anunció la profesora—. Ya tenemos al ganador. Vamos a revelar su nombre cuando terminemos las clases.

—Nooo —gritaron los alumnos al unísono.

—Por favor, profesora, díganos quién ha salido. Díganos quién le va a cantar a San Juancito —rogó Rosa.

—No, es mejor seguir con las clases para terminar todo antes de las fiestas.

—Nooo, profesora, no es justo, no nos deje con la angustia —pidió Aurora.

—Bueno, si prometen que van a hacer su tarea y que van a dejar el salón limpio todo el mes, les diré los resultados.

—Profesora, yo me comprometo a que todos mis compañeros cumplan la promesa —ofreció el brigadier del salón.

—Está bien. Vamos a anunciar al ganador. Este año la elección ha estado reñida, pero ustedes lo han decidido. El ganador es alguien que siempre nos ayuda en todas las fiestas decorando el anda de San Juan, nos trae las flores y los cirios, y es la más entusiasta en las fiestas.

—¡Aurora! —gritó Rosa.

—Sí, es Aurora —reveló la profesora emocionada.

Aurora brincó de alegría. No lo podía creer. Por fin iba a cantar frente a todo el pueblo. De súbito sonó el timbre del colegio. Todos se levantaron y formaron en una fila ordenada que salió al patio.

—Chicos, vayan en orden, no se distraigan, y no lleven sus cosas —les solicitó la maestra.

En el patio, el director cogió el micrófono y se dirigió a los estudiantes. Su adusto semblante preocupaba a Aurora. Ella se preguntaba, como todos sus compañeros, el motivo de la interrupción de las clases.

—Alumnos, por decisión de las autoridades, las fiestas de San Juan se han suspendido, al igual que las clases de hoy. El alcalde ha decretado tres días de luto por la muerte de nuestra vecina Teófila.

Rosa volteó a ver a Aurora, que estaba llorosa, y sus miradas se cruzaron asustadas.

Una muerte antes de las fiestas no era de buen augurio.

—Se va a celebrar la misa el mismo 24, pero nada de fiestas en la plaza ni fiestas con banda. Vayan a sus casas. Nos vemos mañana —finalizó el director.

Los maestros conversaron brevemente entre ellos, asustados, y llevaron a sus

alumnos a los salones. Algunos padres estaban en las puertas para recoger a los más pequeños.

—Vamos a la plaza. Vamos a ver qué ha pasado —le propuso Rosa a Aurora.

Mucha gente se apretujaba en la puerta de la iglesia. Estaban también los patrulleros y los forenses. Las primas se colaron en medio de la multitud. Pudieron ver que el cura estaba esposado, llorando; decían que se negó a hablar. Un cuerpo reposaba inerte frente al confesionario cubierto con una tela blanca. Solo asomaban unas trenzas. Era Teófila. Aurora y Rosa rompieron a llorar. Su vecina siempre les invitaba tunas de su chacra y les contaba historias de aparecidos, condenados, pishtacos, de la jarjacha, la veta, la uma, del muki, leyendas del Ande, sus historias; relatos que ellas contaban en el colegio.

La policía fue tras Adolfo para darle la noticia de la muerte de su esposa, pero él había ido a casa de sus padres para dejar a sus hijos; les dijo que se iba a comprar ganado. Lo encontraron juntando dinero y metiendo ropa en una maleta. Ya en el pueblo, lo confesó todo. Él y el cura amasaron una fortuna estafando a los comuneros de Chuquimarán, pueblo cercano a Huaytará. Adolfo era muy querido por los ganaderos de ese pueblo porque su abuelo había sido alcalde, y confiaban en él. Les prometieron que iban a ganar mucho dinero invirtiendo en terrenos en otros anexos y en las alturas, además de que iban a hacer que su dinero ganara altos intereses. Les aseguró que contaba con la venia del señor cura, el padre Joaquín, llegado de España hacía diez años para velar por sus feligreses. Varios campesinos les entregaron todos sus ahorros.

Teófila sospechaba de Adolfo; ella sentía su mirada cambiada, hasta que un sueño premonitorio la alertó. Adolfo estaba mirando la montaña de espaldas a Teófila. Ella estaba cortando tunas, hasta que se pinchó con una larga espina. "¡Adolfo!", gritó desesperada, y cayó de su mano herida una tuna roja que se tornó negra al caer al suelo, de cuyo interior salieron grandes gusanos negros erizados de púas. Teófila miró a Adolfo. Sus ojos ya no eran de este mundo. Esos ojos chinitos que antes amaba lucían oscuros, intensos, con las pupilas dilatadas. Su boca manaba sangre y su ropa no era la de siempre. En su lugar vestía una sotana.

Teófila despertó asustada y gritando. Al encarar a Adolfo y preguntarle qué traía, por qué estaba tan hermético y misterioso, él hizo lo que siempre, evadirla. Le dijo que se iba a ver las vacas. Teófila abandonó su casa antes de que se hiciera de noche y dejó a Benjamín, su bebé, al cuidado de sus hermanos mayores. Llegó a la iglesia antes de que cerrara, poco después de la última misa, la de las ocho. Se acercó al cura y lo encaró.

—Yo ya sé todo, padrecito. Mi comadre me ha dicho que usted y Adolfo mucho van a Chuquimarán.

—Hija, entra al confesionario y conversemos calmadamente. Recuerda que es pecado mentir —la tranquilizó el sacerdote.

—Padre, yo voy a hablar con la policía porque ya Adolfo me contó todo, y está arrepentido. Solo quería saber por qué usted ha actuado mal.

El cura terminó asesinándola y escondiendo el cuerpo en el confesionario, sin tiempo para enterrarlo o desaparecerlo.

Aurora no volvió a participar en más concursos de canto. Su vida cambió drásticamente cuando su mamá la dejó en Lima en casa de su tía Jovita para que pudiera estudiar la secundaria en un colegio fiscal. No despertó más con el canto del gallo. En la capital perdió al Gringo, la Tomasa, la Pastora. No hubo más pastos verdes para ella, ni pircas, ni mote, ni historias; solo veredas, microbuses y tráfico bajo una ciudad gris.



Ilustración de Margott De La Cruz

Valiente Valentina

Margott De La Cruz

Es un día caluroso de febrero, tomada por una tristeza tan grande que pienso que me dará un infarto. Saliendo de mi terapia, recibo una llamada de casa:
—No hay Valentina, ¿dónde la has dejado? —me increpó desesperada mamá.
—En la oficina, ma, durmiendo.
—No hay, ya busqué por todos lados.
—¿La has llamado?
—Sí, no aparece.
—Ya voy para allá —dije y colgué.
Invaden mi mente todo tipo de pensamientos. ¿Se escapó otra vez? ¿Cómo? ¿En qué momento dejé la puerta abierta? ¿Qué voy a hacer? Pobre Valentina, otra vez en las calles, escapando, desorientada. Dios mío, por favor, protégela, empecé a rezar.

Usualmente tomo taxi, pero como en los últimos días han subido los precios por la fuga del gas en la selva, abordo un bus. El recorrido a lo largo de la avenida Salaverry me parece interminable.

Trato de controlarme y empiezo a planificar. Primero llamaré y enviaré mensajes a todas las vecinas que conozco, comenzando por la señora Sonia, quien la rescató. Recuerdo cómo unas seis semanas atrás ella me compartió un video de una perrita abandonada en el Campo de Marte, en pleno sol, atada a las maderas de la remodelación que están realizando. Era una schnauzer con el pelo plomo crecido, ensortijado, unos grandes ojos color caramelo llenos de dulzura, un hocico negro, negro y un parche al costado. ¿Cómo puede haber gente tan desalmada? Allí estaba, con un vestido de abejita que tapaba el parche. No podíamos dejarla ahí. La señora Sonia la llevó a una veterinaria que siempre la apoyaba con los gatos heridos que rescataba. Grande fue la sorpresa cuando al retirar el parche se encontraron con una herida indescriptible. No era producto de una esterilización, como pensamos al principio, sino una tumoración avanzada, que requería una operación urgente. ¿Cómo aguantó tal situación extrema? ¿En qué condiciones había vivido?

La preocupación vuelve a mi mente. Trato de serenarme. Mi lógica y mis dudas se entremezclan. ¿Llamo a la señora Sonia? ¿Y si Valentina está por ahí en la casa? Quizás se atrevió a salir al jardín o se subió al segundo piso, y se quedó dormida. Debo llegar cuanto antes y asegurarme de la situación. Rezo

para que esté en casa a mi llegada.

Recuerdo cómo en tan poco tiempo se acostumbró a mi presencia. Es muy cariñosa. Asienta sus dos patitas en mi pierna y se estira, mirándome con sus ojitos de chimpancé, llenos de amor incondicional. Parece que tiene pestañas grandes, pero es el pelo negro alrededor de los ojos cuando está cortado. Aunque ha hecho algunos amigos perrunos en el parque, una vez un perro siberiano marrón se alocó y la siguió. Tuve que levantarla para que no le hiciera daño, pero no evité que terminara parándose frente a mí y me alcanzara con una de sus enormes patas. Yo gritaba: "¿De quién es el perro? Auxilio!", hasta que se lo llevó su dueño. Le increpé por qué no lo tenía con correa, como dice la ley. Él me respondió que por qué paseaba a una perrita en celo. Lo peor fue que varias de las personas alrededor lo apoyaron. Insistí en que debían de pasear a sus mascotas con correa y recoger el popó de sus engreídos. Felizmente ella fue valiente, y no se asustó. Por eso le pusimos el nombre de Valentina, pero también por todo lo que seguro padeció en su corta existencia. Cuando llegó, los veterinarios le calcularon dos años. La gente la quiere porque es dócil y cariñosa; a todos menea la colita y los mira con esos ojos de ternura, inocencia y pestañas largas.

De rato en rato regresa la preocupación y pienso que el bus demora demasiado. Se cruzan por mi mente mi plan de búsqueda, mis recuerdos con Valentina y mi angustia por no encontrarla. Pido a Dios que esté en casa.
Le hicieron un corte en el lado derecho desde la cintura hasta el muslo de la pata trasera para extirparle el tumor. Horrible. Salió bien de la operación, y valiente Valentina se recuperó pronto. Luego de estar internada una semana, no había quién la adoptara. Me pidieron que lo hiciera yo. Respondí que tengo dos gatos: Oyuki dentro de casa y Leo fuera. "Verá que la perrita es muy dócil y se lleva bien con los gatos de aquí del internado", trataron de convencerme. El tiempo y el destino estaban marcados. Valiente Valentina iría a casa con Leo y Oyuki.

Bajo del bus un paradero antes y cruzo la plaza Cáceres mirando en todas direcciones. Empezaré la búsqueda por los lugares que siempre recorremos, preguntando a todos los que pasean a sus mascotas. Llamaré a Serenazgo, pondré avisos en redes. No puedo imaginar todo lo que le estará pasando a Valentina. Otros perros la atacarán, alguien podría llevársela para hacerla reproductora, la atropellará un carro, caminará y caminará sin rumbo. Tengo que controlarme, evitar la angustia y llegar pronto a casa. Valentina siempre me espera en la puerta, y si duerme, lo hace con un ojo abierto, alerta

a cualquier movimiento, ruido o mi presencia. Los días que la dejo con mamá permanece a su lado. ¿En qué momento se salió Valentina? Apresuro el paso, muevo mi cabeza de derecha a izquierda, atisbo todos los posibles espacios que me rodean, cruzo la plaza Cáceres, ¿y? ¿Voy de frente por Pumacahua o por Serpost? Elijo el camino más corto: Pumacahua. ¿Empiezo a preguntar a los conocidos que encuentre o mejor llego a casa primero?

Recuerdo que nuestros recorridos todavía no hemos llegado al parque Cáceres, solo al parque Santa Cruz y los alrededores no más allá de una manzana. Cómo le gusta ir a saludar a cada perrito que ve de lejos, y si yo hablo a alguien, si le dedican algún halago, inmediatamente sube sus patitas delanteras y se estira.

No entiendo por qué, teniendo un jardín en casa, ella nunca quiere pasear por ahí. La cargo y la dejo en el medio, pero se queda paralizada un instante y corre hacia adentro. Por eso tengo que sacarla tres o cuatro veces. Cómo me gustaría que cuando lo requiera salga al jardín y listo, pero asumo que tiene que ver a otros amigos, olfatearlos y demás.

Me entregaron a Valentina con un collar muy delgado que parecía ahorcarla. Se lo cambié por un pequeño chaleco para paseo, pero no le gustó. Debe pensar que es el vestido de abejita que le pusieron y la dejaron esperando. También le compré una camita que al inicio no usaba; prefería dormir en el piso; luego poco a poco le encantó. Cuando está alegre o relajada, se da volteretas sobre ella, rascándose la espalda y moviéndose de aquí a allá; sonríe y muestra los dientes; se cubre con sus patitas la cara como quien juega a esconderse. Es una belleza. Su comida es otro caso. No le gustan mucho las croquetas; prefiere la comida de casa. Poco a poco come ambas con algunas galletas de premio.

Al inicio estaba preocupada, porque al salir siempre estaba en alerta, como buscando a alguien; posiblemente siempre tuvo cerca a una persona compasiva que la quería y le gustaría volverla a ver. Acostumbraba ella a dar paseos largos y yo con el tiempo limitado, al inicio le gritaba: "Valentina, ¡vamos!". Ah, pero ella, terca, no se movía. Hasta que descubrí que cuando le decía con cariño "Valentinita, venga, venga preciosa, ¿vamos?", me hacía caso. Así nos fuimos conociendo.

Estoy a media cuadra de casa. Por mí, correría. Tengo el pulso acelerado, sigo mirando, buscando. Saco las llaves, busco la de la primera puerta. No escucho nada. Busco la llave de la tercera puerta, pues la segunda siempre está abierta por Leo, que viene a comer. Estoy dentro. No está Valentina, solo

mamá, parada. Todos mis temores se están haciendo realidad y un peso de angustia y frustración se apodera de mí. Creo que no hay peor situación que cuando tus pensamientos negativos se van cumpliendo.

—¡No puede ser!, ¡abriste la puerta! —le increpo a mamá tratando de buscar un culpable.

— Nooo, nada

—¿Y ahora qué voy a hacer? Valentinaaa, Valentinaaa —la busco por toda la casa. Dios mío, por favor, por favor. Voy hasta el fondo, subo al segundo piso, entro a los cuartos aun cuando algunos estaban cerrados, me inclino debajo de las camas, dentro de los closets. "No hay Valentina", exclamo y estallo en lágrimas. Le digo a mamá llorando

—Tengo que ir a buscarla.

—¿Adónde? ¡Cálmate! Espera a tu hermano. Alguien tiene que ayudarte.

No puedo esperar más. Salgo a buscarla antes de que ocurra algo peor. La desesperación se apodera de mí, los pensamientos me invaden y todos mis planes me parecen de pronto inútiles. Lloro y rezo: "Dios, protege a Valentina. Haz que la encuentre. No permitas que sufra, por favor". No puedo controlarme. Se abre la puerta. Es mi hermano.

—¿Qué pasa? ¿Por qué lloras? —me pregunta.

El nudo en mi garganta me impide contestar. Mi mamá trae un vaso de agua y comienza a explicarle. Tomo el agua a duras penas, cojo el celular y me levanto.

—Por favor, vamos a buscar a Valentina —le pido a mi hermano.

—Espera, ¿ya buscaron en todos los lugares?

—Sí, no está. ¡Vamos!

—¿En qué dirección vamos a ir? ¿Hacia el parque o a Salaverry?

—No sé, vamos, por favor —insisto llorando

—¡Cálmate! —me grita—. El vecino tiene cámaras. Voy a pedirle las grabaciones para ver por lo menos hacia donde fue.

Entre sollozos, le cuento que la primera vez, cuando recibía a un mensajero, salió disparada hacia el parque cruzando la pista. Si no fuera por un sereno que pasaba con su scooter y detuvo a los carros, y un señor que la tomó con cariño cuando grité, la hubieran atropellado.

—Corre para que te preste sus videos. Ojalá esté ahí. Hace como dos horas habrá sido más o menos, desde que salí.

—Ya, tú tranquila, todavía no hagas nada. La vamos a encontrar. Tómate medio clonazepam. Tienes que tranquilizarte.

La espera me parece una eternidad. Recuerdo cuando murió Sabina,

mi primera perrita. Hablar de ella o recordarla me producía una profunda tristeza que terminaba en un llanto incontrolable. Tuve que ir al psicólogo por un año. Me dije nunca más una mascota en casa, hasta que años después llegó Fushoko, mi primer gato. También su enfermedad y luego su partida me produjeron una gran tristeza, pero las técnicas que me recomendaron permitían controlarme y ser más consciente de la situación. Tenía que recordar los momentos tiernos, de alegría, compañía, travesuras y tantas anécdotas; así como pensar que la muerte es una situación que escapa de nuestro control. Solo así superé mi depresión. Pero ahora es distinto. Si no encuentro a Valentina, no sabré si murió, si está bien o sufre incluso más que antes. Siento que no podría vivir tranquila con esa incertidumbre.

—¡Toma la pastilla! —me ordena mi madre sacándome de mi ensimismamiento.

Hago lo que me pide y suelto un profundo suspiro, tratando de pensar que todo pasará. ¿Por qué adelantarme? Cojo el celular para llamar a la señora Sonia. Por primera vez, no me contesta. ¿Será por algo? ¿Y si la encontró? Ella que siempre está por las calles, ¿pensará que la abandoné? ¿Me podrá considerar tan mala persona? Ya me hubiera llamado.

El ruido de la puerta me hace volver a la realidad. Es mi hermano.

—¿Lograste ver?

—Sí, se ve que saliste, pero nadie más salió. Valentina tiene que estar aquí.

—Ya hemos buscado, la hemos llamado, y nada.

—Ahora que recuerdo —dice mamá—, entré al pasadizo para regar las plantas. Se refiere al enorme corredor que tenemos en el lado izquierdo de la casa que va desde una puerta de ingreso en la fachada de la casa hasta una puerta de salida al final del jardín.

Salgo presurosa, abro la puerta y veo de lejos a Valentina enrollada en la puerta de ingreso.

—Valentina —grito, y viene corriendo con su colita bailarina.

Gracias, ¡Dios! La abrazo, y me mira con esos ojos inocentes y tiernos. ¡Qué felicidad más grande!

—Valiente Valentina, cómo me asustaste. Siempre estaremos juntas y nos cuidaremos, ¿ya?

Quizá se desorientó en un espacio que no conocía, y se quedó dormida.

Pasado el susto, valiente Valentina me hizo entender que frente a situaciones inesperadas lo mejor es no caer en la desesperación. No suponer nada, menos aceptar un pensamiento negativo. Confirmar primero y después

serenarse para enfrentarlo.

Somos felices de tener a Valentina, y sé que ella también lo es. Ambas nos hemos encontrado para alegrar nuestras vidas.

—Tenemos mucho que aprender, valiente Valentina —le digo. Ella, mirándome con sus ojitos tiernos, pega su naricita negra y húmeda a mi rostro.

Ilustración de Tatiana Taira



De gatas y lluvias

Edith López

¿A quiénes no los ponen melancólicos los domingos? Específicamente las tardes, el penúltimo preludio de un lunes maniaco. Así lo cantaba Suzanne Hoffs con The Bangles en aquel inolvidable tema de 1986, "Maniac Monday". Mañanas en las que el frenesí y la prisa se apoderan de chicos y grandes, alistándose para salir a tiempo al colegio o al trabajo. Es la tarde de domingo, su momento de pausa, acaso limbo, que muchos estratégicamente dedican a los partidos de fútbol, ya sea practicándolos, viéndolos por la TV o yendo al estadio. Para otros, me incluyo, todavía es motivo de incertidumbre, muchas veces de vacío.

La pequeña Eilín, en el patio de la casa grande, arma un castillo con unos viejos y desgastados cubos de madera. Mil novecientos ochenta y dos. La casa aún conserva el eco en sus habitaciones porque todavía no está completamente amoblada. Sin un aparato de TV que distraiga su atención, se enfoca en sus cubos: juntándolos, dispersándolos, arrojándolos. Entonces sucede. A lo lejos, percibe una melodía en sonido mono, tal como lo propalaban las añejas radios a transistores, emisoras de amplitud modulada. El sonido de aquella melodía de piano, melancólica, con una muy emotiva introducción, hace que Eilín suelte los cubos y eleve los ojos al cielo gris. No solo es domingo; además es junio de invierno en Lima, aquel cielo más gris que nunca, como si quisiera llorar al escuchar esa tonada tan triste. Se le nublan los ojos, pretende seguirle dando a sus cubos, cuando el piano da paso a la voz engolada y poderosa de una mujer que pronto exclama: "Ya lo ves, la vida es así, tú te vas y yo me quedo aquí", y a la niña perpetuamente reflexiva se le estrecha la garganta. Ella le teme al tiempo; quisiera poder detenerlo en aquellos momentos de plenitud que esporádicamente vive, como cuando la familia comparte amenamente en el almuerzo o mamá canta con alegría mientras arregla sus plantas. Quisiera atrapar ese precioso tiempo en una botella —tal como Jim Croce en su entrañable tema de 1973, "Time in a Bottle"—, pero sabe que no puede. Angustia. A sus cortos siete años está consciente de que todo pasará, y ella se quedará allí. Aquella mujer de voz poderosa se lo está recordando esta tarde fría y gris de domingo. Ella hace y deshace su torre de cubos, pero ya no puede evitarlo: las lágrimas brotan incontenibles desde algún lugar de su pecho. Mamá, asustada, se acerca y le pregunta "¿qué pasó?".

Eilín siente vergüenza de decirle que aquella canción la hace llorar por su letra, tono triste o por ambas razones, pero no dice nada, y continúa gimoteando. Mamá se enoja porque no recibe respuesta, y tampoco encuentra ninguna explicación lógica al llanto de su pequeña hija, e insiste. Al verse presionada, acorralada y no ser capaz de encontrar las palabras adecuadas para expresar todo el desorden de sentimientos que le provoca escuchar aquella canción, Eilín solo atina a cerrar los ojos y con voz ahogada musita: "el gato". "¿Qué gato?", pregunta mamá, asustada porque podría tratarse de un gato vecino, y ella, con la voz entrecortada, articula penosamente: "Bajo la lluvia". Mamá suelta una carcajada, Eilín se siente más miserable. "¿Estás llorando por eso?", pregunta mamá. "Sí", contesta. Su leve autismo no le permite explicar con claridad aquello que la emociona. "¡Bah! ¡Qué tontería! ¡Es nada más que una canción!", replica mamá. "No me gusta", protesta Eilín. Mamá vuelve a reír y exclama fuertemente como para que el resto de la familia escuche: "Miren, ¡qué tonta! ¡Llora por la gata bajo la lluvia". Papá y su hermana mayor Zoe se acercan. Mamá les cuenta lo que pasó, y también estallan en carcajadas. Eilín, humillada, avergonzada y más triste todavía, intenta usar monosílabos para explicarse, pero desiste porque sabe que será infructuoso hacerse entender. En adelante, cada vez que vuelva a sonar esa canción por la radio, en casa todos gritarán entre risas burlonas. "Eilín, Eilín, ¡tu gato!". Ahora esa canción, aparte de ponerla triste, también le da cólera. Cuando suena en algún otro lado, Zoe, que es muy burlona, grita nuevamente como para que más gente se entere: "¡Es el gato que le gusta a Eilín!". A los primeros acordes, se cubre los oídos con las manos inmediatamente y durante muchos años será un movimiento reflejo cada vez que escuche la introducción de ese tema.

En casa los gatos no eran queridos. No solo se los detestaba, también se los temía. En horas de la madrugada, los maullidos se dejaban oír producto de alguna pelea entre los de los vecinos. Entonces, papá y mamá, armados de escobas, iban tras ellos, prestos a correrlos y fustigarlos a palos. "¿A quién se le ocurrirá tener gatos?", repetía papá mientras limpiaba con resignación las huellas que habían dejado en las paredes. "Son seres del demonio", replicaba mamá molesta, "no me gusta cómo miran, cómo aparecen en cualquier lado sin que nadie los llame". "Quizás tendría un perro para que cuide la casa", añadió papá, "esos animalitos sí que son fieles".

Cada dos meses, solían venir de visita las tías Clorinda y Juanita, las dos hermanas solteras de papá, que vivían juntas y permanecían en la casa familiar luego de la muerte de su madre. Como llegaban de provincia, los primeros

días eran todo novedades y alegría, y al cabo de una semana ambas parecían ansiosas de volver a su casa. Cuando papá preguntaba la razón, contestaban siempre: "Nuestro gatito nos debe de estar extrañando". Papá soltaba una carcajada exclamando: "¿Extrañan al gato?". Ellas, entre avergonzadas y molestas, respondían como para justificar de manera práctica la presencia del gato: "Nos ayuda a cazar a los ratones, que no faltan por allí". "Bueno, pues, si más valoran a su gato que a su familia…", se lamentaba papá, el único de los tres hermanos que había formado su propia familia. Ellas, quizá con un poco de culpa, alistaban su equipaje para reencontrarse con su amado felino.

Pobres de Eilín o Zoe si intentaban acercarse a algún gato por la calle. ¡No se toca eso! ¿Qué enfermedades tendrá? Más aún con la alergia y el asma que padecía Zoe. Parece que tener una mascota en casa —y mucho menos de un gato— era poco menos que posible.

Los años pasaron. Zoe y Eilín tomaron el testigo de sus tías Clorinda y Juanita: fueron las hermanas solteras de la generación posterior después de la muerte de sus padres. Muy unidas, las diferencias de la niñez quedaron atrás producto de avatares familiares de toda índole. Únicas habitantes de la enorme casa, tampoco pensaron en tener una mascota. La vorágine de la vida moderna hacía imposible para ellas tomar voluntariamente esa decisión, y optaron por permanecer solteras y sin hijos. Los gatos de los vecinos mermaron su población dado que muchas de las viejas casonas colindantes dieron paso a edificios nuevos en los que las mascotas estarían a buen recaudo en los interiores de sus apartamentos. En todo ese tiempo, uno que otro felino hizo amago de quedarse, pero no fue sino hasta que durante la pandemia descubrieron que la tierra del jardín aparecía misteriosamente removida y desordenada. La arreglaban con esmero, pero la situación se repetía frecuentemente, hasta que un día la encontraron: sentada en medio del patio, tomando el sol tranquilamente, estaba una linda gata siamesa. Eilín, que luego del teletrabajo salía al patio a despejarse, encontró en la gata una compañía para la hora de la distensión. Como pasaba tanto tiempo allí, preguntaron a los vecinos si era su mascota. Nadie supo de dónde había aparecido. Decidieron adoptarla. La esterilizaron, le acomodaron un lugar y, sobre todo, ciñeron su cuello con un collar de donde colgaba una placa grabada con el celular de Eilín y su nombre: Peluchita —por su suave pelaje.

Al poco tiempo, Eilín recibió un mensaje por WhatsApp de un número desconocido. Con cautela leyó:

—Hola. Mi nombre es Raymundo. Por si acaso, esa gata es mía. Se llama

Tota —y acompañaba al texto una foto de Peluchita—. Me sorprende verla esterilizada.

—Pues si era su gatita, hubiera sido más cuidadoso en no dejarla salir —contestó Eilín contrariada.

—Sí. Sucede que ella es muy voluntariosa —concedió Raymundo—. Cuando cierro la puerta o la ventana grita y llora; no me queda más remedio que dejarla salir.

"Mal muy mal", pensó Eilín, pero su deber ético era regresarla. Con el corazón en la boca, alistó a Peluchita. Raymundo vivía en una quinta a la vuelta de la esquina.

Pasaban los días, y Eilín miraba el patio vacío sin la presencia de la gata, pero en el fondo aliviada de saber que tenía dueño. Una tarde de lluvia, en la que arreciaba el frío y la humedad, tras las ventanas de la casa apareció una sombra. Maullando y golpeando con fuerza, una gata pugnaba por entrar a la casa. Eilín abrió las ventanas y al verla exclamó: "¡Tota!". Peluchita quedó paralizada. Eilín sonrió para sus adentros. Ella era la gata bajo la lluvia.

Casi cuarenta y cinco años después, el cielo continúa siendo gris en las frías tardes de junio en Lima y el patio de la casa sigue allí. Ya nadie juega en él. Ahora es lugar de solaz y reposo. Eilín descansa en aquel mismo patio recostada en su mecedora, escuchando la radio La Inolvidable, y vuelve a sonar aquella melodía, ahora en tecnología Dolby Stereo. Experimenta un *déjà vu*, mira en retrospectiva y se ve nuevamente jugando con aquellos cubos. En adelante, la vida la sorprendería con momentos muy difíciles comparados con el dolor que aquella canción le ocasionó. "Ya lo ves, la vida es así, tú te vas y yo me quedo aquí", sonríe, reflexiona y acaricia a la pequeña Tota, su gata siamesa de cinco años.



Ilustración de Margott De La Cruz

Apego

Ana Elizabeth Pereyra

A Julia, la nena de la casa, le regalaron una hermosa osita a la que le puso por nombre Micaela. Su pelaje era rubio claro, los ojos de dulce expresión, sus ropas azules y blancas. Era tan tierna que quiso jugar con ella para siempre, pero el tiempo no para; la infancia pasó, el cariño no. Llegada la adolescencia, su mamá decidió deshacerse de su tierno juguete. La niña echó de menos a Micaela, la buscó por todas partes y la encontró en la basura. La rescató, la lavó y la devolvió a su cuarto. Su madre le dijo que ya estaba grande, que no era posible que siguiera jugando con ese peluche. Julia, obediente, poco a poco, fue comprendiendo que estaba creciendo y dejando atrás la edad de los juguetes, pero nunca se olvidó de esa etapa de su vida, de esas vivencias, de esa primera patria llamada infancia.

La mamá llamaba a Julia a tomar sus alimentos cuando regresaba del colegio en la tarde, pero ella iba primero a ver a la Micaela, su dulce confidente. Le contaba lo bueno que le había pasado en el colegio, que le enseñaban los números arábigos y a contar con ellos. Los niños cantaban en la ronda: "Qué linda en la rama la fruta se ve. No es mío ese huerto, no es mío, lo sé, mas yo de esa fruta quisiera comer". También declamaban: "En el ronco mar de Atlante sin rumbo tres carabelas tienen ya rotas las velas, pero siguen adelante".

La adolescencia de Julia transcurrió en Chaclacayo, "allí donde crecen los carrizos". Fue muy feliz en el colegio, sus buenos maestros la querían y premiaban; ella actuaba, declamaba y participaba siempre en las fiestas escolares.

Julia tuvo su quinceañero. Después de tomar unas clases de pintura con tinta china, obsequió sus dibujos a todos los asistentes a su cumpleaños. Pintó muchos paisajes con árboles de bambú, ríos, flores, pájaros; fueron un recuerdo bonito y original.

Julia se hizo adulta, estudió en la universidad, siguió una profesión. Tiempo después se enamoró y se casó. Quiso la suerte que viviera en una casa tan hermosa y grande como un castillo.

Después de unos largos y felices años, Julia enviudó y convenía encontrar una casa más pequeña, un departamento. De pronto tenía más cosas de las que podrían entrar en su nuevo hogar. El jardinero la ayudó a sacar sus cosas. Uno de los ayudantes del jardinero confesó que nunca vio una "basura

tan rica". Julia sintió curiosidad al oír esa expresión. Dio una mirada final a sus cosas y dio con su viejo osito de peluche. "Esto no", pidió a los hombres, que le devolvieron una sonrisa.

Julia no ha olvidado lo que es el apego, pero lo modera. Cotidianamente, se resiste a acumular más cosas. Sabe que ya no es una razón guardarlas porque más adelante las necesitará, excepto Micaela, su compañera de casitoda una vida.

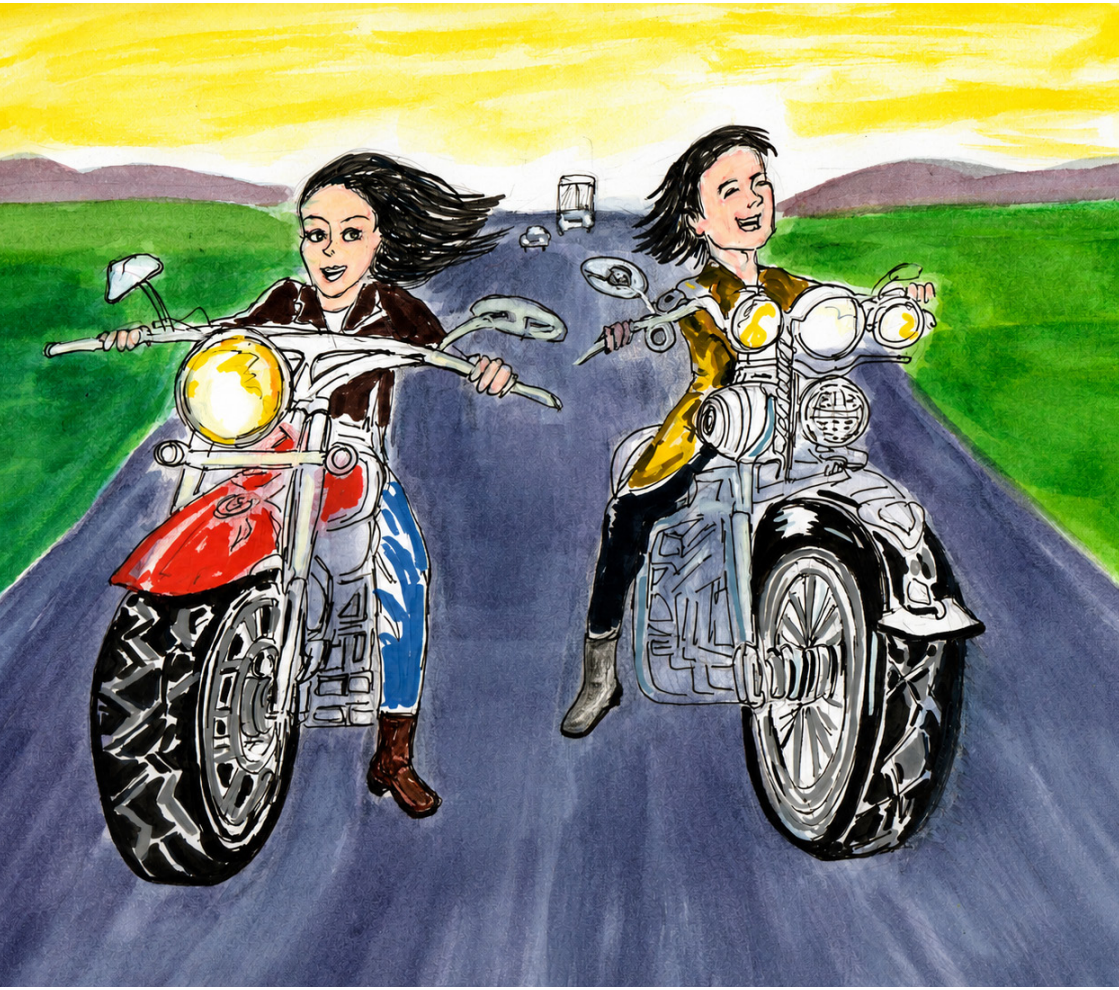


Ilustración de Edith López

Vínculos

Amaru Medina

Herme creía que un buen amor era como un buen auto. No exótico ni especialmente veloz. Uno cómodo, de esos que sirven para llegar lejos a un ritmo constante. Durante tres años creyó que amar era eso: dos seres humanos sentados adelante, compartiendo la misma carretera y destino. Él confiaba en que ninguno de los dos iba a bajarse en medio del camino ni tomar rutas alternas con otras personas. Con Pandora fue así. Al menos eso pensaba Herme.

Avanzaban juntos sobre un convertible rojo de seis cilindros, pero comprado para tomar la misma ruta monótona. Sin mayor explicación, ella manejaba aquel buen amor. Acelerado, cómodo y, tristemente, previsible. No era algo que hubieran decidido con palabras; simplemente pasó. Ella elegía los atajos, cambiaba la música, decidía cuándo parar. Él, en cambio, miraba por la ventana con esa tranquilidad ingenua de quien se cree copiloto siendo pasajero. Su asegurado viaje funcionó durante tres años, entre baches turbulentos y vistas encantadoras.

Lograron algo que muchas parejas consideran imposible: estirar el vértigo de los tres primeros meses hasta convertirlo en una especie de eternidad cotidiana. Mensajes a cualquier hora, largas llamadas de madrugada, sorpresas en fechas especiales y videollamadas en días malos. Era un amor perfectamente adaptado al tiempo de ella: siempre conectado, disponible, suyo. Él lo sentía así, hasta que, un día, el auto se detuvo. No hubo un choque, no hubo un gran escándalo que se escuchara fuera de su cabeza; solo una instantánea revelación: Pando estuvo recorriendo carreteras en otros autos.

Cuando Herme empezó a participar en el control de la música, Pando ya había puesto fin a su relación. Una notificación se deslizó por la pantalla. Palabras breves hicieron que él quedara estupefacto frente a lo que consideraba una relación asegurada. "Hoy te veo en la habitación de siempre, deseándote como nunca", leyó, a la par que un agujero se agrandaba en su pecho y una pelusa húmeda recorría su espalda de arriba abajo.

—¿Qué significa él para ti? ¿Por qué lo hiciste? ¿Hace cuánto haces esto? —una ráfaga de coléricas preguntas asaltaban sus labios—. Tú llevas manejando, eligiendo la música y las rutas desde el inicio. Jamás aceptaste que te ayudara. He estado aquí cada vez que me necesitaste, desde que iniciamos este amor a

distancia. Viajé varias veces solo para verte, cuando vivía a cientos de kilómetros. Te presenté a mi familia, desequilibraste mi rutina, sabes hasta la clave de mi celular, nos propusimos la meta de vivir juntos al año y lo conseguimos. ¿Y ahora estás eligiendo a otras personas?

—Esto no tiene que ver con ese tipo. Tiene que ver con nosotros. Jamás acepté tu ayuda porque nunca te la pedí —los ojos vidriosos de Pando seguían tan hermosos como el primer día; incluso su mirada seguía siendo distante y trémula—. Te dije que no estaba lista para una relación desde aquel primer fin de semana en el que nos conocimos. Después de todo lo que me hiciste sentir aquella noche en la playa, te lo dije —se refería a entregarse en alma, conocerse el cuerpo y desnudarse los miedos—. Te fui honesta, pero nuestras emociones nos embriagaron y nos bañamos en libido. ¿Recuerdas la broma estúpida que hiciste en el minimarket?

La contrapregunta le arrebató el aliento, sus piernas repitieron un tic nervioso, como el de un baterista a punto de entrar al escenario; trató de contenerlo. Su esfuerzo dio resultado: mantuvo la postura y, a excepción de su pierna derecha, se mostró tranquilo. Recordó aquel primer viaje que emprendió para conocerla, aquel distante día en el que desayunó amor y cenó lágrimas al lado del mar Pacífico. Eran las cuatro de la tarde, no habían comido, el viaje fue largo, la galantería de Herme llenaba de risas a Pando. Su hermoso cabello negro acentuaba su perfecta boca. Los ojos marrones, como miel cristalina, sostenían una esperanza en la mirada. Decididos a pasar la noche juntos, fueron por provisiones. Él sentía que debía hacer memorable aquel simple recorrido, así que buscó la vitrina de bebidas más cercana y le propuso un viaje internacional ahí mismo.

—¡Viajar! Estás loco. ¿Cómo vamos a hacer un viaje internacional? Estamos en medio de un viaje ahora mismo, ja, ja, ja —rió Pando con un cariño que abrigó su corazón y empujó con suavidad su hombro—. ¿A qué te refieres?

—Un viaje por el mundo a través de su cebada y lúpulo. Un recorrido por distintos países a través de la cerveza en una sola noche. Tendrás el privilegio de explorar junto a alguien guapo como yo —su sonrisa coqueta solo era superada por una confianza abrumadora que la hacía sonrojar—. ¿Aceptas seguir este camino conmigo?

Pando asintió sin palabras. Entre cómplices murmullos, tomaron una canastilla y escogieron cervezas de Arequipa, Japón, Países Bajos y México. Pasaron por la playa al atardecer tomados de la mano. Cayó la noche y, con ella, una confesión. Ella preguntó cómo se sentiría si dejara de hablarle a pesar

de todo lo vivido. Tras un fin de semana hermoso, Herme quedó extrañamente callado ante esa pregunta. ¿Por qué hablar de un futuro así cuando ya habían explorado partes desconocidas juntos? Se habían prometido honestidad e intensidad, pero aquello enmudeció al extrovertido. Volvió en sí cuando la escuchó repetir la pregunta. Como en la playa y dentro de aquel auto negro, cuyo interior parecía encogerse a cada segundo, respondió con voz quebrada que seguiría amándola.

—Recuerdo que aceptaste seguir el camino conmigo, y ahora no lo haces —susurró con una tristeza que no buscaba imponerse.

—No lo dije. Estuvimos juntos desde entonces, pero eso ya no es así hace meses —su mirada apuntaba al frente, como si aún condujera—. Te subiste a mi carro, yo continué manejando en mi camino, pero ya no sola. Luego compramos este convertible que "lo mismo daba si tomamos el transporte público". Digo, eso no es lo que quería decir. Perdón. En serio, te amo. En este tiempo, me enseñaste que yo también sé amar y merezco amor. Gracias por ser tú, por ser y por estar, pero esto ya no es sano. Perdón porque no soy capaz de amarte como te mereces. Estoy segura de que encontrarás a alguien que sí. Esa no soy yo. No finjamos que no hemos tenido problemas. Tú tuviste cagadas y yo igual. Ambos lo intentamos; hoy este vínculo no está funcionando. Ya no confío en ti, tú no en mí. Aunque trato de recordar lo lindo, son más los problemas, y desconfío de los dos. Esto lo tomaré como un cierre.

—Ya conversamos de esto, Pando. Busqué varios psicólogos para que escojamos uno y reensamblemos lo que tenemos. Yo te perdono lo que hiciste... no acabes esto... —las lágrimas lo rebalsaron—. Yo no me merezco esto. No te enseñé a amar, te enseñé a abrir los ojos. Como todos, mereces amar y ser amada. E incluso ahora, que vuelvo a romperme, te amo. Esta sensación no se irá pronto, pero sí decido irme de este auto ahora. Deja de avanzar, voy a bajarme.

—No, estamos a la mitad de la ciudad. Es peligroso aquí. Espera a que lleguemos a un grifo o un parque —el enojo se volvió tristeza.

—Te pedí que fuéramos a terapia, y no aguantaste treinta minutos para decirme todo esto. Si este es tu cierre, bajarme es el mío. No quiero hablarte de lo que siento ahora. Solo vive, Pando. Adiós.

Se bajó del auto y entendió algo no había pensado antes: no sabía caminar sin alguien al costado; ni pareja, ni amigos, ni familia, ni trabajo. Se había quedado solo. Durante semanas el camino se le hizo demasiado largo. Antes lo veía corto, casi natural. Ahora la carretera se alargaba interminable. Caminaba viendo gente que aparecía, avanzaba un rato a su lado y luego se

desvanecía tras otras direcciones. Antes no lo notó porque estuvo demasiado concentrado mirando el camino desde el asiento de copiloto, o más bien de pasajero. Porque eso había sido así siempre. Un pasajero cómodo en una ruta que jamás eligió.

Los días se empeñaron en repetirse con una precisión absurda. Despertar, revisar el celular, no encontrar mensajes. Recordar que ya no había nadie esperando una respuesta. Preparar café, tomarlo frío. Salir, buscar trabajo, pasar por una feria sosa. Volver, dormir mal. Tareas aburridas para alguien que alguna vez sintió que su vida avanzaba a toda velocidad. Herme comenzó a verse como un carro viejo que sigue moviéndose por inercia, no porque esté bien, sino porque todavía no se rompe del todo. Un motor con ruidos extraños, piezas difíciles de hallar, un volante que vibra más de la cuenta, y, sin embargo, avanzando.

En los días más pesados, pensaba en Pando. En cómo, incluso en sus peores momentos, había sido él quien iba hacia ella. Como si amar fuera también una forma de trasladarse hacia otro cuerpo. Ahora no había destino, solo tránsito. Detenido una tarde frente a un semáforo cuya luz roja se eternizaba, notó algo distinto. No en la ciudad. En alguien: Hipatia. No fue su rostro lo primero que captó su atención; su singularidad estaba en su forma de habitar lo que llevaba puesto. Una camisa rasgada para nada descuidada, un short de jean y un bolso de cuero lleno de pines. Cada pieza hablaba sin gritar. Era coherente. Herme se halló mirando esos pines como quien intenta leer los fragmentos de una historia fragmentada.

—¿Esa es de...? —inquirió.

Hipa sonrió. Hablaron de series donde el amor no era simple y los vínculos contradictorios, donde incluso en el caos había formas de conexión. Herme había olvidado la última vez que había tenido una conversación así. No recordaba cómo era pisar todo lo que daba el pedal. En aquel momento empezó a preguntar. Empezó a pensar.

—¿Tú qué necesitas cuando amas? —le preguntó ella.

No supo responder. Jamás lo había pensado. Con Pando, amar había sido adaptarse. Estar. Responder. Aguantar. Necesitar... era otra cosa.

Desde ese día coincidieron. A veces hablando, otras en silencio. Con Hipa, el tiempo no corría, se desplegaba. Y en medio de esas conversaciones apareció otro nombre: Afrodita.

—Voy a verla, está en la feria de al frente. ¡Ah!, algo que me faltó decirte es que ella es mi vínculo sexual no-monogámico —anunció ella con su clásica sonrisa

nada complaciente.

—Mmm, entonces era ella. ¿Puedo acompañarte?

Dudó en frenar sus palabras, pero ignoró aquel instinto a pesar de ya haberse chocado meses atrás.

—Camina si quieres —propuso Hipa. Su amable desapego era tan deslumbrante que Herme sacudió la cabeza de manera tiritante, incapaz de esconder su sonrisa, y caminó a su lado.

Como era usual, la feria no tenía nada especial, pero se sentía distinta cuando la exploró con ella; más abierta y libre. De pronto, Afro apareció sin anunciarse. Su presencia era inmediatamente electrizante. Cercana y de estímulo, como si el deseo no necesitase mayor explicación para arrancar de improviso como un automóvil GT. Vestía un halter top ceñido y una mini con vuelos que resaltaba sus muslos carnosos. Y esa carita. Sus pómulos estaban llenos de alegría y pasión. Sus ojos resaltaban más que la miel con ese largo cabello ondulado color oro. Su corporalidad lo decía todo; era otro lenguaje más físico. Ella no hablaba como mujer de pines, pero decía cosas.

—Y Herme, ¿a ti también te gustan las cosas underground o has venido nada más que para verme? Llevas mucho callado.

El tono burlón de Afro no caía mal; era más como si pudiera ver a través de su ropa y apreciar algo que le gustara.

—Más que eso, estoy mudo por tu encanto, Afro. Hipa no se equivocó al decirme que eras "impactante".

Fue tan cautivador que amansó a la leona, cuyas mejillas imitaron el color de su mini carmesí.

Estuvieron caminando alegres por el ambiente y aún más alegres por su tripartita compañía. Tomaron algunos tragos para celebrar esa mágica tarde que iba para inolvidable. Un chiste aquí, una palmada allá, manos y dulces lenguas se entrelazaron en la feria. Así como rompió el día, con un trío de corazones nuevamente fulgurantes, cayó la noche con más que el tiempo transcurrido entre los glúteos de Afro y los pechos de Hipa. Poco a poco, Herme descubrió más de sí gracias a los dos hermosos pero distintos espejos que tenía al frente. Con Afro, descubrió algo nuevo para alguien tan dependiente de la lírica que hasta trabajaba de ello. Vislumbró que el amor, a veces, no necesitaba palabras para llenar el tanque por completo. Mientras que con Hipa aprendía a pensar el amor, con Afro iba ganando experiencia en sentirlo. Y entre ambas, algo lo inquietó: estaba valorando cosas distintas en personas distintas. Algo que antes no era posible. Lo fascinaba, también

lo asustaba, porque venía de un mundo donde el amor era un auto para dos. Ahora la ruta era mucho más grande, y quizá sí había espacio para más en su auto. Por primera vez, Herme no sabía si estaba empezando a conducir... o si apenas estaba entendiendo que nunca lo había hecho. Fue cuando se preguntó no por ellas, sino por él. Después de todo, amar no era encontrar a alguien que manejara contigo por toda la vida; tal vez era aprender, finalmente, a tomar el volante de tus vínculos.

Tras pasarla con Hipa y con Afro la misma cantidad de horas —ya fuera debatiendo conceptos y bebiendo emociones del pecho de Hipa, ya fuera aprendiendo de la piel entre las sábanas y los pliegues de Afro—, Herme aceptó que lo que inclinó la balanza no fueron las grandes emociones en la cama, ni las intensas conexiones en las charlas, ni las ansias de la carne, ni de la mente. Fue el detalle el responsable de su decisión; detalle casi invisible. No lo inmediato, no lo urgente, no lo que arde y se consume; sí la constancia. Hipa tenía algo que no se imponía, permanecía a su lado. Una coherencia apacible entre lo que decía, lo que pensaba y lo que hacía. Estaba ahí, viva, sin necesidad de demostrarlo todo el tiempo. Eso pesó más que cualquier otra intensidad. Él se descubrió agradecido más que por lo extraordinario, por lo simple: su sonrisa y forma de ser y de estar.

Aunque Afro también sabía ser y ser ella, su forma de existir era distinta, más inmediata, más física, más presente en el cuerpo que en lo otro. Antes eso habría sido suficiente, pero la mente lo llamaba más a Herme —esa necesidad de captar, comprender, sostener...— que los apetitos de su carne. Con la elección de dominarse, había vuelto a una carretera familiar, pero con un nuevo visor. Un claxon lo devolvió al presente. Encendió el motor. Vio a Hipa a través del casco. Inclinó la cabeza y miró al frente. Cada uno al lado del otro, en sendas motos. Ya no era un pasajero. Ahora volvía a una relación, y no volvía a ser él mismo. Y así tras su viaje de conversión, a través del miedo a terminar siendo alguien que no era, se encontró no por ellas, sino por él. Se había preguntado ¿Qué significa amar? ¿Qué significa elegirse? ¿Qué significa vincularse? Notó que esa respuesta no estaba en una sola persona —ni vehículo—, sino en la forma de relacionarse con todas y consigo mismo. Eso recién comenzaba a acelerar.

Ahora ya no pienso en un auto para dos. Imagino una van donde al medio vayan mis hijos, rodeados de seres humanos maravillosos; sobre un camino compartido desde la elección en lugar de la necesidad. Con espacio para más

personas, sí, pero también con la claridad de que cada asiento implica una responsabilidad que decidimos cuidar. Hoy sé que soy consciente de mi vida y de la que elijo que esté a mi lado. Cuando todavía aprendía a no perderme en otros, lo entendí. Con su madre lo entendí. Y ahora que ustedes ya son adultos, mis wawas, lo entiendo.



Ilustración de Debhora Arauco

El préstamo

Eduardo Gonzales

"Su préstamo ha sido preaprobado a un monto de treinta mil soles. En estos días un asesor se comunicará con usted". La resplandeciente pantalla del monitor iluminó la cara lagañosa de Ramón. El cuarto se dejaba acechar por esa luz azulina que ocultaba las ojeras del desvelo. Su silla monobloc cedió hacia atrás y sintió que la presión de sus ojos finalmente se disolvía. Esa emoción infinita desbordaba las paredes de la casa. Los vecinos no tardaron en enterarse del golpe de suerte por los comentarios de los Cárdenas. "Ahora a seguir nomás. Estamos de vuelta", decía el mayor de ellos, el abuelo Román. Sus manos callosas y trémulas acompañaban la emoción de su andar apresurado.

—¿Tú crees que se den cuenta, Ramón? —preguntó el abuelo una tarde, mirando el vacío del local donde antes rugía el horno.

—Ellos ven lo que la pantalla les dice que vean —respondió Ramón sin despegar la vista de su celular.

La familia no demoró mucho para hacer de la incertidumbre un problema lejano. Su mejor primera compra, la que más alegría les daba, fue la carne de primera para asar. Era el grito de prosperidad para que toda Las Lomas viera que estaban de vuelta, así como sus constantes celebraciones. Pero de algo no se habían percatado: no tenían parrilla. Se reunieron, analizaron y culminaron en que ya no sería problema; irían en busca de una. La familia usaría lo que les quedaba de sus ahorros; igual el crédito ya estaba encaminado. Buscarían un material duradero para sus grandes reuniones; algo como el fierro se les oxidaría de inmediato ante la humedad corrosiva y trepadora del muelle. Destino: el Centro de Lima. Se movilizaron una vez más en el bus que los alejaba y acercaba del mundo: el Anconero; un purgatorio sobre ruedas y buena música si había suerte.

El bus rugía por la Panamericana Norte dejando atrás los cerros de arena, que parecían querer tragarse la pista. A través de la ventana empañada por la humedad del muelle, Ramón veía los carteles publicitarios de edificios que no fueron levantados para ellos. Los Cárdenas, apretujados entre trabajadores cansados y olor a petróleo, guardaban un silencio religioso, como si hablar de los treinta mil soles pudiera romper el regalo brindado por la tecnología. El abuelo Román acariciaba el asiento de plástico duro con la misma delicadeza con la que antes sobaba la masa del pan, los ojos perdidos en el desierto que

dejaba pasar, soñando despierto.

Se tomaron una foto en la Catedral, abrazados, posando con una elegancia que no sentían propia. De vez en cuando Ramón desaparecía y retenía su cabeza con los puños, sentado en las bancas de la Plaza Mayor. Él era quisquilloso hasta en sus días más importantes, pero para todo existe una excepción: iban a obtener el préstamo.

Las noches de mayo previas a la solicitud fueron para Ramón eternas, feroces y llenas de energizantes sabor blueberry. Vivían en un terreno modesto en Ancón, azotado por nieblas de arena y sacudidas de latón. Lo hermoso de su locación era que el azul del cielo se reflejaba en sus gafas de sol; ese mismo sol que calentaba de inmediato las cabezas. El abuelo Román tuvo la suerte de edificar la casa cuando nadie se atrevía a llegar. Con el tiempo, el lugar se volvió comercial y los muchachos hacían prácticas de turismo para atraer a las visitas. El proyecto más caro de Lima, ambicioso o algo así, se había esfumado.

La venta de pan que el abuelo empezó arrastrando una canasta por puertos y arenales se había convertido en una panadería con todas las letras: "Cárdenas". Sin embargo, con el éxito empezaron las desapariciones del abuelo. Cada noche volvía para dejar listo el pan del día siguiente; por las tardes, se hacía uno con el aire, invisible. La madre les partía la boca si intentaban juzgarlo, pero ella sí se daba la misión de confrontarlo. Al final lo respetaban; dedicó su vida a darles bienestar.

Un repentino incendio trajo abajo la panadería. Fue la gota que derramó el vaso para el abuelo, quien iba perdiendo la cabeza. Cada que le hacían una pregunta, no respondía y miraba a los ojos y labios de su interlocutor. No demoraron en limpiar los escombros; las diez personas en casa estaban obligadas a ayudar. Si bien nadie falleció, el horno explotó y las máquinas quedaron inservibles. Los tíos culparon al abuelo por algún descuido, pero no se lo dijeron. Cuando quedó todo limpio, estaban igual de jodidos. Sin dinero para máquinas ni capital de inversión, solo con la parte delantera recuperada, el pasado esplendor reducido a eso.

La única salida era el préstamo. El local empezó su proceso de reconstrucción. Aunque barrido y limpiado, los muros conservaban un brillo grasiento que delataba el rastro del fuego. A pesar del esfuerzo, todavía se amontonaban a los costados los escombros y restos de materia prima regada. Ramón tuvo una revelación. Mientras las otras fachadas de la ciudad se rendían al salitre hostil, ellos mantenían la suya intacta a punta de pintura. Por fuera nadie sospecharía nada.

Tomó fotos de cada esquina, cuidando que se viera por completo el espacio, para sorpresa de los diez que habitaban el terreno. Cargó la información en su ordenador. Subió foto por foto a la web y le pidió a la inteligencia artificial: "Usando el mismo espacio, remodela a una panadería elegante". Fueron prueba y error a fuerza de prompts. No comía, no respondía a su madre. Intentó nuevamente: "Genera muebles, máquinas de panadería". Al tomarle una foto a una pared, captó a sus abuelos de espaldas contemplando la casa vacía, sollozando. En la foto generada, la pared apareció limpia y sus abuelos ofrecían una sonrisa radiante al lente. Agregó clientes y diseños. Parecía una panadería elegante de San Isidro. Los tíos, rascándose sus abultadas barrigas, no opinaron. Subió las fotos para sustentar el préstamo por treinta mil soles. "Necesitamos hacer una videollamada para validar pruebas". El correo lo dejó sin esperanzas, pero ya estaban en el proceso.

—Buenos días, joven, ¿usted quién es? —interrogó la asesora mirando de reojo.

—Ramón, señorita. Soy nieto del señor Román Cárdenas.

—Ok, ¿me enseñas por favor el local? —solicitó ella entrecerrando los ojos y cubriéndose la boca. Se oía sus uñas galopando el escritorio.

Ramón se plantó ante la fachada; no pensaba moverse. Sudaba frío. Para su sorpresa, la asesora indicó que era suficiente. De fondo se escuchó el timbre metálico de un tenedor contra la mesa.

El abuelo estaba optimista y los demás Cárdenas, finalmente pacientes. Reían pensando en los treinta mil soles. "Es un huevo de dinero", decían los tíos. Los menores tenían la curiosidad de probar la carne, aunque suspiraban por un pan con pejerrey del muelle. Ramón callaba.

Regresaron por Fundición en la van blanca que tomaron frente al Tottus de Puente Piedra, seguidos de colectiveros que llevaban al kilómetro 22 y Pachacútec; emitían un ruido cansado, espantoso y depresivo.

El correo aprobatorio llegó justo cuando Ramón se disponía a pagar con su celular, pero calló. Recapitularon brevemente la conversación sobre el gasto de sus últimos soles en carne confiados en el depósito. Los abuelos iban acurrucados, los tíos renegaban por la estrechez del transporte y los pequeños, contentísimos, poca comprensión tenían del sube y baja emocional de la familia. El celular de Ramón no dejaba de sonar; solo revisaba su estado de cuenta. El abuelo dijo que le escribían por WhatsApp, pero vería su celular en casa por miedo a que se lo robaran por la ventanilla.

Al llegar, el rostro de los tíos empalideció. Ramón se dejó caer de

rodillas con un ruido seco y pesado. No sintió dolor. Los niños se acercaron bromeando y sujetando las bolsas de pan con pejerrey. La reja estaba entreabierta. En la puerta metálica, un letrero mal escrito pegado con cinta scotch decía "Queremos cuidarte", y debajo un número.



Ilustración de Valeria Carrillo

Sobreviviendo a papá

Alejandra Bendezú

Una vez más, Celia terminó su turno preocupada, atormentada y agobiada por los pensamientos, especialmente uno: hacía un año que no encontraba una persona que pudiera cuidar a don Parchis, su papá. Tenía que dejarlo solo mientras trabajaba, salía a comprar, iba a alguna reunión con amigos o al parque a pasear a Coronel. Y el trabajo aumentaba su preocupación: la pandemia de covid-19 se extendía más allá de Asia y Europa, y ya había reportes de casos en Sudamérica. Si Perú entraba en cuarentena, sería más difícil buscar y encontrar a alguien que lo asistiera. Si algo le pasaba, ¿quién vería por él? ¿Y si lo contagiaba?

Otra noche de guardia, Celia recibió la llamada de un médico amigo. Necesitaba ayuda con la lectura e interpretación de una tomografía. Celia notó la voz entrecortada, casi jadeante de su colega. No pudo evitar preguntarle si algo pasaba. Al acercarse, mientras le relataba el problema de salud del paciente, miraba las tomografías en la computadora y una palabra asaltó su mente: covid-19. Las imágenes eran las mismas que se venían difundiendo por todo el mundo.

Desde ese día, los casos de covid empezaron a presentarse bruscos, dolorosos, amenazantes. Se preguntaba si era su percepción por la situación extenuante que vivía o realmente la pandemia estaba golpeando al país. La cantidad de personas contagiadas se incrementaba día a día. Atenderlas generaba una carga física y emocional. En las noches, no conciliaba el sueño. Las respiraciones agónicas de los pacientes retumbaban en sus oídos como si las tuviera al lado.

Al finalizar cada turno salía corriendo, apresurada, para llegar lo más pronto posible a su casa y ver al fin que su papá estuviera bien. Solo eso aliviaba su carga, encontrarlo en casa junto a Coronel.

Días después, fue necesario que el país entrara en cuarentena. Las salidas se limitaron, los viajes se cancelaron, las fiestas se acabaron. Parecía haber un descanso para la sociedad, pero era el inicio del caos. Sin embargo, había algo dentro de esas medidas restrictivas que alegraban a Celia. Lo comentó con su papá de manera sarcástica mientras le señalaba el periódico y se sentaba frente a él en la mesa antes de cenar:

—¿Ahora qué vas a hacer? Ya no te vas a poder escapar.

—¿Qué? ¿Por qué hablas así? —respondió su papá frunciendo el ceño.

La respuesta activó en Celia el estrés y los recuerdos que tenía guardados.

—¡Ay, por favor! Solo te pido que vivamos tranquilos ahora que vamos a estar encerrados, sabrá Dios, por cuánto tiempo. Los viejitos tienen más riesgo de contagiarse. Tú tienes 83 años, así que no salgas, por favor. Tú ya sabes a qué me refiero.

Celia detuvo el inútil sermón que estaba iniciando. No debía reprochar a su papá, y menos teniendo él un serio problema de salud. Ella, como médico, lo sabía perfectamente. Varias veces había intentado tratarlo, llevarlo con colegas para que lo ayudaran, pero don Parchis no aceptaba su enfermedad y se negaba a recibir tratamiento.

Pasaron unos segundos y Celia cambió su tono de voz. Cariñosamente le dijo:

—Por favor, solo te pido que, si sientes algo, nerviosismo, ansiedad, ganas de salir o cualquier otra molestia, me avises y no te quedes callado. Has avanzado bastante. No hay que retroceder. Ya pasaron cinco años. Debes sentirte orgulloso de eso y seguir luchando.

—Pero ¿cómo va a ser ahora que todo está lleno de covid? Si algo pasara, ¿me atienden si voy al hospital?

—Claro. Si es una emergencia, te atienden donde sea. Tú solo me dices y yo me encargo.

—Ya, hija. Solo pregunto por si caso. No te preocupes. Yo estoy bien. Ya pasó ya. ¡Mírame! —exclamó sonriente y moviendo brazos, piernas y cabeza.

Celia sonrió resignadamente. No quería seguir tocando el tema. Sabía que no había pasado. Eso nunca termina. Es una lucha hasta el final. Es una enfermedad de toda la vida.

Cinco años atrás, Celia vivía sola con Coronel, su perrito adoptado. Luis, su hermano mayor, residente en Suiza, le pidió que fuera a visitarlo en vacaciones para conversar sobre el estado de salud de su papá, asunto pendiente y siempre postergado entre ellos.

—¿Qué vamos a hacer con mi papá? ¿Sigue en las mismas?

—Sí, igual. Yo lo veo mal, cada vez peor. La gente llama y me dice "tú papá está allá tirado", "tu papá se sacó el ancho". ¡Milagro que no le pasa nada!

—¡Oh, pobre! Sí, es cierto, no le pasa nada. Pero ¿tú ya le has hablado, explicado...?

—Claro, varias veces. Eso no se resuelve hablando ni encerrándolo o

internándolo a la fuerza. Él mismo tiene que darse cuenta y pedir ayuda. Confiaremos en que algún día sienta que no está bien seguir así, y él mismo busque su salvación. No podemos hacer nada más, solo apoyarlo, que sienta que estamos con él, nada más. Y ojalá nunca le pase nada malo, pero eso solo Dios lo sabe.

—Yo quería pedirle que se venga a vivir conmigo acá a Suiza. ¿Tú crees que quiera? Al menos por un tiempo. ¡Quién sabe si el cambio de ambiente lo ayuda!

—Sí, es una buena idea. Ojalá quiera. Le hará bien de cualquier forma. Cuando vuelva a Perú le digo, poco a poco, para que no lo tome mal, y luego tú cierras con broche de oro.

Celia disfrutaba del encuentro con su hermano después de muchos años, pero los buenos ratos no duraron mucho. Una llamada les dio aviso de que su papá había tenido un accidente de tránsito. Viajaron de inmediato a Perú.

Al llegar, encontraron a su papá en muy mal estado, en la unidad de cuidados intensivos, conectado a un ventilador mecánico y en estado de coma. Como consecuencia del accidente, sufrió una hemorragia cerebral y múltiples fracturas en el cráneo y el cuerpo. Ya había sido sometido a varias intervenciones quirúrgicas. Tenía mal pronóstico, y se esperaba su muerte, le dijeron sus colegas a Celia.

En la cama de otro hospital cercano, una señora también estaba en una unidad de cuidados intensivos luchando por su vida. "Un borracho la atropelló", decían los familiares a los reporteros. El borracho era don Parchis, el papá de Celia. No fue una curda más. No salió a una reunión y se excedió con la bebida. Era su alcoholismo. Celia, su hermano y su mamá fallecida habían vivido asediados por esta enfermedad.

La señora atropellada empezó a recuperarse semanas después. Celia y su hermano asumieron los gastos médicos. Luego de cuatro meses, su papá fue dado de alta. Es un milagro, pensaron. Sin embargo, debían afrontar junto a él el proceso judicial. Lo más costoso no fueron los honorarios del abogado, sino el dolor de escuchar la sentencia. Don Parchis, cercano a cumplir ochenta años, con sesenta kilos de peso, el cabello completamente cano, de andar ligeramente encorvado y pausado, iría a la cárcel.

No lo mencionaron nunca, pero Celia y Luis sintieron cierto alivio de que su padre no los tuviera en vilo con sus desapariciones, o esperando alguna llamada para enterarse de que había ocasionado un problema grave o alguna

desgracia.

Al salir de la cárcel, los hermanos decidieron que se quedara a vivir con Celia para poder cuidarlo y acompañarlo. Él no lo aceptó. Entonces, Celia empezó la búsqueda de una persona que pudiera hacerse cargo de algunas tareas de la casa y acompañar a su papá mientras ella trabajaba.

Pasados cinco meses desde el inicio de la cuarentena, Celia empezaba a habituarse al estrés de la pandemia; los casos no disminuían y el recuerdo de lo ocurrido con su papá cinco años antes la seguían poniendo nerviosa; imaginaba mil y un escenarios trágicos.

Una mañana al retornar de una guardia, antes de ingresar a su casa, notó que Coronel ladraba incesantemente desde adentro. Rápidamente abrió la puerta, y su querida mascota salió a su encuentro. Empezó a llamar a su papá mientras avanzaba por el pasadizo hacia los dormitorios. Lo primero que sintió fue el fuerte olor a alcohol, y al empujar la puerta vio a su papá tendido boca abajo sobre la cama con los pies colgando. Rápidamente se acercó y verificó que respiraba, solo estaba profundamente dormido. Lo acomodó en la cama, y al girarlo notó que tenía un hematoma grande en la frente y que salía lentamente sangre de la nariz. En ese momento su papá emitió un quejido y palabras incomprensibles, que arrastraba sin vocalizarlas.

Horas después, Celia habló con él y le insistió para llevarlo al hospital y tratar no solamente los golpes que tenía en la cara y cabeza. Muchas veces le había explicado que el alcoholismo es una enfermedad que debe tratarse, que no basta con la fuerza de voluntad o con discursos dramáticos y culposos. Debía ir con un psicólogo y un psiquiatra, además de tener el apoyo de la familia. Hasta le hizo dibujitos para explicarle los cambios que ocurren en el cerebro a consecuencia del consumo crónico y excesivo del alcohol.

Don Parchis, un poco avergonzado, aseguró que no volvería a suceder algo así, que él no tuvo la culpa, sino sus amigos, que le insistieron, que no fue mucho, que la pandemia, el encierro... excusas ya conocidas. "¿Cuándo será la próxima vez?", se preguntaba Celia.

En el hospital tuvieron un respiro. Los casos de covid empezaban a disminuir y las salas de pacientes se iban desocupando. Una tarde, una colega tosió muy cerca de ella sin cubrirse. Tres días después ambas presentaron fiebre y malestar. La prueba resultó positiva. Se quedaría en casa, aislada, en la habitación más alejada, evitando tener el menor contacto posible con su papá. Ella misma se evaluaría con el pulsioxímetro para medir la saturación de oxígeno y pedirían comida por delivery. Coronel no saldría al parque una

buena cantidad de días.

Los días pasaban, pero Celia no mejoraba, y tuvo que ser hospitalizada. En casa dejó todo listo y organizado: llevarían el desayuno y el almuerzo a su papá; la cena él mismo se la prepararía. Mantendrían además comunicación cada tres días. Un chico llevaría a Coronel al parque tres veces a la semana. Dejó también una carta para su hermano en caso muriera.

La recuperación de Celia fue rápida, a pesar de que una neumonía había afectado el treinta por ciento de sus pulmones. Al comunicarse con su papá por videollamada, le comentó que todo andaba bien en casa. Coronel movió la colita al reconocer su voz. Eso fue suficiente para Celia. No hubo siguiente videollamada. Fue dada de alta en medio de vítores y aplausos; era una médica que no moría, que se recuperaba; un triunfo en medio de tanta muerte.

Despeinada, sin bañarse y con la ropa de dormir, Celia, apurada como siempre, salió en el primer taxi a su casa. Extrañaba abrazar a su papá y a Coronel. La emoción que sentía por volver a su casa la hizo llorar. En el camino, vio que todo había vuelto a la normalidad: ambulantes en las calles, niños en los parques, fiestas y borracheras; en la radio escuchaba sobre violaciones sexuales, accidentes de tránsito. Se encontraban en cuarentena, pero ya nadie respetaba eso.

La alegría de llegar y darles una sorpresa la apartaba de esa triste realidad. Lo primero que haría sería darse un baño en la comodidad de su ducha, disfrutar de un oloroso champú, echarse colonia antes de colocarse ropa limpia y comer un buen pie de limón.

Entró a su casa, pero Coronel, siempre el primero en salir y saltar sobre ella moviéndole la cola, no apareció. Empezó a llamar:

—¡Papá! ¡Coronel! ¡Hola! ¡Yuju! ¡Coronel, ven!

No hubo respuesta.

Siguió avanzando, aguaitando la sala, la cocina y los dormitorios. No estaban. Solo platos sucios y moscas; el baño apestaba; no había señales de su papá ni de Coronel. No era habitual que él saliera junto a Coronel. ¿Dónde estaba su papá? ¿Dónde estaba Coronel?

De todos modos, decidió asearse, cambiarse de ropa y esperar. Los platos arrumados y la casa desordenada quedarían para después. Las cuarenta y ocho llamadas al teléfono celular de su papá fueron inútiles: estaba apagado. Sin desearlo, se quedó dormida en el sillón de la sala. Al despertar, ya estaba oscuro. Una amarga sensación invadió todo su cuerpo. Al abrir los ojos veía

borroso y el cuerpo le dolía. No fue lo que esperó al llegar a su casa después de estar hospitalizada. Muchas horas habían transcurrido, la casa seguía vacía y silenciosa. Sintió una tristeza profunda que trató de controlar para que el llanto no la dominara. Había una lucha en su mente y cuerpo por pararse y llamar animosamente a su papá y a su perrito o renunciar a esta inútil búsqueda. Una pregunta le daba vueltas en la cabeza: ¿si hubiera encontrado a alguien que cuidara a su papá, esto estaría pasando? Por un momento quiso engañarse pensando que tal vez, mientras dormía profundamente, habían regresado y salido a la calle nuevamente. No sabía qué hacer o pensar. Imaginaba mil escenarios.

Esa mañana la pasó en medio de la espera, de imaginar verlos entrar por la puerta, alegres, su papá encorvado y ensimismado como era y su perrito moviendo la cola con la lengua afuera. El intento por ser fuerte se desvaneció y la amargura la envolvió. Las lágrimas asomaban y el pesar en su pecho no la dejaba respirar. Decidió entregarse al dolor.

Cuando al fin se sintió algo confortada llamó a Suiza y relato a Luis lo ocurrido. Él tampoco disimuló su tensión. Era momento de hacer la denuncia en la comisaría. En medio de su aflicción, Celia tuvo que soportar la desagradable conversación con los policías.

—¡Ah!, ¿o sea que el señor toma? ¿No será una perdida más que se ha mandado?

—Señor, ¿cómo me va a decir eso? Por favor, tienen que actuar, son varias horas que no sé nada de ellos. No, realmente son varios días. La última vez que los vi fue hace tres días, cuando hicimos una videollamada mientras estaba hospitalizada. ¡Por favor, dígame qué hacer!

—Bueno, yo solo digo lo que puede ser si usted me dice que su papá tiene ese problema con el alcohol. No lo tome a mal. Le explico. Con las fotos que nos ha traído, nosotros emitimos la nota de alerta. Hasta ahí es nuestro trabajo. ¡¿Cuándo publicarán las fotos?! Eso es otra cosa. Ahí usted tiene que estar detrás porque si no se olvidan...

—O sea, ¿ustedes no van a salir a buscar? ¿No van a hacer ninguna investigación? ¿Y si les ha pasado algo malo?

—No hacemos eso hasta que se encuentre un cadáver o haya señales de violencia. Eso lo sabe todo el mundo. A cada rato sale en las noticias. Pero como dice que su papá es borrachito, ¡quién sabe aparece mañana o más tarde!

—Yo no he dicho que es borrachito. Tiene un problema de salud. Eso debería saberlo, pero no tiene sentido que le diga...

—Lo que podemos hacer es constatar la situación de su casa. Si desea, espere

unas horas a que se desocupe la camioneta, o también puede apoyar con la gasolina, y va ahora mismo un suboficial.

Salió de la comisaría sintiendo una gran desazón. Retornó a su casa con un atisbo de ilusión, deseando abrir la puerta y encontrarlos. Nada. Las siguientes horas recorrió todos los hospitales y las morgues de la ciudad. En las comisarías también preguntaba, buscaba. Por momentos una sonrisa espontánea asomaba en su rostro, recordando que su papá sabía salir parado de cada problema en el que se metía.

—Al final, no le pasa nada —pensaba Celia.

Lo que quedó del día lo dedicó a caminar por las calles gritando el nombre de su perrito con la recurrente esperanza de que saliera corriendo a su encuentro. Desde Suiza, Luis seguía los pasos que daba Celia a través del teléfono. Algo la aliviaba ver la foto de su papá y Coronel en la web "Desaparecidos en Perú". No demoró ni quedó en el olvido, como dijo el policía.

La búsqueda continuó. Celia decidió arriesgarse a buscar en cantinas, lugares de mala muerte, callejones oscuros. Iba a las comisarías y seguía recorriendo los hospitales. Cuando se agotó de peregrinar por esos lugares decidió explorar la playa, caminar por la Costa Verde, las discotecas y terrenos descampados. Empezó a viajar a otras ciudades para buscarlos, siempre con sus fotos.

Todo el tiempo de búsqueda estuvo plagado de engaños, burlas, falsas esperanzas. En una oportunidad la llamaron para darle información a cambio de dinero; algunas veces pedían poco, y ofrecían embarcar a su papá en un taxi; otras, exigían cantidades mayores para brindar la ubicación exacta. Celia pagó siempre. Hasta se aparecieron en la puerta con un perro muy parecido a Coronel; el mismo color, tamaño y el movimiento de la cola, pero Coronel estaba castrado, y este no. Lo más doloroso fue cuando un vecino aseguró haber encontrado a su papá en el puente Camote del centro de Lima, en condiciones deplorables, aseguró haber hablado con él y hasta describió la covacha en la que dormía junto a Coronel.

—Fui a hacer compras al centro —contaba el vecino— y cuando iba a tomar mi carro para regresar, lo vi. Era él. Como usted ha estado tan desesperada buscándolos, no me podía quedar así, y me acerqué. Era don Parchis, lo saludé, hablamos, me reconoció, alguna vez nos hemos tomado una cervecita. Le dije que lo estaban buscando, que volviera a su casa. Traté de convencerlo para que viniera conmigo, pero no quería, se puso medio grosero, malcriado. Ya no dije

nada. No tenía cómo llamarla a usted, así que rápido tomé mi taxi y vine a avisarle. No sé cómo vaya a tomarlo, pero lo vi mal a su papito. Parece que ahí quiere quedarse, debajo del puente. Vi que duerme en unos cartones sucios que ha arrumado. Lo bueno es que estaba con el perrito, ¿cómo se llama...? Vaya ahorita, tal vez lo encuentra. No ha pasado ni una hora desde que lo vi.
Celia no dejó terminar el relato al vecino y salió disparada con el rostro desencajado, marcado por la incredulidad y la confianza al mismo tiempo, agradeciendo y dejándole en su mano un billete de cincuenta soles.
—Por si lo ve de nuevo..., por favor, lo trae, me llama, me avisa... hasta luego...
Se demoró veinte minutos en llegar al puente indicado: no encontró personas, ni perros, ni covachas de cartón. No podía haber nada porque el nivel de agua del río Rímac cubría todo.
—Qué gente tan mala, ¿por qué me hacen esto? —se interrogó dolida Celia.

En sus momentos más oscuros, se convencía amargamente de que nunca encontraría a su padre.

Muchos años después de la pandemia, Luis decidió volver al Perú. Llegó el día que Celia cumplía 78 años. Impresionado por el descuido de su apariencia, más pudo la alegría de abrazar a su hermana otra vez.
—¡Feliz cumpleaños, hermanita! ¡Al fin juntos nuevamente!
—¡Qué alegría que hayas llegado el día de mi cumpleaños después de tanto tiempo!
—He venido por tu cumpleaños y por otra cosa. ¡¿Adivina qué?!
—¡Dime!
—Ya no vas a estar sola. Me quedo a vivir en Perú...
—¿¡De verdad!? ¡Qué gran noticia, hermano! —exclamó Celia, pero se interrumpió para prestar atención a un sonido proveniente de la cocina—. Justo estaba pasando café. Te traigo una tacita.
—Gracias.

Al escucharla, Luis reparó en el desorden y descuido de la casa familiar. En medio de todo, destacaba un discreto altar sobre el mostrador: una foto de su padre con Coronel en sus brazos flanqueada por dos velas. Celia volvió, Luis tomó en silencio su café, se puso de pie, se acercó a su hermana, la abrazo y le dijo:
—Ha sido terrible. Es hora de aceptar que todo esto ya pasó. Has sido una gran hija. Has vivido para cuidarlo y buscarlo hasta el agotamiento, al límite de la razón. Dejémoslo ahora ir a Nicolas, a Coronel. Mira, todavía nos tenemos el

uno al otro. Eso no es poco, ¿sí?

Celia dejó escapar de su pecho un profundo suspiro, se apartó de Luis, lo miró a los ojos y le dijo:

—Empezaré por limpiar la casa ahora mismo. ¿Puedes ir a comprar algunas cosas? Tu cuarto está como lo dejaste, con mucho polvo, pero cada cosa está en su lugar.

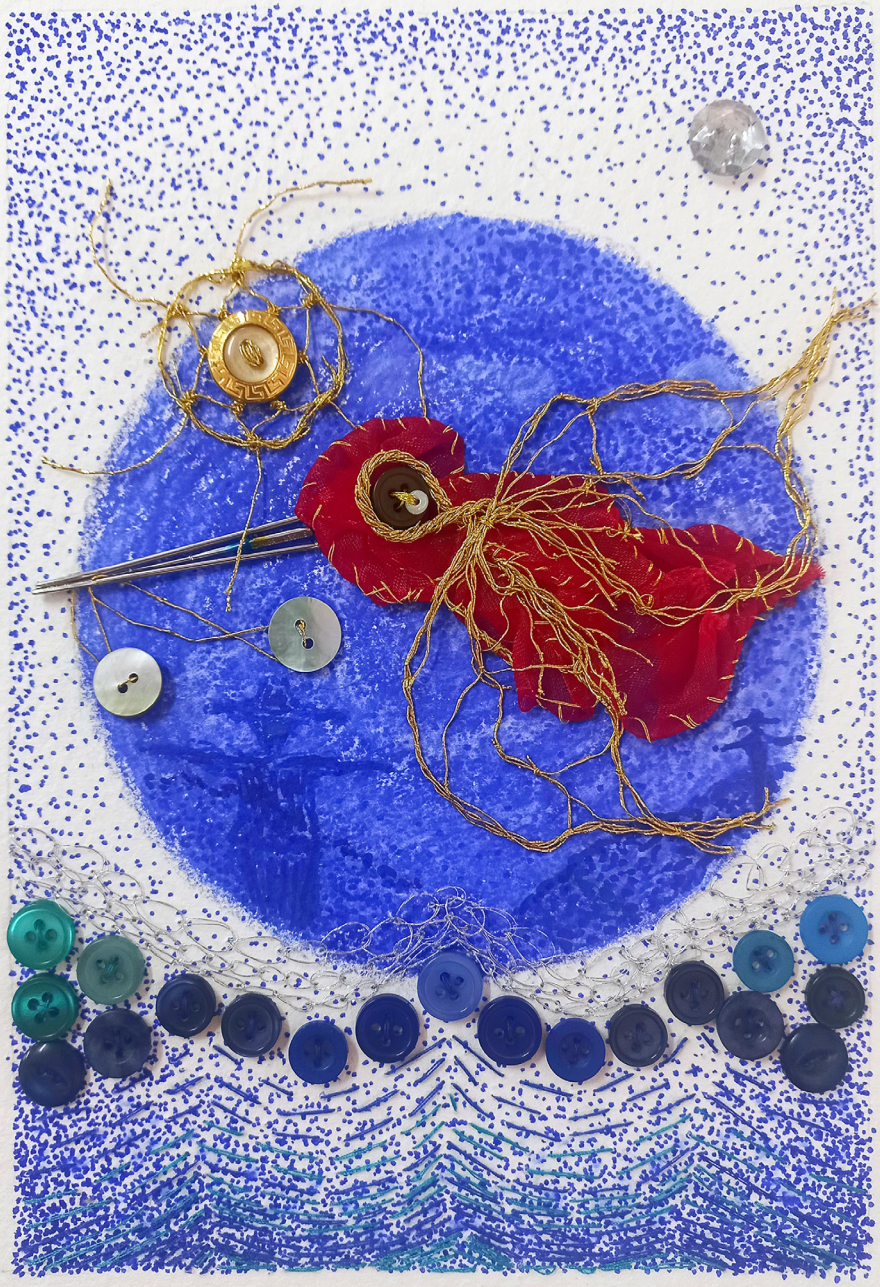


Ilustración de Cristina Mauricio

Los ojos del no-espantapájaros

Cristina Mauricio

Verano

Me han puesto aquí. Como esqueleto con pies de piedra, permanezco verticalmente espectral y vigilante. Me siento una brújula hundida en una dimensión de plantas y raíces que hincan mi columna clavada a la tierra. No quiero ser el espanto.

Han pasado días. He descubierto que a una misma hora el Sol dispara a mis ojos, que penden de un hilo; los traspasa, desgasta su nácar tornasol y mi sombra se extiende como queriendo huir, pero el horizonte es el mismo hasta donde lo ves, como si no hubiera más que lo que existe en los límites de una reverberación solar.

Hoy un remolino me ha dejado desnudo, y al desaparecer mi aureola de espanto los pájaros han venido a mí. Pienso en voz alta aunque no tenga boca: "Me llegan pájaros y mi alma expuesta a la intemperie clama ralentizar la descomposición de mis ojos". ¡Me han oído!

Los pájaros, en efecto de murmuración púrpura, con sus alas borradoras, delinean una pregunta deletreada de eco en las nubes: "¿Quieres viajar?". Enseguida, volviendo a vestirme con la camisa y sombrero, picoteaban un mensaje en mi cabeza: "Podemos llevar tus ojos a todos los lugares adonde vayamos, volver solo al fin de cada estación y quedarnos por unas cuantas horas; ahí coseríamos tus ojos para que, cuando los tengas puestos, puedas ver y sentir todo como si hubieras volado".

Acepté sin dudar. Los pájaros me descosieron los ojos y alzaron vuelo llevándolos junto con el verano. Mi sombra huyó y se detuvo en la cima de una montaña frente a mí. Ahora espero. Mis días enredados de monotonía se aferran a un solo sentido: la promesa de sobrevolar lo desconocido. Pero mientras espero, algo empiezo a comprender: puedo ver el mundo a través de ellos, pero mi cuerpo debe quedarse aquí.

Otoño

Hoy termina el otoño, y llegan los pájaros meteoritos con cantos fugaces. Van cosiendo mis ojos, voy llorando y sintiendo la brisa del mar con todos sus colores y sal. Escenarios de incalculables tonos cobrizos de ensoñación vertiginosa y de oscuridad salpicada de escarcha lunar. Aunque desde que los

tengo el único exterior que he contemplado es este, quiero encontrar la manera de ver más allá.

Sus alas me llevaban sobre un bosque cobrizo cuando sentí que algo nos acechaba. No lo veía, pero los pájaros giraban nerviosos, sus cantos se volvían ráfagas. Mis ojos tornasol lo enfocaron. Vi una columna de luz erguida, un rayo que caminaba entre los árboles como quien busca. El rayo se detuvo. Por un instante creí que nos miraba, pero los pájaros se hundieron entre las ramas y la visión cambió, llevándonos lejos.

Cuando me descosieron los ojos sentía cómo aquella columna de luz seguía buscando entre los árboles. Antes de partir pusieron orugas en mis bolsillos prometiendo que en su regreso en primavera me peinarían con jazmines impacientes de mariposas.

Invierno

Empiezo a sentir que mis ojos están viviendo tanto que la medida del tiempo entre nosotros se parece a engranajes de dimensiones diferentes. ¿Y si me los quedo? ¡No! Sería un error retenerlos aquí para solo observar mi lejana sombra simulando tener el control del tiempo. Siendo la acción tortuosa del deber, si he de quedarme aquí por siempre, prefiero que mis ojos se inventen los caminos. Son tan pocas las horas para reír aventuras y llorar paisajes, que suspiro auroras boreales con mis ojos tornasol.

Los pájaros llegaron y les dije: "He perdido la cuenta del tiempo viendo de nuevo hacia el mismo horizonte, y ya he notado que el dolor del vacío me carcome".

Me cosieron los ojos. Me llevaron sobre un lago congelado. Mientras mis ojos recorrían la superficie blanca, sentí su urgencia de hablar. No con palabras sino brillos. Vi agua que se movía aunque todo estuviera quieto.
Cuando el cielo se abrió, el rayo estaba allí, erguido sobre el hielo. Los pájaros se dispersaron. Yo, desde mis ojos, sentí cómo se dividía mi mirada: veían el rayo acercarse, veían el lago, veían el cielo. El rayo atrapó a uno de los pájaros que llevaba mi ojo derecho. Lo sostuvo en el aire, suspendido en luz cegadora. Mi ojo derecho, casi en la garra del rayo, miró hacia abajo. Debajo del hielo vi cuarzos, agua subterránea, algo que brillaba como si esperara. El pájaro se retorció, escapó con mi ojo. Pero el rayo, con tan solo rozar mi ojo, ya había visto lo que yo. Ya sabía dónde golpear.

¡Nos vigila! Escuché desde el fondo. Podría ser el río, acaso la tierra misma. No dejen que bloquee mis caminos subterráneos. El que rompe

los cielos, el rayo, aún no ha golpeado, pero lo hará. Los pájaros temblaron en el aire. Yo sentí frío por primera vez. La visión se cortó. Los pájaros me descosieron los ojos antes de tiempo y se fueron, dejándome con la memoria del agua bajo el hielo.

Primavera

La primavera llegó con un colibrí a hacerme espacio en el pecho como un cofrecito. Se me introdujo un escorpión azul que, conociendo de mi vacío, inoculó un veneno arcoíris a través de su aguijón en mis brazos de madera. Enseguida se me llenaron de brillo los caminitos.

Las kalligrammas, con sus ojos de piedra, salieron de mis bolsillos y le tatuaron alas con ojos al escorpión. Mientras tanto los pájaros llegaban con los jazmines prometidos. Unos me peinaban y otros me cosían los ojos. Entonces vi. Los pájaros me llevaron al río. El rayo estaba allí, erguido sobre el agua, midiendo, calculando.

Los escuché susurrando que, si bloquean el río, las que duermen dentro de los cuarzos nunca despertarán. Los humanos vendrán por los minerales. La tierra entera quedará en sus manos.

Yo, que tenía los ojos puestos, entendí. Mis pájaros amigos no solo me traían paisajes; también una guerra que aún no empezaba.

El dolor del vacío me carcome, pero definitivamente esto es más grande que mi vacío.

Los pájaros me llevaron de vuelta. En medio de un ramaje nos detuvimos, y todo se sintió como una gran fiesta: la alegría palmoteando el agua, se veía como el lugar perfecto para quedarse un buen tiempo, entonces sentí que era lo último que vería y se acercaba una despedida.

Llévense mis ojos, les dije, pero no solo para que vean por mí. Vigilen el río. Y si un día vuelven y no me encuentran, pónganselos a mi sombra.

Ellos entendieron. Me descosieron los ojos por última vez y alzaron vuelo con ellos, llevándose la primavera, llevándose mi mirada, llevándose la promesa de volver si algún día todo esto termina.

Verano

Pronto el reloj de arena va a explotar. Pero, al ensangrentar el ocaso, mi mirada estará viajando en contemplación infinita.

Ya no tengo ojos. Los pájaros los llevan lejos, hacia el río que el rayo quiere bloquear. Ellos vigilan por mí. Yo me quedo aquí, quieto, siendo el

punto fijo al que algún día, tal vez, regresen.

Recuerdo lo que vi con mis ojos viajeros: especies diminutas, humanos que se veían como sombreros andantes. Yo sombrero quieto, qué grande su diferencia vista desde los cielos. El Sol persigue sus cabezas, ya no mis ojos.

Hoy sé que el Sol nunca fue enemigo porque me hizo crear un puente inmenso e indestructible hacia la libertad. Pero algo curioso empieza a suceder: cuando es el momento exacto del plenilunio conecto por un instante con mis ojos, y puedo ver algún atisbo de lo que va pasando.

No sé si el rayo cumplirá su plan, solo que mis ojos están allá, mirando, y que yo estoy aquí, esperando.



Ilustración de Cecilia Ugaz

Ser en el hacer

Cynthia Lama

Además de trabajar remotamente como administradora de una empresa de aceites esenciales, el espíritu altruista la llevó a participar en diversos voluntariados barriales como parte de Las Bendecidas, un grupo de apoyo social conformado por mujeres católicas, la mayoría de ellas al borde de los ochenta años. Ellas realizaban actividades como frejoladas y rifas para recaudar fondos.

Sabrina fue elegida por la mayoría de votos como presidenta de un club recreacional del distrito, un cargo sin remuneración, pero era una oportunidad de mejorar la institución e integrar a los vecinos asociados desde su profesión y experiencia como administradora. Pero lo que parecía un cargo sencillo, sin complicaciones y colmado de buenas intenciones y promesas se volvió un quebradero de cabeza. Obstáculos tras obstáculos se interponían en su camino.

Antes de asumir el cargo, Gino y su esposa le prometieron apoyarla incondicionalmente si salía elegida como presidenta. "Te apoyaremos, Sabrinita, para lo que necesites en tu gestión", decían. Sus respaldos duraron solo dos meses porque su hijo decidió incursionar en la política, y estaban más pendientes de la próxima caminata o evento político del joven candidato.

Desde siempre, el poder y el dinero ocasionan la aparición de enemigos y opositores. Sabrina no tuvo miedo al asumir el cargo porque no recibía ni un sol por su labor, y se consideraba una persona íntegra y una profesional competente. En todo momento presentaba informes de rendición de cuentas para demostrar que su gestión era transparente y eficaz. Sin embargo, algunos asociados del club no aceptaban su gestión. La mayoría, varones, detestaban que una mujer estuviera a cargo, y simplemente decidieron estar vigilantes de lo que hacía o no para difamarla y criticarla.

Leer el grupo de WhatsApp de los asociados era un tormento. Durante el día, llegaban muchos mensajes con todo lo mal que veían en el club. Sabrina, preocupada por su imagen y reputación, encajaba muy mal las críticas. Pidió apoyo a sus buenas amigas de confianza, Las Bendecidas, para que neutralizaran los comentarios negativos de sus contrincantes, pero a causa de su edad algunas no tenían teléfono celular, otras no conocían WhatsApp y las demás rara vez entraban al grupo. Además, Sabrina no contaba con respaldo

de los asociados. Los últimos tres presidentes del club se habían ganado fama de corruptos y de no velar por los intereses de los socios. Esto había provocado desconfianza y falta de credibilidad. "Siempre entran a robar", "Todos hacen lo mismo", solían decir.

Un día le llegó a Sabrina una notificación de la Fiscalía que la citaba para declarar por presuntas irregularidades en el manejo de los fondos del club. Rompió a llorar, dolorosamente frustrada. Cuando asumió la presidencia del club estaba muy contenta. Quería convertirlo en un lugar acogedor para sus asociados, crear una biblioteca para que estos pudieran encontrar un lugar para leer y socializar, así como mejorar la infraestructura. Sin embargo, era constantemente atacada y criticada, y encima debía enfrentar una denuncia.

Su hija Lara consideraba que su mamá tenía buenas intenciones, pero se apegaba mucho a los resultados de la acción, y terminaba defraudada. Dejó en su mesita de noche la biografía del filósofo italiano Boecio, quien también fue un prestigioso político caído en desgracia injustamente. Perteneciente a una rica y noble familia, le tocó vivir los años finales del Imperio romano. Participó activamente de la vida política, y debido a su buena reputación y sabiduría, el emperador Teodorico lo nombró para que ejerciera varias funciones públicas, como la de cónsul. Sin embargo, como es común, el poder suele ser un imán para atraer enemigos y opositores, y eso le sucedió a Boecio: fue indispuesto ante el emperador, y este comenzó a creer que aquel conspiraba contra él. Lo acusó luego de traición sin derecho a defensa, lo envió a prisión y lo condenó a muerte.

A medida que iba sumergiéndose en la historia de vida de Boecio, Sabrina se sintió menos sola en su dolor. Lo que le sucedió no tenía punto de comparación con lo que ella estaba padeciendo. Boecio sentía que era presa de la injusticia. Se quejaba de su destino inmerecido. Sentía que su vida era un tormento, especialmente porque había tenido una vida muy próspera antes de ser tan desdichado. Recordaba con tristeza su vida anterior: su prestigio en Roma, influencia política y reputación.

Al igual que él, Sabrina experimentaba la injusticia y un vaivén de emociones: ira, miedo, impotencia y tristeza. No dejarse arrastrar por aquellas emociones fue uno de los desafíos más grandes que había enfrentado.

Boecio nunca dejó que la amargura lo consumiera. Buscó refugio en la sabiduría y la escritura. Escribió así antes de ser ejecutado su obra maestra, La consolación en la filosofía; una conversación entre él y una majestuosa dama, personificación de la filosofía. Ella le explicó que la fortuna es como una rueda

que gira: da un día riqueza, al otro lo quita; arriba da poder, abajo lo arrebata. "Todo este tiempo has estado distraído con las efímeras apariencias del bienestar, y la verdadera dicha no puede ser alcanzada por los bienes fortuitos que dependen del azar, sino en el cultivo de tu mundo interior", explicaba la dama a Boecio.

Sabrina alcanzó una especie de iluminación. La fama, el cargo político, la riqueza realmente no le pertenecían a Boecio. Eran solo aparentemente suyos. Su verdadera esencia estaba más allá de las circunstancias externas; nunca podría ser dañada así fuera privado de su libertad injustamente. Se rió de sí misma al darse cuenta de que había estado a merced de circunstancias provisionales como la opinión pública o el apoyo y cariño de Las Bendecidas, quienes, si bien eran sus grandes amigas, día a día contaban con menos energías para apoyarla.

Una tarde que volvía a su casa le dijo a su hija:

—Querida hija, gracias por tu apoyo en estos momentos. ¿Vamos por un té?

—Claro, mamá.

—Sabes, al inicio pensé que la historia de Boecio tenía un final triste. Pero en realidad no fue así. Se conectó con la verdadera esencia de su ser mientras esperaba en el corredor de la muerte.

—Es verdad. Si no hubiera sido enviado a prisión, tal vez hubiera seguido distraído con su fama, su vida acomodada y el poder, y quizá no hubiera escrito una obra con reflexiones tan profundas. Es un gran legado para la humanidad.

Llegado diciembre, Sabrina debía entregar el cargo al próximo presidente electo. Las Bendecidas la animaron a postular nuevamente a la presidencia del club. Se negó. Sabrina se propuso seguir trabajando, pero sin obsesionarse por los frutos de su acción. Luego de críticas y difamaciones, promesas no cumplidas y proyectos truncos, experimentó un equilibrado desapego por los resultados a cambio de seguir actuando. Finalmente, eso fue lo que hizo Boecio, ser lo mejor que podía más allá de las circunstancias.



Ilustración de Carolina Cumpa

Enajenación

Mauricio Zolezzi

Seis de la mañana. Mariano le pide al taxista que lo deje en la esquina que está llegando a la plaza, antes de entrar a esta rotonda que divide en dos a la avenida Cuba. Por esta vía transitó por última vez, décadas atrás, cuando dejó Lima, su hogar, una ciudad de ensueño para un adolescente o un lugar que fue solo un sueño adolescente.

Como de costumbre y sin proponérselo, llega antes de lo planeado y piensa: ¿será el destino o la casualidad?, ¿el vuelo se adelantó y ahora me encuentro acá varias horas antes? Decide dar unas vueltas o sentarse en una de las bancas para esperar la llegada de la hora. Atraviesa la plaza, más tranquila a esta hora de la mañana de lo que recuerda, pues era corriente ver gente corriendo, haciendo ejercicios o paseando a sus perros, llena de vida diría, pero este amanecer la siente solitaria e inerte, sin esa gente que la llena de vida.

Piensa que a pesar del tiempo habrá cosas que no cambien, como los resistentes árboles o el imponente monumento al mariscal Andrés Avelino Cáceres, que le otorgan a este lugar el poder de convertirlo en un pintoresco rincón del distrito de Jesús María, que se resiste a caer ante el inminente urbanismo de la ciudad, que deja en el olvido las casonas de antaño y da paso a macizos monumentos de una sobrepoblación llamada modernidad.

Ya sentado en su banca preferida, Mariano evoca la primera vez que se encontró con Simón. Mirada perdida, energía contenida, aura ensimismada y habla perturbada; la gente le corría, pero él, al igual que todos los parroquianos de la plaza, solo estaba haciendo uso de este rincón de la ciudad que entre tanta gente y barullo sabía transmitir paz y tranquilidad. No recuerda qué lo llevó a compartir la banca, por qué fue que cruzaron unas primeras palabras o, más aún, qué hizo que se parara y fuera a comprarle un pan con queso acompañado de su caliente y reconfortante quinua. Sí sabe que la locura, al igual que la de Simón, fue su compañera de vida. Desde que tiene memoria estuvo presente; la vio rondar la casa y a la familia; revivió aquellas mañanas de domingo cuando su padre traía a personas como Simón a la mesa del desayuno diciendo: "La locura no es una enfermedad que mata, pero sí que abandona". Ese breve pero nostálgico viaje de su memoria concluye con la evocación de la primera de muchas conversaciones reflexivas con Simón.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Simón y esta es mi banca.
—¿Puedo sentarme? ¿Me lo permites?
—Prefiero que no, pero ya estás aquí.
—Te ofrezco esto por la molestia. A esta hora, la emolientera solo tenía esto.
—En la calle, cada comida es un milagro, más si viene a nosotros.
—Hace tiempo que estás por aquí.
—Más tiempo que tú, de hecho, pero eres el primero que me ve.
—Ni que fueras invisible.
—Sí, lo soy. Con el tiempo me volví evitable o hasta invisible.
—Lamento que te pasara, pero aquí tienes a alguien que te ve.
—Gracias, pero a veces es mejor desaparecer.
—Bueno, hay veces que sí.
—Desaparecer para mantener tu libertad.
—Para que no te la quiten.

Se extraña del porqué lo acosan esos sucesos. ¿Será nostalgia o presagio? En la justa mitad de esos pensamientos, escucha —¿o imagina escuchar?— las letras de un querido vals que se lamenta así: "Todos vuelven a la tierra en que nacieron, al embrujo incomparable de su sol. Todos vuelven al rincón de donde salieron, donde acaso floreció más de un amor". César Alfredo Miró Quesada Bahamonde, más conocido como César Miró, gran periodista, escritor y poeta limeño, entonaba su emblemático vals en las tardes de sobremesa de los almuerzos de domingo, entre familiares y amigos, acomodados en las mismas que horas antes habían sido ocupados por personas como Simón.

Ocho de la mañana. Mariano nota que lleva al menos una hora repasando tiempos pasados. Entre nostalgia e inquietud, sabe que tiene que volver al presente. Este regreso no es un escape turístico pendiente o una fugaz visita amical; todo lo contrario, es un imperativo familiar, uno de tal envergadura que lo obligó a interrumpir su atesorada vida actual, desprenderse de su hogar y las fluctuaciones de su día a día para volver a Lima, una ciudad que, a sus veinte años, dejó ser de sueños o ensueños para dar paso a una torrentera de prejuicios, exigencias y pesadillas, a la que abandonó y con todas sus fuerzas trató de dejar en el olvido, pero que descubrió que siempre estuvo tras él, esperando el momento de reaparecer y que lo hiciera a uno volver, como lo canta el tango de Gardel, "volver con la frente marchita, las nieves del tiempo platearon mi sien, sentir que es un soplo la vida, que veinte años no es nada".

Mariano siente preocupación y ansiedad por el encuentro con la familia. Lo agitan los recuerdos y la espera de ese encuentro. Si bien cree que en la vida afrontó los problemas con valentía, cinismo, imparcialidad y hasta con algo de altivez, algo en el fondo de su ser le dice que esta vez será diferente. Algo con esa llamada lo tiene intranquilo. Su familia, la familia, no se caracteriza por los concilios pacíficos y menos organizados. La última reunión —o emboscada familiar— terminó en su decisión de dejar Lima y poner tierra entre él y ellos, pues consideró que a pesar de que era su responsabilidad, él no asumiría el papel de mensajero, verdugo familiar o cancerbero en relación con su padre. Nunca deseó un papel en esta obra familiar, remedo de funesta tragedia consanguínea, que antes vio en otros y no va a reclamar para sí, y menos dejará que se lo impongan. Pensó que si algún papel iba a tener que interpretar, al final, sería el de su padre, hombre sabio, ufano, libre y feliz, como decía la abuela, un ser más excéntrico que loco, título que solo la sangre, el dinero y el poder pueden tanto otorgar como despojar.

De repente escucha el timbre de llamada reservado a Matilde, la hermana de su padre, cuyo sonido, a manera de accesorio, encajaba idóneamente con los impolutos atuendos que adornaban a su llamativa y peculiar persona. Mariano la consideró el faro de luz que le permitía visibilizar y transitar por esa costa de tormentas y tormentos que era su familia. Fue por ella y los años que pasaron juntos que entre la demasía de cosas que aprendió supo atesorar la frase que Matilde llevaba en la punta de los labios como tarjeta de presentación: "Cari, la locura no es el fin de la razón, sino la forma más intensa de ver la vida", de autor anónimo, pero cuya pertenencia él le cedió y valoró como la mejor herencia familiar que pudo recibir.

—Hola, Cari. Si me has contestado, es porque ya llegaste a Lima.

—Bueno, en cuerpo sí.

—¿Por dónde te encuentras que no estás aquí?

—Cerca, aunque, honestamente, mi cabeza se resiste a llegar.

—Cari, te tiene viajando por el pasado. Como siempre digo, "la locura no es el fin de la razón, sino la forma más intensa de ver la vida".

—Espero que tengas razón.

—Las mujeres siempre la tenemos.

—En serio, Matilde.

—Cari, "a veces hay más verdad en una mente enloquecida que en una cuerda".

—Y se supone que en las verdades encuentras las respuestas.

—Bueno, ya sabes que deberías estar aquí.

—Sé que el único lugar donde debería estar es ahí.
—Pero aún no lo estás. Tenemos que hablar antes de que llegue la familia.
—No aún, pero un respiro más y ahí me verás, y sé que tenemos que hablar porque llega la familia.
—No sientas preocupación, hoy lo resolvemos todo.
—Siento preocupación.

La conversación con Matilde lo alivia; esa sensación de desahogo que solo se obtiene cuando se comparte con ciertas personas; esos pensamientos, buenos y no tan buenos, que saturan la mente y desbordan los sentimientos. Sabe que mientras tenga en su vida a seres como ella no solo sus días tendrán una cuota asegurada de alegría y hasta picardía, sino que al igual que reza el dicho "una pena entre dos es menos atroz", los problemas, las tristezas y las incertidumbres pesarán menos, y siempre contará con una cuota de optimismo.

Desde que lo recuerda, una variedad de pensamientos le rondan la mente a la vez, y muchos de ellos así como llegan se van, pero no sin permitirle liberar una risa, a veces carcajada, acompañada de la frase que la abuela usaba: "Quien a solas se ríe de sus maldades se acuerda". En esta ocasión, esa expresión sonora que lo aligera de cortisol se origina al llamarse a sí mismo "Cari", la afectuosa forma con la que Matilde lo había renombrado. Pensaron que ese apodo era como una dosis concentrada de la palabra "cariño" (¿por qué dosificamos todo el tiempo?), pero lo que nunca entendieron es que ella, en sus apropiaciones de palabras, frases, dichos y refranes, a su único ahijado le concedió el "Cari" como un concentrado de "caro mío", en honor a sus raíces latinas, pues buscaba dosificar la expresión "querido mío" en una palabra que resumiera su amor, picardía y complicidad. Desde su nacimiento, para Matilde, él dejó de ser "Mariano" y solo fue "Cari", una palabra que, con el paso de los años, además de ser una muestra mutua de cariño, que solo creció con el paso de los años, fue el lazo que fortaleció esa unión.

Ocho y treinta de la mañana. El tiempo consigo mismo y sus ajustes de cuentas llega a su fin. Se levanta de la banca; no puede robarle un minuto más a ese espacio en tranquilidad. Su padre le decía: "En la vida hay dos cosas que no tienen precio: soledad y libertad; dos sentimientos por los que nunca puedes negociar". Durante su vida, atesoró su tiempo en soledad y la libertad que le brindaba; aprendió a quererla y darle su espacio; entendió que a veces eran sus mejores compañeras, con las que podía compartir una salida al cine, un café por la tarde, un trago en un bar, una cena en un restaurante de moda o un buen concierto musical; le daban el tiempo y espacio para reflexionar en

cómo acomodar o reacomodar su vida, para muchos su alocada vida.

Sonríe, vuelven a él todos esos comentarios —desinteresados e interesados— que amigos y extraños le regalaban sobre lo que para ellos era una excéntrica, caprichosa y atolondrada vida. Esto solo le sonaba a opiniones sin fundamento, pues había crecido rodeado viendo a gente desfilar por el consultorio y dejarse caer en el diván de su padre, porque, al temerle a la soledad y libertad, hacían de todo para asegurar que podían alejar a la primera y retener a la segunda. Confesaban el despilfarro del dinero que no tenían, celebraban fiestas sin motivo alguno, acogían mascotas de manera compulsiva, tenían encuentros con gente desconocida, invitaban de viaje a amigos —cercanos o lejanos— con todo pagado, entre otras muchas cosas impensables o incontables.

Creyó que serían él, su soledad y libertad hasta el fin de sus días. Pensó que mientras tuviera el respaldo de Matilde, el apellido y su fideicomiso, ese statu quo que había logrado tan lejos de aquí resistiría al paso del tiempo, manteniendo las cosas como estaban aunque hubieran incontables oportunidades de cambio, algunas sosegadas, otras violentas, pero al final solo pasarían como la brisa frente a su rostro para recordarle que está ahí pero no lo detiene, solo lo renueva, fortalece y reactiva, dando nuevas fuerzas o energías a una posible vida monótona, rutinaria o decaída, a la cual temía y de la que siempre huiría.

Nueve y media de la mañana. Mariano atraviesa el amplio vestíbulo de la casa donde lo espera Matilde, y la escucha llamarlo desde la terraza: "Cari, pensé que te arrepentirías y huirías". Mientras se aproxima a ese espacio de luz puede ver toda la escenografía señorial —grandes cuadros, muebles laqueados, figuras de porcelana, cristales de colores, arañas de grandes dimensiones, entre otras piezas de museo— que no solo le abren paso a ese momento con su destino, sino que cada objeto le recuerda a los amigos y familiares que se cruzaron con él en esa casa, la de las tardes de almuerzos o sobremesa de los domingos, o las de las mañanas de sanatorio, con su padre como el centro de ese excéntrico ecosistema humano.

—Matilde, lo he pensado. No puedo firmar. Mi padre merece su libertad y soledad.

—Cari, me parece que no comprendes por qué has venido.

—Obvio, mi padre debe internarse, una vez más, y quieren que esta sea la última.

—¿En serio crees que yo y la familia queremos eso?

—Así lo quisieron, ¿o esa primera vez hace más de veinte años no es una prueba?
—Siempre lo cuidé. Los cuidé no por deber sino por amor.
—Y ahora ese debe ser mi deber.
—No es tu deber, porque no estás aquí para cumplir con esa obligación.
—¿Entonces qué hago aquí Matilde?
—Cari, te llamamos no para que vengas a firmar para él, sino más bien por ti.
—¿Qué dices, Matilde?
—Hemos tomado la decisión de que un tiempo con tu papá es necesario.
—Esto no es de raza le viene al galgo. ¿Qué les pasa? ¿Que se les ha metido en la cabeza?
—No puedes seguir así. Cuidaremos de ti como lo hemos hecho con él.
—¿Creen que los dejaré?
—La decisión está tomada: hoy te irás con él.
—Así que al final, soy yo quien no merece su libertad y soledad.

Diez de la mañana. Mariano no lo vio venir, aunque algo en él, en el fondo, le decía que esta vez no sería igual; no sería otro encuentro para medir fuerzas con la familia con Matilde como mediadora. Esta vez la familia, ese perverso clan conformado por los seres más calculadores, oportunistas y codiciosos lo venció, pues convenció al único juez y jurado que era Matilde para convertirla en la verduga que impartiera una sentencia camuflada con amor, preocupación y desinterés, pero que con todo el peso del deber que se impone y concede desde un equívoco punto de vista sellaba su vida, atándolo a Lima y dejando de ser una preocupación colectiva para convertirse en una historia que contar en la sobremesa del domingo familiar.

Hay un conocido dicho, "en la tierra de los ciegos el tuerto es rey". Mariano pasó toda su vida pensando que era un tuerto en esa familia para darse cuenta de que siempre estuvo ciego: nunca vio venir que su final no era asumir sino compartir el destino de su progenitor.



Ilustración de Jorge Luis Rivera

Pasaje a la Ópera

Rodrigo Valdez

Un día divisé un lugar más grande de lo que ahora es, un escenario de emociones construido por los susurros más internos de mi ciudad, levantado por manos ávidas de entretenimiento: el cine Ópera. Aquellos años, pasados con papá, fatigábamos la acera desgastada. Los volantes en vetustas tiendas marcaban los caminos, él se asomaba al final. Jugábamos con muñecas, los dedos incontrolables se doblaban en la esquina, siempre intentando asustar. El polvo de las ventanas de nuestro pasaje era cubierto por el tabaco más barato de la época. Papá abría sus brazos, me recogía y en pequeños impulsos me dejaba ver el final.

Mecía mis piernas, yo observaba la Ópera. Las rejas envejecían con él. Mi mirada no escapaba de sus ojos acuosos e infantiles que reviven al atisbarla. La cabeza inclinada daba golpecitos en mí:

—Vamos, Julián, sigamos paseando.

Recorriendo el pasaje que conducía a la Ópera, nuestros pies rodeaban los postes que recogían flores en canastas, las personas posicionadas perfectamente para escuchar los extremos, llenos de chismes y perros. Ignorando algunos olores, oímos que la Ópera tenía un nuevo dueño, creyentes grupos de blanco atuendo. Las pieles, esclavas ya, bautizaban de clausura otra vida más.

Seco y con hambre, recordaba las distancias de encuentro en nuestro distrito. El ruido de los embotellamientos no cubría la decepción en su voz; narraba tantos cuentos acechados por el olvido, llenos del relleno característico del dramatismo. Ahora a lo lejos te consuelo mientras dejas pasar tu vida con el óxido, observando el paso de tu juventud desmarcada en los azulejos inmersivos de aquella recepción. Hoy la Luna deslumbra llena, con nubecitas animadas, características de tus dibujos; ahora opacos de tanto color, respiran la humedad de Lima, sigues en trabajo desenfrenado y desgaste familiar.

Hace dos años estoy en otro país, hace frío en cada día lluvioso y solo reposo junto al fuego. Mamá sigue consolando con almuerzos nativos nuestra ausencia; la nostalgia es insufrible por todo el arrepentimiento, pero eso papá lo sabe bien.

Mientras el dilatado espacio va de la mano con el tiempo, siento que nada volverá a ser igual. Hace un año caíste enfermo, con aquella amnésica

actividad mental que tu madre te legó. A veces te llamo aunque las tormentas agoten la señal. Hoy llegaron de visita nuevos amigos, acentuando palabras mal dichas de culturas ajenas. Los dientes enderezados y costosos son expuestos platicando sin cesar. Cada maldita palabra que sale de ellos es muestra de ignorancia.

—¿Cómo te recibió el país sobrino? Tranquilo, ¿no? Thank god, este país no es como el Perú —aprecia el más gordo.

—Obvio, si ya no ve a los venecos y esos cholitos. Ya se está acostumbrando, ¿no? —apunta la esposa nacida en Ayacucho.

La música criolla truena en el televisor más grande que alguna vez vi. Tararean sin recordar las letras y los restos de comida salen despedidos de las ávidas bocas; aquellas harinas y carnes dan seguimiento a la gente en pelotas por Madrid, las tormentas de Miami, narcos en México y corruptelas de Perú.

Mis manos resignan al cuerpo a responder. Aprieto los puños, decido no escupir, y me retiro. Vomito en privado. Levanto mi cabeza aturdido y prevalezco con esfuerzo ante todo pronóstico. Mi mirada seguirá la dirección de mis vientos.

La noche se precipita en agua y golpes contra la madera. Escudriñando el espejo encuentro los ojos viscosos, colmados del lamento de mi perro después de mi partida. Acompañando al clima, dejo escapar la sal de mis ojos; me enfrío recordando mi mar. Explorando el ambiente a través de la breve ventana, recuerdo cómo escapaba de mi abuela; corría donde papá y le imploraba huir; me llevaba por la avenida y dábamos vueltas por el pasaje: la llovizna esmaltada, los ladrillos del suelo y las flores reían cada vez más. No quiero lavar mi cara. Solo trato de recordar.

Hace un día paseamos con todos los tíos. Mamá almorzó intranquila, estábamos seguros de que expelerían alguna barbaridad. Deseaban por siempre la muerte al extranjero; nosotros extrañamos el país que alguna vez se había jodido. Las calles se nutrían de la gente y los nuevos vicios emitieron sus nítidas señales cerca de mí: alcé un porro del suelo y lo protegí en el bolsillo de mi camisa. En el malecón del Atlántico lo fumé esmeradamente y torné a desvanecerme. Vi un edificio cada vez más cerca de mí, parecido a la Ópera, colorido, grande y lleno de gente, pero no estaba papá.

Ahora solo quiero verte, nadar hasta el trópico de Capricornio y legar mi herencia al espacio común; vivir tranquilos, en un patriótico lugar, regado por sangre valiente, sangre del norte, aquella que le dio musicalidad a la voz de mi mamá, aunque ahora lo quiera ocultar. Recordar nuestra humildad,

comprar en el pasaje Punta Pacocha y seguir siendo prófugos del sur, darnos el tiempo de comer sin apuros en los paseos por mercados y olvidar que se avecinaba un tornado. Solo quiero estar cuando me decía cuánto deseaba volver a la Ópera.

Me pregunto si aún, frente a ese gran pasaje, con sus mil y una noches, cientos de personas y décimas de segundos para cambiar el futuro, es posible reconocerlo. Me despierto, pero no reconozco las voces ni los tonos; mi piel se eriza, evoluciona por el frío. La gente desea helados en invierno y sexo público con alguna rubia cuando nieve. Nunca creí ver más estupidez que en la televisión peruana: la ficción te la pueden pintar menos grotesca y educativa que esta maldita realidad.

Regreso a la mesa redonda. Todos ríen, toman cerveza, tanta gente tonta que cruza caminos por horas para lograr verse; yo solo deseo verte ya. Mis cuentos e historias están siendo compartidos entre sordos; ven a nuestra tierra y la Ópera como un pueblo más; se cruzan con el dinero y las armas, excusas para no regresar al pacífico mundo.

Pese a las protestas, roles desesperanzadores o teatros llenos de demagogos, solo quiero cruzar un camino contigo, sin música, lleno de voces que acentúen mis letras, creencias y dejos; ignorar las luces, sentir el cemento, verte proyectado en la luz amarilla que detesto para poder tener nuevos tonos sin obligarnos a cambiar.

Ahora me busco dentro de tantas fotos. Me asombra no reconocerme. Mamá me muestra los dibujos que has preparado; con postes y flores se proyectan y desvanecen en edificios difuminados, presumiblemente sin gente. Al igual que yo, descansas en un lugar tranquilo, sin compañía; tu terapia sigue siendo la misma de largos años: ver las ventanas circulares y zócalos con formas, nidos de moscas en el ornato limeño establecido.

Quiero pintar contigo, recordarte las formas correctas, ver los nuevos colores y dejar de odiar. Trabajo cada día más para poder ir a verte. Mamá ya no tendrá que votar. Espero vernos pronto en aquel pasaje ilustrado, cubierto por color. Ver aquella sonrisa junto a la tristeza heredada, con marcas que hoy no se podrán ver, aunque arruguen la frente o corten las pieles.

Ojalá pueda ayudarte, pero mi cuerpo está acá. Cuando sea mi turno, mi alma recién te abandonará.



Ilustración de Edith López

Siempre decimos adiós

Beatriz Loyola

Mil novecientos noventa. Un grupo de cachimbos lucen orgullosos su flamante condición. Es un mundo nuevo. De entrada, primera asignatura: tramitología: hacer colas para registrarse, para pedir el formulario donde consignar los cursos y los horarios, cola para todo. Inexplicablemente lo disfrutaban. Muchos hacían por primera vez un papeleo. Eran lentos; otros, ya mayorcitos y agilitos, descaradamente se saltaban la cola. Los que al ingresar eran totalmente desconocidos con el tiempo crearon lazos muy fuertes y llenos de mucho cariño y comprensión. Así eran Hernán, Yumi, Carlos, Fabiola y Graciela.

Empezando la segunda mitad de la carrera, los cuatro debían pasar al horario nocturno, pues ya hacían sus prácticas, a las que debían asistir por las mañanas. Ese intercambio horario entre estudio y trabajo les cambió la perspectiva. Lo que al principio les parecía fácil se convirtió en algo más complejo. Decidieron así crear un grupo de estudio. Cada fin de semana, se reunían en casa de Yumi para organizar las tareas y reforzar los conocimientos. De lunes a viernes, el tiempo era muy escaso; sentían que todo avanzaba demasiado rápido. Yumi y Graciela se encargaban de comprar empanaditas, alfajorcitos y petipanes para rellenarlos con pollo y mayonesa. Eso los mantenía despiertos, pero a costa de la balanza. Después se daban cuenta de que la ropa ya no les quedaba, y era necesario recurrir a otra talla. Su lema era: "Total, ¡todo sea por la causa!". El esfuerzo valía la pena: obtenían excelentes calificaciones y se mantenían siempre motivados.

Entre curso y curso, ocurrió algo en una de las presentaciones: el profesor de Estadística, de manera imprevista, cambió la modalidad de las exposiciones. Excepcionalmente, cada uno de los buenos amigos, debido a la falta de tiempo, solo estudió la parte que había trabajado, pero ninguno la totalidad del tema. El grupo se sintió desconcertado cuando el profesor comenzó a llamar a cada uno para que explicara el punto del otro. Todos ellos coincidieron después en que esa fue, paradójicamente, la peor y la mejor experiencia que les dejó la universidad, pero no hubieran querido repetirla nunca más.

Una noche de inicios de verano que les dio ganas de bailar, llegaron a un pub de Barranco en una iluminada calle animada por bares y restaurantes.

Al ingresar, el piso resonaba con cada paso que daban... hasta que comenzaba la música. Todos a bailar. Avanzada la noche, empezó "What's Up", uno de los himnos de la época de las 4 Non Blondes. Fue entonces cuando Hernán besó los labios temblorosos de Yumi. Fue el inicio de un romance que de entrada debió afrontar el ángulo práctico de ella, pues creía que Hernán aún era muy joven, sin nada seguro, y quería todo ya. Era demasiado exigente, incluso consigo misma. El joven amorío parecía finalizar. Graciela medió para evitarlo, pero Yumi ya había tomado su decisión.

Pasaron varias lunas. El grupo de dirigentes estudiantiles de la universidad organizó una fiesta. Graciela no pudo ir; Yumi, sí. No lucía muy animada. Estaba con un grupo en una esquina del local. Desde allí veía a todo el mundo, en especial a Hernán, bastante bien acompañado por una muchacha muy guapa que no tenía reparos en demostrar lo templada que estaba de Hernán. Al día siguiente, Yumi se quejó indignada con Graciela, Fabiola y Carlos:

—¡Es una desvergonzada! ¡Andaba como una lapa prendida de él!

—¡Y él parecía hipnotizado! —añadió Fabiola más divertida que escandalizada.

Carlos la molestó riéndose y dijo:

—Estás celosa.

—¿Cómo se te ocurre? —se alteró Yumi—. ¡No es eso! Es que la chica debería controlarse. Parece una fácil.

Todos se miraron y rieron. Desde ese momento, las esperanzas que el grupo podía tener en el noviazgo se esfumaron, como cuando en un lienzo el grafito dibuja un trazo y un suave pincel lo difumina, y el negro pasa a ser un gris muy sutil, casi imperceptible para los sentidos.

A pocos meses de terminar el pregrado, hubo alegrías, también tristezas, pero la ceremonia de graduación fue increíble, como el vacío del día siguiente, llenado con la preocupación de conseguir trabajo; en el mejor de los casos, empezar a aplicar los conocimientos y, en el peor, aceptar un empleo que no tuviera nada que ver con lo aprendido.

Yumi ingresó a trabajar a una asociación en donde era explotada por su jefe, quien además la hostilizaba, pero ella, fiel a su carácter, siguió adelante. Consiguió dejar ese lugar y trabajar en una empresa encuestadora. Vivía muy ocupada, llegaba a su casa al filo de las nueve, casi solo a dormir. Con ese ritmo de vida, no había mucho tiempo para salir con los amigos de la universidad, pero Graciela la buscaba. Una vez fueron al cine. La pasaron muy bien. Entonces Graciela se enteró de que Yumi estaba saliendo con alguien de muy

buena posición económica.

Pasado un tiempo, ambas coincidieron en un curso. Para avanzar un trabajo, se reunieron en la casa de una compañera que estudiaba con ellas. De pronto sonó el celular de Yumi. Era Oscar, su enamorado, que ya iba por ella. Lo razonable era que esperara en su auto, pero le pidió ingresar a la casa y se sentó en la sala, desde donde las observaba. Graciela se incomodó; Yumi también, aunque quiso disimularlo.

Finalizado el curso, pasó mucho tiempo antes de que Yumi y Graciela volvieran a encontrarse. Tras una larga conversación, Graciela supo que la relación con su enamorado era tortuosa. El rostro de su amiga había cambiado. Observando sus ojos, sintió que su alma era definitivamente otra, sin la mirada altiva, exigente ni perfeccionista. Intentó romper con su mala relación en varias oportunidades, pero cuando él la dejaba en su casa después de una discusión y de haber terminado, luego de unas cuantas horas o al día siguiente, la llamaba para decirle que si ella no iba a verlo, él se haría daño.

Al principio, Yumi salía corriendo sin control de su casa para evitar que la amenaza se cumpliera. Luego, inesperadamente, el manipulador encontró otro objetivo, y la relación ya no era de dos sino de tres. Abrió los ojos, el brillo del Sol la cegó, pero tuvo claro que se había librado de Oscar para siempre.

Tiempo después, Graciela llamó a Yumi. Contestó su madre. Le dijo que no la podía comunicar con Yumi porque estaba un poco mal. Hablaba raro; parecía que quería decir algo, pero sin animarse a hacerlo. A las semanas, un excompañero de la universidad avisó que Yumi estaba internada a causa de un delicado problema renal. Graciela la llamó. Yumi le dijo con voz susurrante:
—Graciela, quiero hablar contigo. Tengo que hablar con todos ustedes.

Graciela, muy apenada y confundida solo alcanzó a decirle:
—Bien. Mañana iré a verte.

Al día siguiente, cuando Graciela llegó al hospital, observó la cantidad de pisos, y se preguntó si llegaría a encontrarla. Una larga cola de visitantes resistía en silencio la llovizna y el viento helado de inicios de agosto, algunos con la desesperanza de no poder ingresar, otros con lágrimas en los ojos. Pocos lo lograban. El hombre del uniforme marrón se ingeniaba para negarles el ingreso. Graciela estaba segura de poder lograrlo. Fue a comprar un suculento e hirviente caldo de gallina y regresó. Esperó pacientemente formada en la cola. Llegado el momento, el guardián ya estaba empezando a denegarle el ingreso, y colocó con firmeza y descaro sobre su mesa de trabajo la

bolsa de donde emanaba el aroma del caldo. Del otro lado de la puerta, siguió caminando sin mirar atrás, por el pasillo más largo que había recorrido en toda su vida, soportando la ventisca en contra. Ya en los ascensores, la esperaba una nueva cola. Frustrada por los contratiempos inesperados, la consoló la idea que todo el grupo estaría reunido otra vez para celebrar la mejoría de su amiga.

Preguntó por el piso de nefrología y subió. En la estación de enfermeras preguntó por Yumi. La conocían, la atendieron, pero ya no estaba; le habían dado de alta. Dijeron que estuvo en el cuarto 402, pero no podían dar detalles de su salud. Sonó una alarma de modo persistente. Las enfermeras corrieron coordinadamente en varias direcciones, cogieron medicinas, sueros, inyectables y se alejaron de su puesto de trabajo. De súbito, vio su oportunidad. Giró la cabeza a todos lados, se acercó al escritorio de las enfermeras y hurgó entre los papeles. Al principio, estaba aturdida; el temor de que la encontraran la dominaba. Escuchó pasos y se escondió raudamente. Un vigilante se dirigió al ascensor. Pasaban veloces los segundos, y no hallaba nada sobre su amiga. Levantó la cara al borde de la resignación, y justo frente a ella, sobre un estante de color blanco, vio la historia clínica de su amiga, apilada con otras más. La tomó y empezó a leer hasta que las lágrimas nublaron sus ojos, y ya no pudo continuar: leyó lo suficiente para entender que solo presentarse frente a ella no la alegraría nuevamente, y que la reunión con el grupo nunca ocurriría.

Al amanecer, un día brillante se coló entre las cortinas y la despertó. Llamó al celular y al teléfono fijo de Yumi. Atendió nuevamente su madre. La conversación se tornó muy tensa. Graciela no podía decirle que había leído la historia clínica de su hija, así que solo le insistía para poder hablar con ella, pero no obtuvo nada, solo un gran enojo seguido de una inmensa tristeza.

En las aulas, Yumi le había contado a Graciela sobre las tediosas discusiones que tenía con su madre. Su único apoyo era su padre, su gran ejemplo, su gran amor. Todas las historias tristes de la relación de Yumi con su madre permanecían muy claras en la memoria de Graciela, quizá por eso la desconfianza y la molestia que le causaba cada conversación que tenía con ella.

Pasó un corto tiempo, llegó el mes morado, el mes de los milagros, de los temblores y de los vientos de San Andrés en la costa. Una mañana, Graciela recibió la llamada de un excompañero de la universidad para avisarle que Yumi ya había partido. Se ofuscó, sola y en silencio. No distinguía la tristeza del enojo. No entendía qué había pasado, en qué momento y por qué. Trataba de encontrar las razones, pero sus preguntas caían en un oscuro pozo sin fondo. Graciela estuvo segura de no tener las fuerzas para despedirse de su

amiga en un espacio opresivo e incómodo. Prefirió ir al lugar de la despedida, a cinco cuadras del velatorio, exactamente frente al centro comercial donde se reunieron para ir al cine. Ingresó a un café, pidió algo de beber y se quedó mirando la calle por más de una hora.

Ya en casa, escogió una foto donde ella y Yumi lucían felices, sin problemas ni enfermedades. Levantó un pequeño altar alrededor de la imagen de cuando el mundo parecía un lugar solo para ellas, sin problemas ni enfermedades, y encendió unas velas. Cómo olvidar el vínculo con una amiga con quien alargaba el trecho de despedida solo para conversar más. Era además un gesto de cuidado entre mujeres, especialmente cuando pasaron al turno noche, cuando se acompañaban para llegar bien a casa.

La observación de las velas consumiéndose la llevó, entre recuerdos y ensoñaciones, al inmenso ropero de su abuela, donde no solo había ropa; también abrigaba y protegía recuerdos de los más insólitos, incluso libros. La primera vez que abrió uno de ellos encontró anotaciones de su dueña, la señora Luisa W. Una de ellas era una cita: "Dicen que los muertos reposan en calma, y que no hay sufrimientos en la otra mansión. Cuando muere el cuerpo jamás muere el alma".

"Hasta pronto, mi buena amiga", se despidió Graciela, triste, pero también con un sentimiento de gratitud por el trecho de vida que le tocó andar al lado del afecto de Yumi.



Ilustración de Rosa Carrasco

Síndrome de Procusto

Marianne García

Fausto Aguirre —"el Tutti", como sus conocidos lo llamaban, pues amigos solo lo eran a medias tintas— era un tipo sonreído generosamente por la vida desde antes de su nacimiento. Sus primeros años los pasó en el barrio Artigas. Allí mostraba pretencioso los juguetitos que su papá le mandaba desde los Estados Unidos. Para cada cumpleaños, el regalo debía ser uno más grande que el del año anterior, si no ¿para qué papá nunca estaba con la familia? Solo se aparecía a finales de noviembre, anticipando el thanksgiving. Después de Navidad, su madre, Antonia Sifuentes, dejaba encargado a Tutti con los abuelos, a quienes con el tiempo terminaría considerando su verdadero núcleo familiar. Antes de partir lo abrazaba y estrujaba más por su felicidad de irse que de extrañarlo, y le decía que siempre recordara cuán importante podría llegar a ser mientras más se esforzase.

Tutti aprendió pronto a ser metódico. Desde muy chico, hablaba de su futuro como si ya estuviera trazado. No iba al mismo colegio que los demás; a pesar de que a veces salía a jugar los fines de semana, mantenía a sus amigos a distancia, pero se cuidaba de informarles siempre cuáles eran los planes de su familia para él y cuán minuciosa era su preparación para destacar desde muy joven. Gracias a eso comprendió instintivamente que las amistades del barrio no eran relevantes para su gran futuro.

Tutti vivió bajo la tutela a tiempo completo de sus abuelos hasta los catorce años. Su vieja casona se imponía de lejos sobre el resto. En sus mejores tiempos, fue una exquisitez arquitectónica inspirada en la moda francesa con discretas inclinaciones de vanguardia. Conservaba molduras antiguas y ventanales que nadie se atrevió nunca a reemplazar. La entrada en tonos grisáceos daba paso a un jardín de bienvenida donde se erguía un pino Douglas de ramas firmes y verdor disciplinado, traído para evocar la verdadera Navidad. Adentrándose, los pasillos del lugar se tornaban sombríos, hasta casi el final, donde la luz regresaba con timidez. En su hermoso jardín interior crecía un obstinado eucalipto, traído para Tutti con el fin de ayudarlo a dormir cuando necesitaba consuelo.

Joaquín fue obligado por su madre a asistir aquel día. Ella le repitió religiosamente durante el camino lo lamentable que fue escuchar la noticia del fallecimiento de los abuelos de Tutti. Ellos acababan de celebrar sus bodas

de oro hacía no mucho. En sus últimos años, doña Leticia se volvió una feligresa ejemplar, de esas que desean ser vistas. Su devoción rozaba la urgencia de un alma que debía ir preparándose para su entrada al reino de los cielos. Los vecinos, conmovidos por su entrega, comenzaron a replicar su gesto. El párroco confesó que ese acto de hermandad fue un milagro de los que ya no se ven. Aunque doña Leticia incitó a su marido a encomendarse juntos, el viejo se mantenía fiel a su propia liturgia. Ambos salían siempre por las tardes de cuatro a seis, dejando la casona vacía y sin resguardo; él en cambio se paseaba sin prisa, iba al kiosco, compraba su periódico y en un café se disponía a hacer dos cosas puntuales: discutir de política y hacer el sudoku.

La idea de realizar aquellas bodas fue del párroco. Solo algunos asistieron ese sábado, pero fueron comentadas por todos. La madre de Joaquín —afanosa, como siempre entrometida— le contó todo sobre el evento. Lo que más le causó asombro fue ver nuevamente a Tutti ya hecho un hombre con la vida resuelta y recién comprometido. Trabajaba en una empresa de Manhattan especializada en ingeniería de software y data. Lo que más sorprendió a los invitados fue su lujoso auto estacionado fuera de la gran casona: un Mazda negro CX90.

El martes siguiente echaron de menos a doña Leticia en la misa. Fue inevitable notar una ausencia tan repentina, sobre todo para las vecinas parroquianas. Bastó solo un día para que cundiera la alarma. La lamentable noticia se difundió desde la parroquia del barrio. El cura, con una voz a medio quebrar, transmitió a los vecinos que por respeto a los difuntos la familia optó por no indagar en las causas de la muerte. Concluyó que si fue su voluntad partir juntos, Dios lo quiso así.

Tutti, que había regresado exclusivamente para las bodas de oro de sus abuelos, estaba abrumado. El velorio le pareció agobiante. Le exasperaban las adulaciones y los ensayados discursos de pésame. A Joaquín todo ese escenario le pareció grotesco, hasta casi cómico. Percibió un olor denso, adherido a las paredes, como si el sudor de los viejos se hubiera negado a abandonar el lugar. Sintió un peso sobre sus hombros. Algo lo observaba. Cerró con fuerza las manos y hundió sus dedos en las palmas para contenerse. Le era imposible estar sereno. Tomó la decisión de retirarse. Su madre insistió en que se despidiera correctamente antes de irse.

—Temo que debo retirarme. Viajaré hoy por trabajo.

—No te vayas sin anunciarlo, que me haces quedar mal. ¿Pero en serio te vas así sin más?

—Tengo el tiempo ajustado.
—¿Y el departamento?
—Encargado.
—¿A quién?
—A alguien de confianza. No tienes que preocuparte.
—Anda entonces, pero primero debes despedirte. No te he traído por las puras.

Tutti estaba cerca a la entrada principal, con la mirada dura y algo perdida. Joaquín caminó hacia él y se dispuso a saludarlo con la cortesía que exigía el momento.
—Vine a darte el pésame de parte de mi madre y mía. Sabemos cuánto significaban tus abuelos para ti.

Tutti tardó un segundo en mirarlo, como si su presencia no terminase de encajar en su memoria. Solamente asintió. Hubo un silencio incómodo. Joaquín decidió actuar rápido.
—No quisiera inmiscuirme. Veo la casa solemne y conservada, pero juraría que vi la chapa de la habitación del fondo como si hubiera sido forzada.
Tutti se giró apenas Joaquín terminó de hablar y quedó paralizado; su semblante cambió en un instante. La habitación a la que Joaquín se refería había sido suya. Cuando estuvo solo, Tutti ingresó a su antigua habitación. La encontró como debía: impecable, sin señales de descuido y todo alineado. Hasta que lo vio... Era un detalle ridículo e incluso le incomodó cómo rompía la armonía del sitio. Hasta ese momento había aceptado sin quejas pero con un pesar profundo la muerte de sus abuelos, pero ese desliz lo alteró en segundos. "¿Qué hace esto aquí?", pensó aturdido mientras se agachaba a recogerlo. Era un trozo de tela antigua, parecía lino, muy sucio y rasgado. Su mente se quedó en blanco.

Para Tutti, Lima nunca fue segura. A pesar de que la casona estaba en un barrio de clase media alta, la ciudad siempre fue cruel. Sin previo aviso, hacía un tiempo había instalado cámaras para la seguridad de los viejos dentro y fuera del lugar. Cuando todos se marcharon después del velorio, fue a revisar las grabaciones. En una de las últimas, vio a un hombre de metro setenta merodeando fuera de la casa. Vestía prendas oscuras y caminaba sereno. Adelantó la grabación y llegó al día lunes alrededor de las cinco de la tarde. Sin esfuerzo alguno, el mismo individuo entró a casa por el patio trasero y se instaló en la habitación de Tutti hasta las seis de la tarde de ese mismo día en que llegaron los abuelos de sus actividades rutinarias. Como siempre, pasaron

por la cocina, luego un momento por la sala y se fueron a acostar. Minutos antes de las cinco y treinta y cinco, el sujeto comenzó su show: se sentó cómodo en la sala, recostó su cabeza hacia atrás y al pararse se dirigió con tranquilidad a la cocina. Allí vertió algo en todas las jarras, teteras y demás. Luego se paró nuevamente en la sala y observó detenidamente el lugar y se aseguró de que todas las ventanas estuvieran cerradas. Finalmente se dirigió a la habitación de Tutti, abrió el clóset cautelosamente y se quedó rebuscando unos instantes. Las cámaras no ayudaron para revelar esa escena. Logró captar luego que sacó un trozo de tela de una camisa antigua de lino que usaba cuando era chico y giró para encontrarse con un ojo, posiblemente una cámara oculta. Al agrandar la imagen Tutti se dio cuenta de que aquel sujeto lo estaba incitando de forma burlesca frente a la cámara.

Tutti quedó petrificado: sus abuelos no habían muerto como todo mundo creyó. "¡Cómo pudo ser capaz de orquestar algo tan macabro y vil!", se repetía mientras le temblaban las manos. Decidió actuar, por primera vez, pasando por alto su conciencia moral. Estaba cegado. Su rabia contenida pesaba más que nunca; le habían quitado el único lazo de amor que conoció.

Investigó por cuenta propia. Tutti jamás confió en la ineficiente justicia peruana. En un país donde abundan hechos delictivos sin esclarecer, decidió actuar. Movió algunos hilos en silencio. Gracias a su ingenio como ingeniero de software, no le fue difícil buscar las pistas necesarias para encontrar al repugnante sujeto. Incluso por lo bajo fue capaz de encontrar su residencia y vigilarla varios días antes de ejecutar su desalmado plan.

Tutti siempre se supo superior y por encima de todos. Era alguien tan soberbio y arrogante como para considerarse incapaz de cometer errores. Joaquín sintió la imperiosa necesidad de verlo aunque sea una sola vez resquebrajado y fracasando. Tuvo que estudiarlo mucho tiempo. Había vivido obligado a escuchar las quejas de su madre sobre sus limitaciones, a padecer sus constantes comparaciones, adulaciones y admiración infinita hacia la familia Aguirre y Tutti, y su descontento con él, su único hijo. Por eso decidió salir del barrio.

El miércoles, Tutti vigiló al muchacho. Llegada la madrugada, el joven parecía regresar a su departamento con un torpe caminar, ojos achinados pero alegres. Andaba lento y despreocupado. Le pareció despreciable. Las calles estaban húmedas esa noche, silenciosas, vacías. Por un instante vaciló sobre lo que iba a hacer, pero las dudas se disiparon: tenía la misma barbilla puntiaguda que aparecía en la grabación, mismas prendas, altura y peinado inusual.

Lo que pasó después fue un acto tan preciso que no dio tiempo de reacción alguna. Nadie en particular notó la ausencia de aquel joven. Por la zona algunos habitantes se impresionaron con el crimen; sin embargo, se sintieron aliviados porque esa mala suerte fue para alguien que jamás perteneció a ese entorno. No supieron quién fue ni las causas, pero hubo un desperfecto en el lugar y motivo de sospecha. Algunos vecinos comentaron abiertamente haber visto un auto que no parecía de la zona; otros afirmaron que sí, era un vehículo muy elegante para el lugar. Finalmente, con poca predisposición de las autoridades y gracias a la llamada de un vecino anónimo, dieron con el vehículo, un Mazda CX 90 que salía de las grabaciones en la esquina de la calle del incidente. Esa madrugada, sobre la calle vacía por la lluvia solo se vio a un sujeto alto y sospechoso descender del vehículo.

Cuando Joaquín abandonó el velorio, no fue por lo que su madre pensaba. Él ya no residía donde ella creía. Se había ido a un lugar apartado y silencioso. Era el antiguo departamento de un colega que había emigrado hacía poco. Él le encargó encontrar un inquilino. Escogió para ese fin un perfil idóneo: Mateo, un muchacho joven que traía consigo una confianza inmediata en los demás, mantenía intacta la fe en la palabra ajena y tenía un andar sereno y estilo de cabello particular. Medía metro setenta, como Joaquín, y compartía con él la mandíbula puntiaguda. Mateo había emigrado a Lima hacía no mucho. Gracias a su buena predisposición, Joaquín le sugirió que actualizara su domicilio en su documento de identidad para evitar inconvenientes, y le dio a firmar unos papeles que no leyó del todo. Por último, le ofreció como gesto amable de bienvenida unas prendas oscuras que nunca más utilizaría. Mateo logró establecerse unas semanas antes de la celebración de las bodas de oro. Todo parecía encaminarse bien en su nueva vida.

Joaquín retornó a casa. Tenía varias llamadas perdidas de su madre. Para evitar que siguiera insistiendo, le devolvió la llamada. Atendió inmediatamente. Estaba nerviosa, alterada, las palabras se le entreveraban por su urgencia; el horror le había cambiado hasta el tono de voz. Joaquín le pidió que se tranquilizara, que ya hablarían por la noche, cuando pasaría visitarla y a tomar la temperatura al barrio. Se dejó caer blandamente sobre su sillón preferido y echó la cabeza hacia atrás. Nunca Procusto había sido tan eficiente: Tutti resultó exacto para su lecho; ni muy largo como para cortarle las piernas ni muy corto como para estirarlo a la mala. "Bienvenido a la realidad, Tutti querido", se dijo Joaquín. Nunca le había salido tan bien un plan.



Ilustración de Rosa Carrasco

La chicha de Genito

María Elena Pérez

La jora hervía aquella madrugada; el humo y el olor invadían la sala mientras ella, en silencio, acomodaba la leña para que el fuego no se apagara. Tenía que terminar antes de que despertaran y empezaran con la misma cantaleta, sin saber —al menos no del todo— desde cuándo hacía esto ni por qué no podía dejar de hacerlo.

—Mamita, ¿por qué sigues? Te puedes resbalar. ¿Y si te quemas? La gente va a decir que tienes hijas en el extranjero y sigues vendiendo en el mercado a tu edad. Al menos avisa para ayudarte.

El hervor constante, el olor denso de la jora, la madera cediendo al fuego... Todo era igual. Siempre lo había sido. Y entonces, sin proponérselo, el recuerdo retornó.

Preparaba chicha de jora desde aquella época en que —por cuestiones del destino— le tocó ser la responsable de la casa allá en su pueblo natal, con apenas doce años y sin poder llorar la partida de su madre, a pesar de haberla visto, durante días, retorcerse de dolor y derramar sangre tantas veces sobre el camisón blanco.

No se entregó al desconsuelo porque había dos hermanitas a quienes cuidar, mientras un padre lejano, entre copas, solo tenía tiempo para los tantos familiares que empezaron a desfilar con el pretexto de despedirse de la tan buena esposa que tuvo.

Con doce años y una seriedad absoluta que ocultaba parada en la esquina más apartada de la casa, sabía que los halagos a su madre eran solo pretextos para irse llevando, de a poquitos, los terneros, la cosecha, los muebles y hasta la ropa de domingo de quien había sido, hacía muy poco, la dueña de aquella casa.

Su abuela, ña María, le había enseñado a su hija, como a todas las mujeres de la familia, a hervir la jora en los peroles uno de aquellos felices fines de semana en los que, junto a su madre y hermanas, se trasladaban a la casa grande, donde podían correr, reír y montar a caballo.

—Tienes que aprender. Debes bajar con tu madre los domingos a vender en la feria. Tiene que estar dulce, pero no miel; los vecinos la prefieren fuerte, pero no vinagre. Después de hervir, cuelas y la tapas con cuidado para fermentarla.

Macaria asentía y sonreía.

Seis meses después de la partida de su madre, su vida volvió a cambiar. La vecina que arreaba los animales de su familia llegó con una alforja, una vara blanca y vociferando que la casa estaba sucia. Genara, con su habitual seriedad, salió a su encuentro.

—¿Necesitas algo? ¿Por qué entras sin permiso?

—¿Que no sabes quién soy?

—Sí, y tu lugar está en los corrales.

¡Zas! Fue la primera vez que una mano cruzó su rostro. Su madre siempre fue delicada; su padre la zurraba en las piernas de tanto en tanto para corregir su malinterpretada seriedad. No lloró. Permaneció de pie, aunque contaba que, en ese momento, quiso lanzarse encima de la recién llegada.

El padre dijo desde la puerta:

—Vengan. Ahora la Chelo es su madre. Tienen que obedecerla.

—Papá —dijo la segunda hermana—, ella no es mi mamá, y está pegando a la Genito.

—Me ha mandado a los corrales, me ha querido atacar —lloriqueó la recién llegada.

El padre volteó y, sin preguntar, la llevó a la cocina. Allí la zurró hasta cansarse, diciéndole una y otra vez: "Nada tienes. Obedece si quieres comer".

Ahí la dejó, con mayor dolor en el alma que en las piernas, que sangraban. ¿Cuánto tiempo se quedó ahí? Solo recuerda que sus hermanitas entraron cuando el sol se iba y, abrazadas, lloraron hasta quedarse dormidas.

Temprano las despertó el cabalgar del caballo. Su padre, borracho otra vez, gritaba:

—¡Genito, hijita, vente! ¡Hijitaaaa!

Corrieron a su encuentro. Tal vez mantenían la esperanza de que ahora sí tendrían cariño, pues parecía haberse ido con su madre.

Lo ayudaron a bajar y lo acostaron. Mientras el padre lloraba y las abrazaba, culpando a su mala suerte que le quitó a su madre, diciendo que ya todo se jodió, que la Chelo vendría mañana y que tenían que obedecer.

Se miraron las hermanas; la más pequeña preguntó:

—¿Qué vamos a hacer?

Solo se escuchó:

—Ya es tarde. Tenemos que llevar la chicha a los caseros.

El sol ya caía con fuerza.

—¡Vengan, vengan a probar la chicha de Genito! —gritaba la menor.

La segunda servía con precisión cada vaso; ella recibía las monedas y

los halagos de los clientes conocidos y de algunos turistas que se animaban a probar.

Habría sido un domingo más de no ser porque, en lo mejor de la venta, apareció aquella mujercita que ahora se creía dueña hasta de ellas.

—¿Qué hacen acá? Con razón la casa es un desastre y no tenemos qué comer.

Silencio, aunque las miradas gritaban. No es que no pudieran decirle tres cosas y callarla, pero estaban en la feria, con sus clientes, haciendo lo único que habían podido heredar de su madre.

El silencio enfureció a la madrastra. Se acercó y empezó a jalonear a la pequeña:

—Ven tú, ya es tiempo de que hagas algo.

De inmediato empezaron los cuchicheos y las miradas de compasión hacia las "ñañas que dejó Macaria".

Genito avanzó para liberar a su hermana, pero, al verla acercarse, la otra la empujó contra los peroles.

—¡Cuidado! ¡Cuidado! —se escuchó.

Luego el llanto doloroso de las hermanas. Los peroles estaban rotos, la chicha derramada por todos lados y, al fondo, la Chelo riendo a carcajadas. Esta vez, Genito gritó:

—¡Eres malvada! No tienes nada, y así seguirás, porque a nuestra casa no vas.

Y se abalanzó sobre ella. Tal vez la tomó por sorpresa: la mayor la derribó, se sentó encima, le jaló los cabellos y —¡zas, zas, zas!— las cachetadas se multiplicaron.

La gente del pueblo rodeó la escena, vitoreaba a la jovencita hasta que una voz conocida y unos brazos fuertes la detuvieron. Era su padre. Fue la última paliza que le permitió darle. No hubo explicaciones, tampoco quejas. Lo único que cambió fue que ya no podía preparar chicha. ¿Cómo obtendría entonces dinero para partir junto a sus hermanitas? Tal vez porque la soledad era más fuerte esos días se permitía llorar por los campos mientras arreaba las ovejas.

—Genito, tienes que irte sola —amanecía, y la segunda, ya de pie, le susurraba mientras le tomaba las manos cada vez más toscas por todo el trabajo de la casa.

—No, no. Ya crecerán un poquito más; ya juntaré para irnos lejos las tres.

—Hermana, solo a ti te ofende, solo a ti te pega. Ya ni la comida te sienta de tanto mal rato que pasas.

También ella pensaba eso: "Tal vez por el parecido con mamá", "tal vez porque me quedo callada", "tal vez porque no bajo la mirada"... pero la idea

de marchar dejando a sus hermanas le partía el alma.

En la feria había escuchado que las paisanas se llevaban a las chicas a la capital para trabajar en las casas grandes. Así que, de tanto en tanto, iba a la terminal a buscar una que tuviera el valor de llevársela, conociendo al diablo de su padre.

Así encontró a doña Luz, quien retornaba después de años, quien también se fue un día con dos trapos encima y quien se llevó a la chica de la chicha.

La madrugada en que partieron, nadie la despidió, nadie le dijo que volviera pronto; solo se iba con el recuerdo de sus hermanitas diciéndole adiós con las manitos mientras la miraban desde la parte alta del corral de su casa.

—Mamita, la chicha ya huele —interrumpió su hija—. ¿Ya tienes pedidos? ¿Ofrezco a mis amigos?

Genito se apuró a darle el encuentro para que no entrara al jardín y viera que ya había cargado todos los baldes sola:

—El pollero quiere seis para sazonar, pero saldrá el doble todavía.

Su hija sonrió. El humo invadía la casa, los ojos de su mami se enrojecían, sus manos terminaban con alguna chispa salpicada y ella quejándose del dolor por agacharse a poner leña en el fogón.

Genito volvió cerca al fogón, se inclinó con cuidado y acomodó un último trozo de leña. La jora burbujeaba con fuerza. Ese sonido —tan antiguo como sus recuerdos— ya no le dolía. Esta vez no, esta vez le hablaba distinto. Se quedó unos segundos observando el hervor como quien mira un río que ha aprendido a cruzar muchas veces. Sus manos, arrugadas y firmes, se movían con la seguridad de siempre, midiendo, probando, corrigiendo. Nada estaba librado al azar. Nunca lo había estado.

—Ya está tomando punto —murmuró casi para sí y sonrió.

No era una sonrisa amplia ni ruidosa, pero sí verdadera, de esas que nacen despacio, como la fermentación de la chicha.

Afuera el día empezaba a clarear. Se escuchaban pasos, voces lejanas, alguna puerta que se abría. La vida, como era su costumbre, seguía su curso. Pero dentro de esa casa, entre el humo y el olor espeso de la jora, algo más también seguía vivo.

Ya no era la niña que callaba. Ya no era la que aguantaba. Era la que sabía.

—Mamita, ¿ya puedo colar? —preguntó una voz joven desde la puerta.

Genito volteó, alzó apenas la cabeza y con mirada cómplice respondió:

—Todavía no... Hay que tener paciencia. Lo bueno toma su tiempo.

La muchacha se acercó igual, curiosa; ella no la detuvo. La dejó mirar, la dejó oler, la dejó aprender sin decirlo. Tomó el cucharón y sirvió un poco en un vaso. Lo miró a contraluz, como tantas veces vio hacerlo a su madre. Bebió un sorbo y cerró los ojos.



Ilustración de Angélica Común

Tiempo suplementario

Ofelia

A Sergio Zela

I

Ese fue el tiempo en que Mónica aprendió a cocinar y Valeria, aritmética, gramática, geografía y todas las materias escolares a través de una pantalla. Era yo el que salía a la cancha. Pelotero desde niño, cada cambio que la vida nos presentaba era dejar el confort de la banca y entrar a defender la camiseta.

Aquellos días mis goles eran los menús que lograba vender. La pandemia había suspendido el trabajo más hermoso del mundo y, por primera vez en muchos años, mi cancha dejó de ser de césped.

Tenía en casa un congelador que me permitía almacenar víveres como para una semana. Deseaba que se malograra para poder ir al mercado todos los días, aunque fuera vestido como un astronauta, y tener así el pretexto de pasar frente a las rejas del enorme parque que marcó mi infancia y en el que ahora funcionaba el Club Deportivo Zela, mi mayor logro profesional y aquello que, después de mi familia, daba sentido a mi vida.

Quién diría que, de un día para otro, nuestro hogar se sostuviera de los menús que vendíamos por WhatsApp. Así que ese era otro juego para el que yo también era bueno.

Antes de convertirme en entrenador fui vendedor. Dejada atrás la universidad, para la que nunca estuve hecho, empecé a trabajar en ventas y tuve una cartera grande de clientes: perfumes y vinos —cosas difíciles de vender, al menos en los años noventa— eran mi rubro.

Los primeros me hicieron quedar muy bien con alguna chica con la que salía —¿qué mujer no ama los perfumes?— y los segundos... bueno, esos no solo los vendía; también me los tomaba.

Ahora mi economía no permitía un Cabernet Sauvignon para acompañar un lomo fino a la parrilla ni un Chardonnay bien frío para un buen pescado a la chorrillana, así que estaba con toda la energía para llegar a vender varios menús al día.

La lista era larga y solía repasarla antes de llegar al mercado, al que salía temprano para darme el tiempo de fumar un cigarro mirando cómo la maleza crecía al costado del verde césped de nuestra escuela de talentos.

Una de esas mañanas, cuando la cifra de muertos por falta de atención empezaba a crecer, lo vi al otro lado de la reja, entre la vereda y la pista interior que atraviesa el Campo de Marte. Un muchacho de unos trece años, esbelto, con una pelota haciendo dominadas de una precisión casi hipnótica.

—Pásamela —le grité mientras arrojaba mi pucho al piso y lo apagaba con el zapato.

Él, sin pensarlo, me la entregó con la destreza de quien sabe dar el pase preciso para un juego de a dos. La tocamos durante unos diez minutos hasta que tomé la pelota entre las manos y me acerqué al muchacho. Le extendí la mano —cosa prohibida por esos días— y él me dio la suya.

—Me llamo Sergio. Soy entrenador de la escuela Zela.

Se le iluminaron los ojos. Unos hermosos ojos color caramelo, enmarcados por largas pestañas que por momentos bajaba con una especie de tic.

—Te he dicho que no cierres los ojos cuando te hablo...

La voz de mi padre Volvió de golpe, como si hubiera estado esperando ese parpadeo por más de treinta años.

— Me llamo Diego— afirmó mirándome con simpatía.

—Bueno, Diego, dominas la pelota como el Diego —le dije sonriendo.

Sus ojos se relajaron por unos minutos y me contó que, en su otro barrio, iba a una cancha a jugar casi a diario, que era un buen *wing* izquierdo.

Me llamó la atención la palabra. Hacía años que no escuchaba a un muchacho hablar así. Sonreí para mis adentros y seguí escuchándolo.

Bastaron unos minutos de complicidad, en medio del fin del mundo y amparados en el toque de una pelota, para que el muchacho me dijera varias cosas y yo lo escuchara como me gustaba escuchar a mis alumnos.

II

—Así que esa es tu arma secreta —afirmó Richi mientras tomaba el Walkman que el profe me regaló—. Esto es paleolítico... ¡No jodas! —sentenció.

No pude evitar soltar una carcajada. Le puse los audífonos en las orejas y encendí la casetera. Sonreí al ver a mi amigo suspendido en la atmósfera futurista y luminosa de "Space Age Love Song".

—¿De dónde sacaste esto, mano? —me preguntó mi amigo cavernario—. Esto es brujería —concluyó.

Reímos juntos y le conté que el profe me había dado ese aparato y otras cosas de cuando era como nosotros. Le conté que la canción era de A

Flock of Seagulls y que sí, que era brujería, porque fue esa canción la que hizo que, al escucharla, Marianne me dijera que sí.

Toda coqueta, tarareaba la melodía para luego decir, en su inglés con acento limeño: *I saw your eyes, and you made me smile.* Se acercó y me dio un beso.

Desde que el profe me aconsejó que hablara con mi mamá, que le dijera lo mucho que me entristecía haber perdido al abuelo, sobre todo porque mi padrastro era lo opuesto a él y todos sus gestos rudos, distantes e intimidantes hacían aún más hondo mi duelo, poco a poco el tic se fue perdiendo y mis ojos ahora podían hacer sonreír. Marianne es tan dulce.

Por unos minutos Richi se perdió en mi habitación. Ni me hablaba ni me miraba. Hurgaba entre todas las cosas que había heredado de mi entrenador: el Walkman, los casetes de las mejores bandas new wave, unos lentes Ray-Ban Wayfarer —si yo anotaba todo lo que mi maestro me decía, esto era arqueología también—, libros, revistas de fútbol con la selección del Perú en los mundiales —eso sí era paleolítico— un curioso Jiminy Cricket que su papá le diera cuando cumplió ocho años y una billetera negra de lona Maui and Sons, con cierre de velcro, que hizo rrrrr cuando Richi la abrió.

Él tocaba algo y yo lo describía. Eran mis pequeños manes, protectores en medio de un mundo que quiere explotar.

Salimos. Richi quería ir a tomar algo, pero yo, desde que al profe le pesan las piernas como si fueran de cemento, suelo ir a ver que los chibolos no se relajen. Este encierro no puede durar más. Ni bien llegue la vacuna, es probable que todos salgan en estampida y, para volver a jugar, uno tiene que estar en forma.

Nos separamos al llegar a la malla que impedía la entrada al parque y ahí, separados unos de otros por dos metros de distancia, mascarillas en el rostro, empezábamos a calentar para luego patear la pelota.

—Mejor jugamos vóley —dijo uno de los chicos, aludiendo a la distancia.

Todos reímos.

Camino a casa recibí un mensaje suyo. Era una toma cenital de su mesa de noche. Arriba había escrito: "Siempre a mi lado mis zapatillas de ballet, ja ja ja."

Abajo, tocando el piso, descansaban sus viejos Copa Mundial. Más arriba, el llavero, la lámpara de lectura y el reloj de bolsillo con cronómetro que había heredado de su padre; un funcionario público más rígido que mi padrastro, pero capaz de olvidarse del mundo cuando rodaba una pelota. Al

costado, una cajita de Sinemet.

—Mi tarjeta roja —solía bromear el profe.

Cuántas veces me ha dicho que uno no debe dejar de bailar con la pelota, que el futbol es como una danza en pareja. Solo en los tiempos suplementarios el ritmo deja de marcarlo uno con la pelota y empieza a marcarlo el reloj.

III

Ser la única chica del club me gusta y no me gusta. Papá suele hacerme una lista larguísima de recomendaciones cuando no puede venir. Dice que soy su Pepe Grillo, pero también tuve la suerte de ser la primera en elegir mi posición: el arco. Para mí defender el pórtico es como defender mi casa: si alguien no está invitado, no entra.

Es un día especial. Papá temía que nunca llegara la apertura de los estadios, de las canchas, de las lozas, de los parques. Él arma un partido en cualquier lugar. Cuando era medianita, su cama era el estadio y la mía la cancha de fulbito.

Cuando sea grande jugaré en un estadio. Diego está a punto de hacerlo. ¿Por qué no podría yo?

Hoy llegó temprano a casa para ayudar a mi mami con la silla de ruedas. Cumplió mi encargo y me trajo mi amuleto. Soy la arquera titular de este partido inaugural.

Es lindo Diego. Todos lo queremos. Nos habla, nos enseña, nos saca el jugo entrenando y luego nos hace jugar. Se ríe de lo que hablamos y, cuando tiene plata, compra una Inca Kola familiar y la comparte con todos.

Mi papá le dice "el Diego" y él lo llama "profe Sergio". Hoy entraron juntos a la cancha. Fue emocionante. Diego venía empujando la silla de ruedas. Mi papá estaba muy nervioso y, cuando eso pasa, la voz se le apaga. Yo rogaba que hoy no fuera así, porque tenía que gritar cada vez que yo atajara una pelota. Nos gusta el fútbol, pero de manera distinta. Él siempre soñó con hacer goles; a mí me gusta sentir que nada puede conmigo, como si me estirara como un chicle para que mi arco quedara incólume. Me gusta esa palabra. La aprendí en el curso de escritura.

Tengo mi diario. Me gusta escribir. Ahí anoto todo lo que hago y, aunque hoy llegaré tarde a casa, voy a sacar fuerzas para escribir lo felices que fuimos: los chicos del club, los papás y las mamás, mi mamá, la señora Juanita, que pudo volver a abrir su kiosco, Luchito el portero, mi papá... y, sobre todo,

Diego, mi profe, porque no se olvidó de traerme a Pepito Grillo, mi amuleto. Hoy que hasta hubo tiempo suplementario.



Ilustración de Carmela Gamarra

Verso inicial

Alina Zuleta

Cuando llegó a vivir a la Residencial San Felipe, enclavada en el corazón de Jesús María, el barrio que la recibió cuando muy joven llegó a Lima a estudiar literatura, Teresa se sintió cautivada por la belleza de su arquitectura. El lugar la protegía; no tenía que cruzar calles para conseguir lo que fuera. A cambio, exuberantes jardines cruzados por caminos que se dirigían a distintos lugares la invitaban al paseo, el descanso, la reflexión y la contemplación de la naturaleza. Construido para albergar a una clase media surgida cuarenta años antes, se encontraba habitado sobre todo por contemporáneos suyos.

Cuando Luis, su esposo, enfermó gravemente, ya no pudieron seguir viviendo en el tercer piso del edificio de trazo italiano que los cobijó largos años. Sus hijas habían volado como golondrinas en busca de sus nidos; ellos ya no tenían la vitalidad para arreglárselas sin un ascensor. Fue así que, luego de mucho buscar, Teresa encontró lo que más se parecía a sus deseos. En sus sueños aparecía repetidas veces una casita de cuento, con una entrada principal, dos ventanas laterales, una puerta de servicio y un precioso jardín poblado de geranios rojos, rosados y blancos. Descubrió que su ensoñación, entrado el siglo XXI, era un objeto urbano extinto.

El lugar tenía en su perímetro todo lo necesario para que pudieran abastecerse sin molestar a otros: alimentos, consultorios médicos, restaurantes, bancos, iglesia y un parque central con bancas donde hermosas poncianas ofrecían sombra. Todo ello la animaba a salir y no depender tanto de sus hijas o, como antes, de su esposo.

Sin embargo, a Teresa le parecía que a este cúmulo de bondades algo le faltaba, y no podía decir qué era; una búsqueda sin definición, la permanente sensación de haber dejado algo pendiente o el estar ad portas de descubrir algo. En sus largos paseos, recorría con la mirada todos los lugares en busca de lo que anhelaba su corazón y no sabía definir. Día tras día, invadida de una suave melancolía, retornaba a casa con el desaliento de no encontrarlo.

Luis notó el extraño comportamiento de su esposa, pero no quería exaltarla con preguntas que podrían interpretarse como una intromisión en su mundo reflexivo. De ella solo había recibido lealtad, amor y aquella pudorosa distancia que jamás pudo atravesar. Para él, Teresa estaba por encima de lo mundano, como las misteriosas cavernas en las rimas de su poeta favorito que

escondían riquezas. Luis hacía cosas, Teresa reflexionaba sobre ellas.

Una de las tantas mañanas en que ella iniciaba con entusiasmo su paseo matinal mientras veía las cosas que la rodeaban como si fuera la primera vez, curiosa, se dirigió a un lugar que nunca había recorrido.

Caminaba con la mirada en el suelo, abstraída totalmente en sus pensamientos cuando bruscamente se detuvo al escuchar un coro de voces que provenían de un jardín de infantes cercano. El enternecedor canto condujo sus pensamientos a los años en que ella y Luis trabajaron juntos como profesores de aula. Alzó la mirada hacia el frondoso árbol que se erguía delante de la puerta de la escuela inicial y se quedó paralizada por un instante. "¿Qué es lo que busco y no encuentro?", se interrogó, sin alguien con quien compartir sus reflexiones. Volvió al presente, suspiró y se alejó lentamente de las celestiales vocecitas.

No hacía mucho tiempo, acompañada por su hija mayor, había recibido el informe médico acerca de la enfermedad de Luis. Después de varios meses de visitar diversos especialistas, perder peso y debilitarse mucho, el diagnóstico determinó el mal que padecía.

—Hemos realizado todos los exámenes necesarios al paciente —informó la doctora—, y lamento decirles que se trata de un tipo de cáncer que ataca al sistema óseo. Es muy agresivo, y solo le damos al enfermo aproximadamente seis meses de vida.

Acostumbrada a Luis y su forma de mirar las cosas de frente, no cruzó por su mente ocultarle el resultado. Asumir los problemas con esperanza siempre había sido una de sus mayores fortalezas. "Si el mundo se puede cambiar, este diagnóstico también", fue la respuesta de su esposo, quien le pidió que no estuviera triste, que él lucharía por su vida. Él no se entregaría dócil a la muerte. Fueran la ciencia o el tratamiento, o fueran los protagonistas del drama familiar, el carácter rebelde del luchador social que había sido desde muy joven lo ayudó, poco a poco a mejorar.

Las charlas que recibían para fortalecer sus espíritus en la resignación, las terapias para el dolor, el servicio de apoyo médico a domicilio, los nuevos amigos que surgían súbitamente como consecuencia de ser afectados por lo mismo que ellos ahora vivían, todo eso hizo que se volviera cotidiano lo que antes hubiera sido una pesadilla. Aprendieron a aplicar inyecciones, a no dormir plenamente por las noches, a leer en voz alta para distraer al enfermo de sus pensamientos, tanto que el personal asignado por el hospital se quedaba admirado por esa devoción y entrega.

Teresa, en medio de todo este ajetreo, esperaba lo que ella misma no sabía y nadie podía hallar. Durante todo ese tiempo dedicado al tratamiento, había dejado de lado sus acostumbrados paseos matinales porque los consideraba menos importantes que la recuperación de Luis, quien poco a poco sintió aumentadas sus fuerzas físicas hasta lograr moverse en su silla de ruedas y dar sus primeros pasos apoyado en el bastón que le daba la seguridad de su desplazamiento dentro de las habitaciones de la casa.

La mejoría se reflejó en los colores de su rostro y el brillo de sus ojos, señales del triunfo de la salud recuperada. Mientras a otros les intrigaba cómo Luis tenía apetito a pesar de los fuertes medicamentos que ingería y las devastadoras quimioterapias, Teresa sabía que él lo hacía no por deseo, sino por la férrea creencia de que así mejoraría.

Al mediodía bajaba de la cama clínica y sostenido por quien estuviera de turno avanzaba hasta el comedor para participar del almuerzo. Después regresaba a su habitación, equipada convenientemente, y dormitaba aproximadamente una hora. Era el tiempo que Teresa aprovechaba para distraerse mirando a través de la ventana, donde el mundo continuaba su marcha como si nada pasara. En los cordones que unían los postes eléctricos, inquietas ardillas, de todo tamaño y color, ejecutaban malabares como expertas acróbatas de circo. A unos metros de las malabaristas, un cactus erguido, el guardián del pequeño jardín, esperaba diariamente la llegada del tordo nervioso, que a saltitos se posaba en lo alto de su huraño y filoso amigo para otear el horizonte.

Era la hora del descanso y del pensar profundo, del interludio entre el mediodía y el atardecer; ese momento en que el tiempo es percibido como un compás de espera, como si se hubiera cansado, como si nada le importara. A esa hora, el canto del ave, alegre en la mañana, se tornaba melancólico y flotaba en el aire una leve brisa que rozaba las mejillas con suave caricia. Luis descansaba, ella contemplaba.

Después de la mejoría que llenó los corazones de esperanza, Luis comenzó un proceso de retroceso y estancamiento; complicaciones de diversa índole que agravaron el estado de su salud. Su valentía lo había mantenido con fuerzas suficientes para luchar contra ese enemigo que lo atacaba desde dentro, corroyéndolo silenciosamente. En medio de esa lucha, su cerebro, cada vez más lúcido, lo conducía a recordar su vida pasada como si fuera una tabla de salvación a la cual se aferraba su espíritu rebelde y creyente. Ese pasado lo reconocía como personaje de una historia marcada por sus sólidos principios

ideológicos que puso en práctica desde su temprana adolescencia.

Comenzaron así largas conversaciones sobre experiencias compartidas antes de dedicarse a la familia; una vida comprometida con los demás y para los demás. Teresa pasaba largas veladas al lado de él escuchándolo y fortaleciendo su propio espíritu. Ella lo admiraba desde lo más profundo de su corazón; él se sostenía en la calma, en la ideal filosofía del alma lírica de ella, de la contemplación apacible a pesar de la proximidad de la fatalidad.

Próxima a la llegada de la primavera, Teresa se despertaba más temprano. Una mañana prefirió no interrumpir el sueño de Luis y fue a su habitación luego de desayunar. Él se había quedado dormido con el amable gesto de esa sonrisa amable que le conocía cuando alguien discutía sus ideas, y trataba de ser comprensivo. Hasta en ese instante no dejó de ser el chico entusiasta frente a lo desconocido.

Teresa salió, y sin pensarlo mucho ya estaba cerca del jardín de infantes. Las angelicales voces le dijeron al unísono: "Yo te canto, primavera, como el ruiseñor te canta. Emocionada, elevó la mirada para hallar a algún pequeño pajarito revoloteando alrededor del inmóvil, mudo, impenetrable, caballero de la triste figura: el Quijote de largas ramas, quien prodigaba sombra al patio de la escuela desde donde escuchó: "Primavera, primavera, nuevo triunfo de la vida". Entonces supo que lo había encontrado. Era su tiempo.

Volvió a casa presurosa, fue a su pequeño escritorio, cogió el primer libro que Luis le regaló y leyó la dedicatoria: "Para Teresa, quien tiene la poesía en ella". Tomó un papel y un lápiz y escribió el primer verso.

Biografías de los autores

Quiénes dan voz a estas páginas

Los autores reunidos en esta antología participaron en los talleres de escritura del proyecto Escribir para leer. Sus trayectorias, intereses y experiencias son diversas, pero todos comparten la convicción de que la escritura es una forma de preservar la memoria, explorar el mundo y encontrarse con los otros.



Alejandra Bendezú Chacaltana (Ica, 1979) es médica y docente universitaria. Madre de Analucía, encuentra inspiración en los viajes, la medicina y las experiencias de vida. Inició su camino en la escritura durante la universidad, del que surgieron el «Glosario de Semiología» (2021) y el cuento «Sábanas blancas», publicado por el Fondo Editorial del Colegio Médico del Perú. Su obra aborda temas vinculados con la medicina y el Perú, con el propósito de seguir explorando nuevas historias.



Alina Zuleta Bueno (San Vicente de Cañete, 1936) estudió Letras y Pedagogía en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y ejerció la docencia durante cerca de cuarenta años como profesora de Lengua y Literatura. Su escritura transita entre la memoria, la naturaleza, la ciudad y la contemplación de la experiencia humana. Ha publicado el poemario El olor del tiempo (2016). En 2024 obtuvo el tercer lugar del Premio Nacional Horacio Zevallos, con el cuento «Pítipo y las garzas». En 2026 publicó su segundo poemario, Lirios salvajes.



Amaru Medina Morvely es copywriter en una agencia y licenciado en Publicidad por la UPC. Le interesa la escritura como puente entre la creatividad, la música y las emociones cotidianas. Explora la poesía y la narrativa breve con sensibilidad y ritmo, y entiende la palabra escrita como una forma de construir vínculos y decir aquello que a veces cuesta expresar en voz alta.



Ana Elizabeth Pereyra Iglesias es abogada jubilada y trabajó durante muchos años en el Poder Judicial. Su interés por la literatura, la declamación y la poesía la acompaña desde la infancia. La invitación de una vecina la llevó a integrarse al proyecto Escribir para leer, donde encontró un espacio para escribir su primer cuento. Disfruta participar en actividades culturales y conserva una colección de poemas infantiles.



Ana Isabel Fiafilio Rodríguez es economista especializada en inversión pública, planificación y gestión pública. Actualmente trabaja en el sector educación y participa en iniciativas internacionales sobre innovación pública, gobernanza y desarrollo sostensible. Fue becaria del Programa de Innovación y Liderazgo en el Gobierno de la Universidad de Georgetown (Estados Unidos). Encuentra en la escritura un espacio para explorar la memoria y las experiencias que dejan huella.



Ana María Tristán Varela (Cusco, 1965) es economista de formación, con una profunda sensibilidad por la literatura, la oralidad y la lectura de crónicas antiguas. Creció rodeada de paisajes y vivencias andinas que marcaron su mirada del mundo y hoy nutren su escritura. Desde su llegada a Lima ha continuado cultivando la lectura y la creación literaria como espacios de aprendizaje y expresión.



Beatriz Loyola Dominguez es abogada de profesión y cultiva un profundo interés por la escritura y el arte. Su vínculo con la palabra escrita comenzó en la adolescencia, cuando dio forma a sus primeros poemas, y con el tiempo encontró en ella un espacio de reflexión sobre las experiencias de la vida, especialmente en el ámbito laboral. Disfruta compartir los aprendizajes que ha adquirido a lo largo de su trayectoria profesional.



Cecilia Ugaz Calderón es gestora cultural y dirige el Centro Cultural de la Universidad Peruana Cayetano Heredia. Ha desarrollado proyectos de activismo cultural y campañas de comunicación vinculadas a los derechos humanos. Es autora del poemario "La banda del perrito Rufo Anatolio", obra ganadora de la X Bienal de Poesía Infantil (2019), organizada por el ICPNA. Interesada en la ilustración botánica y de aves en acuarela, participa por primera vez como ilustradora de un cuento en esta publicación.



Cristina Mauricio Angeles (Lima, 1990) es artista y educadora, formada en la Escuela Nacional Superior Autónoma de Bellas Artes del Perú y docente del Programa del Bachillerato Internacional (IB). Su trabajo creativo transita entre las artes visuales y la escritura, donde explora el realismo social y los paisajes oníricos como espacios de memoria, resistencia y reparación.



Cynthia Lama Flores (Lima, 1988) es licenciada en Comunicaciones por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Escribe poesía influenciada por el haiku contemporáneo y publicó sus primeros textos en la antología Flores de otoño (2023), del Taller de Creación de Haiku. Actualmente explora la narrativa breve, inspirada en su práctica de meditación y sus estudios de budismo.



Edith López Moreno (Lima, 1974) es química, editora, traductora y revisora de estilo de publicaciones científicas y técnicas. Lectora apasionada desde la infancia, un relato escrito junto a su hermana despertó su interés por la escritura y marcó su forma de mirar el mundo. Es autora e ilustradora de «Palacio de verano», publicado en la primera antología de El barrio escrito. Disfruta del dibujo, la pintura, la música, la caligrafía, los idiomas y los viajes.



Eduardo Gonzales Chavez (Bellavista, 2002) es estudiante de la Universidad Nacional Federico Villarreal y fundador de Vide Ediciones, sello editorial independiente desde el que dirige la Revista Vide, dedicada a la difusión cultural y artística contemporánea. Como autor desarrolla una narrativa de corte visceral y existencialista. Ha publicado el relato «La mirada del conversador» y actualmente trabaja en la antología Cuentos a un distrito de Pachacútec.



Illariy Pachas Sánchez es estudiante de quinto de secundaria. Su interés por la escritura nació a los doce años, durante el confinamiento, y desde entonces la ha convertido en un espacio de creación y expresión personal. Continúa explorando la narrativa como una forma de comprender la realidad y la imaginación.



Jorge Luis Rivera Donoso (Jesús María,1967). Estudió Artes Plásticas en la Pontificia Universidad Católica del Perú y ha cultivado una constante vocación creativa. Su interés por la literatura —novela, cuento, poesía y cómic— se complementa con la música, el cine y el teatro. Actualmente explora la narrativa y la ilustración, integrando la imagen y la palabra como formas de una misma expresión artística. En 2025 publicó el relato «El alma de San Felipe» en la primera antología de El barrio escrito.



Margott De La Cruz Huamán es economista, especializada en planificación estratégica y gestión de proyectos. Desde niña disfrutó de la lectura de autores clásicos, historietas y cómics, afición que la llevó a incursionar en la escritura y la ilustración. Sus relatos abordan temas de interés social y reflejan su compromiso con una sociedad más solidaria, así como con la protección de los animales y el medio ambiente. En 2025 publicó el relato «Leo, el gato» en la antología El barrio escrito.



María Elena Pérez Ruiz es maestra y una firme convencida de que los libros tienen el poder de transformar vidas, despertar emociones y construir puentes entre las personas. A lo largo de su trayectoria ha compartido experiencias lectoras con niños y jóvenes, tanto en las aulas como en clubes de lectura, espacios donde las historias cobran vida y la imaginación encuentra refugio.



Marianne García Palacios tiene 28 años y actualmente brinda talleres de estimulación musical. Su interés por la literatura la ha llevado a explorar la escritura como un espacio para comprender la experiencia humana. Influenciada por autores como Gabriel García Márquez, José Saramago, César Vallejo y Mary Oliver, sus textos abordan los vínculos, la identidad y la búsqueda de sentido desde una mirada sensible y reflexiva.



Marissa Córdova Mezarina (Perú, 1978) vive en Lima y explora, a través de la escritura, los matices de las relaciones humanas y de los vínculos cotidianos: lo que se dice, lo que se calla y lo que se siente entre líneas. Concibe la escritura como una forma de expresión y de exploración de su mundo interior. Considera que la curiosidad y la constante transformación son el punto de partida de su escritura.



Mauricio Zolezzi Salinas (Lima, 1984) es comunicador egresado de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Interesado en el marketing digital, las redes sociales y las historias, cree en el poder de la escritura para preservar y transmitir las historias que descubre al escuchar a los demás. La curiosidad y la creatividad acompañan su manera de mirar el mundo y de contarlo.



Rafael Cabellos Damián (Lima, 1969) es cineasta, guionista y poeta. En 2023 publicó el poemario "XXXVII formas del deseo", que reúne una selección de poemas escritos a lo largo de varias décadas. Su trabajo creativo transita entre la imagen y la palabra. Actualmente incursiona en la narrativa.



Rodrigo Valdez Majuan (Perú, 2008) es estudiante de Psicología en la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas. Cultiva la poesía y la narrativa con interés por la crítica social y política. Su vínculo con la escritura nació a partir de la lectura de biografías, cuentos y obras representativas de movimientos culturales como el indigenismo peruano.



Sergio Villacorta Miranda (Lima, 1968), conocido como Sergio Zela, es dirigente deportivo, coach ontológico y especialista en neurociencia aplicada al deporte. Su experiencia acompañando a niños y jóvenes a través del fútbol ha inspirado buena parte de sus historias y ha transformado también su propia vida. Desde 2020 convive con el Parkinson, enfermedad que no ha detenido su vocación por seguir formando personas y perseguir sus sueños. Las conversaciones sobre su vida y su pasión por el fútbol dieron origen al relato "Tiempo suplementario", una ficción de Ofelia.

Biografías de los ilustradores

Quiénes eligen la escena

Toda ilustración es una lectura. Reunidos en el taller de ilustración del proyecto Escribir para leer, estos artistas interpretaron los relatos desde su propia sensibilidad y transformaron las palabras en escenas memorables.



Ana Belén Chozo Tauma es estudiante de diseño gráfico y orienta su trabajo hacia la intersección entre el arte visual y la comunicación social. Interesada en el ámbito editorial, entiende la ilustración como una herramienta narrativa capaz de generar reflexión y diálogo. En esta antología ilustra el relato «Los compadres».



Analucía Olavarría Bendezú es estudiante y participa en iniciativas vinculadas con la conservación ambiental y la educación. Desde niña encontró en el dibujo una forma de expresión que ha fortalecido a través de diversos espacios de formación artística. En esta antología ilustra el relato «San Felipe Lester's Club Band».



Angélica Común Unoc es diseñadora gráfica y creadora de contenidos digitales. Su trabajo integra el diseño, la fotografía, la ilustración y la producción audiovisual, disciplinas que desarrolla de manera independiente. También impulsa un emprendimiento de bolsos ilustrados con diseños propios y encuentra en la imagen una forma de comunicar historias y conectar con las personas. En esta antología ilustra el relato «Tiempo suplementario».



Carmela de los Milagros Gamarra Zegarra es profesional en ciencias sociales y cultiva la ilustración como un espacio de exploración personal. Su trabajo se inspira en la historia, la naturaleza y los pequeños gestos de la vida cotidiana, donde encuentra nuevas formas de comprender la experiencia humana. En esta antología ilustra el relato «Verso inicial».



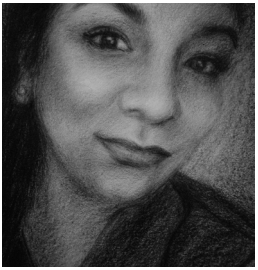
Carolina Cumpa Mattos es estudiante de antropología en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y orienta sus intereses hacia los estudios urbanos y el urbanismo. Ha complementado su formación con talleres de ilustración y técnicas mixtas, y su interés por el cine la llevó a coordinar el cineclub Arjé entre 2019 y 2020. Su trabajo reúne la observación de la ciudad, la sensibilidad visual y el diálogo entre distintas formas de narrar. En esta antología ilustra el relato «Enajenación»



Cecilia Ugaz Calderón es gestora cultural y dirige el Centro Cultural de la Universidad Peruana Cayetano Heredia. Ha desarrollado proyectos vinculados con el activismo cultural y los derechos humanos. Es autora del poemario "La banda del perrito Rufo Anatolio", ganador de la X Bienal de Poesía Infantil (2019), organizada por el ICPNA. En esta antología ilustra los relatos «Día de San Juan» y «Ser en el hacer».



Claudia Urbina Ulloa es diseñadora editorial y artista visual. Su trabajo creativo explora el encuentro entre la imagen y la literatura, y encuentra inspiración en la música, la cultura underground y los márgenes de lo cotidiano. Desde allí construye una mirada que busca descubrir belleza y significado en aquello que suele pasar desapercibido. En esta antología ilustra el relato «Galeras».



Cristina Mauricio Angeles (Lima, 1990) es artista y educadora, formada en la Escuela Nacional Superior Autónoma de Bellas Artes del Perú. Su trabajo creativo transita entre las artes visuales y la escritura, donde explora el realismo social y los paisajes oníricos como espacios de memoria, resistencia y reparación. En esta antología ilustra el relato «Los ojos del no-espantapájaros».



Debhora Arauco Serquén es veterinaria, madre e ilustradora autodidacta. Encuentra en el arte un espacio para transmitir calma y sensibilidad, inspirada por la naturaleza, la maternidad y el color. Comparte sus procesos creativos en redes sociales. En esta antología ilustra el relato «El préstamo».



Edith López Moreno (Lima, 1974) es química, editora, traductora y revisora de estilo de publicaciones científicas y técnicas. Lectora y artista por vocación, integra el dibujo y la escritura como formas complementarias de creación. Es autora e ilustradora de «Palacio de verano», publicado en la antología El barrio escrito. En esta publicación ilustra los relatos «Vínculos» y «Siempre decimos adiós».



Jorge Luis Rivera Donoso (Jesús María, 1967) estudió artes plásticas en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Su trabajo creativo integra la narrativa, la ilustración y diversas expresiones artísticas como la música, el cine y el teatro. En esta antología ilustra el relato «Pasaje a la ópera».



Lucero Katherine Hernández Alayo es diseñadora de interiores e ilustradora. Desde niña encontró en el dibujo una forma de expresar su creatividad, práctica que ha cultivado de manera constante durante los últimos años. También siente una especial afinidad por la caligrafía y encuentra inspiración en la naturaleza y en su amor por los animales. En esta antología ilustra el relato «La tía Olga».



Lucía García Palacios es estudiante de Animación Digital en ISIL. Desde niña ha encontrado en el dibujo una manera de comprender el mundo y expresar emociones a través de personajes y escenarios que combinan lo cotidiano con lo imaginario. En esta antología ilustra el relato «Todo por un llavero».



Margott De La Cruz Huamán es economista, especializada en planificación estratégica y gestión de proyectos. Su interés por la lectura la llevó a explorar tanto la escritura como la ilustración, disciplinas desde las que aborda temas de interés social y ambiental. En esta antología ilustra los relatos «Valiente Valentina» y «Apego».



Rosa Matilde Carrasco Zuleta es escritora, diseñadora gráfica y calígrafa. Su trabajo integra la escritura, la ilustración y el diseño editorial como formas complementarias de narrar. Desarrolla proyectos culturales orientados al fomento de la lectura y la creación artística. En esta antología ilustra los relatos «La chicha de Genito» y «Síndrome de Procusto».



Tatiana Taira Miñano es creadora de contenido e ilustradora de libros infantiles. Su trabajo se caracteriza por el uso del color y la imaginación para crear imágenes que conectan con lectores de todas las edades. Ha participado en proyectos editoriales en Perú, Portugal y España. En esta antología ilustra el relato «De gatas y lluvias».



Valeria Carrillo Jara es ilustradora y diseñadora de material didáctico para niños. Desde 2020 desarrolla una formación autodidacta orientada a la ilustración editorial infantil, disciplina en la que continúa perfeccionando su trabajo creativo. En esta antología ilustra el relato «Pasajera en trance» y «Sobreviviendo a papá».

Equipo de este edición

Quiénes acompañaron este camino

Este libro nació del encuentro entre distintas miradas. La escritura, la lectura, la edición, la imagen y el diseño dialogaron a lo largo de todo el proceso para acompañar a los autores en la construcción de sus relatos. Quienes integran este equipo comparten la convicción de que la palabra no solo comunica: también crea comunidad, preserva la memoria y abre nuevas formas de comprender el mundo.

Rosa Carrasco es escritora, creadora y gestora cultural. Dirige Escribir para leer, un proyecto que concibe la lectura como un acto comunitario, un detonante de pensamiento y un derecho cultural. En esta edición estuvo a cargo de la coordinación general y editorial, acompañando cada etapa del proceso, desde los talleres hasta la publicación de la antología, y articulando las distintas miradas que hicieron posible el libro.

Daniel Soria es lingüista, epistemólogo, escritor y editor. Su trabajo explora la relación entre el lenguaje, el pensamiento y la literatura como formas de conocimiento. En esta edición dirigió los talleres de escritura y realizó la edición de los relatos, acompañando a cada autor en el descubrimiento de su propia voz y en el ejercicio de un oficio capaz de transformar la experiencia en lenguaje.

Alonso Chumpitazi Carrasco es diseñador gráfico y realizador audiovisual. Aporta al proyecto una mirada joven y contemporánea que entiende la comunicación visual como una puerta de entrada a la lectura y un puente entre generaciones. En esta edición estuvo a cargo de la identidad gráfica, el diseño editorial, la diagramación del libro y las piezas audiovisuales y digitales que acompañan su difusión.

Agradecimientos

Quiénes nos abrieron las puertas

La realización de los talleres y de esta publicación fue posible gracias al compromiso de muchas personas e instituciones que creen en el valor de la lectura, la escritura y el encuentro comunitario.

Nuestro especial agradecimiento a la Biblioteca Municipal de Jesús María, que abrió sus puertas para acoger los talleres, las reuniones editoriales y las presentaciones de las publicaciones surgidas de Escribir para leer. Su hospitalidad y permanente disposición hicieron de este espacio un lugar de encuentro para lectores, escritores e ilustradores.

Agradecemos también al Ministerio de Cultura del Perú, a través de los Estímulos Económicos para el Libro y el Fomento de la Lectura, cuyo apoyo contribuyó a la realización de esta segunda edición del proyecto.

Expresamos asimismo nuestro reconocimiento al Goethe-Institut Perú, por acoger la presentación de esta antología y sumarse a la difusión de una iniciativa que promueve la lectura y la escritura desde la comunidad.

Finalmente, nuestro reconocimiento a cada participante, autor, ilustrador y colaborador que hizo suyo este proceso. *Nunca nos vamos del todo* es el resultado de una creación compartida y de la convicción de que la lectura también se construye escribiendo, ilustrando y dialogando con los otros.

Epílogo

***Escribir para leer:** más que un plan lector comunitario*

Toda antología comienza mucho antes de la primera página. Esta nació el día en que un grupo de personas aceptó una invitación para sentarse alrededor de una misma mesa y compartir aquello que, hasta entonces, había permanecido únicamente en su memoria. Llegaron con historias distintas, edades diferentes, profesiones diversas y experiencias que difícilmente habrían coincidido en otro lugar. Sin embargo, la escritura hizo posible ese encuentro.

Escribir tiene algo profundamente humano: nos obliga a detenernos, a recordar, a elegir qué conservar y qué dejar atrás. En ese ejercicio no solo aparecen personajes o argumentos; también emergen los lugares que habitamos, las palabras que heredamos, los afectos que nos formaron y la manera en que comprendemos el mundo. Cada relato es, al mismo tiempo, una creación y un testimonio cultural.

Por eso, Escribir para Leer no entiende la escritura únicamente como una consecuencia de la lectura. Propone también el camino inverso: descubrir que escribir transforma nuestra manera de leer. Quien intenta construir un relato comienza inevitablemente a preguntarse cómo otros autores resolvieron un conflicto, organizaron el tiempo, dieron voz a un personaje o encontraron el tono preciso para conmover. La escritura despierta una lectura más consciente, más curiosa y más profunda.

Con el paso del tiempo comprendimos que este proyecto había comenzado a ir más allá de la idea inicial de un plan lector comunitario. La escritura compartida abrió un espacio de mediación cultural donde las experiencias individuales dejaron de pertenecer únicamente a quienes las vivieron para convertirse en patrimonio de una comunidad de lectores. La literatura hizo posible ese tránsito: preservar la memoria, compartirla y permitir que otros la habiten desde sus propias experiencias.

Nunca nos vamos del todo es el resultado de ese encuentro. Sus relatos nacen de recuerdos, imaginarios, pérdidas, afectos, preguntas y esperanzas que encontraron en la palabra una forma de permanecer. Cada autor escribió desde su propia voz, pero todas ellas terminan dialogando entre sí porque comparten una misma convicción: aquello que nos transforma merece ser contado.

Elegimos este título después de leer los relatos reunidos. Descubrimos que, detrás de historias muy distintas, existía una misma certeza: las personas

permanecen en quienes las recuerdan; los lugares sobreviven en la memoria; las palabras continúan resonando mucho después de haber sido pronunciadas. La literatura posee esa capacidad extraordinaria de preservar aquello que el tiempo intenta borrar.

Esperamos que estas historias encuentren ahora un lugar en la memoria de ustedes. Porque, desde el momento en que un lector las hace suyas, también ellas encuentran una nueva forma de permanecer.

Y quizá ese sea el sentido más profundo de esta experiencia: escribir para que otros lean, leer para reconocernos y descubrir que, mientras existan historias capaces de ser compartidas, nunca nos vamos del todo.

Rosa Carrasco Zuleta





escribir para leer